



# DIÁLOGOS SEMIÓTICOS FUNDACIONALES

EL DESAFÍO DE TRAZAR PUENTES SIGNIFICANTES

*Claudio T. Lobo*

**neu**  
NUEVA EDITORIAL  
UNIVERSITARIA

# **DIÁLOGOS SEMIÓTICOS FUNDACIONALES**

EL DESAFÍO DE TRAZAR PUENTES SIGNIFICANTES

## **Universidad Nacional de San Luis**

Rector: CPN Víctor A. Moriño

Vicerrector: Mg. Héctor Flores



### **Nueva Editorial Universitaria**

Avda. Ejército de los Andes 950

Tel. (+54) 0266-4424027 Int. 5197 / 5110

[www.neu.unsl.edu.ar](http://www.neu.unsl.edu.ar)

E mail: [unslneu@gmail.com](mailto:unslneu@gmail.com)

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin permiso expreso de NEU

---



# DIÁLOGOS SEMIÓTICOS FUNDACIONALES

EL DESAFÍO DE TRAZAR PUENTES SIGNIFICANTES

*Claudio T. Lobo*



Universidad  
Nacional  
de San Luis

Lobo, Claudio Tomás  
Diálogos semióticos fundacionales: el desafío de trazar puentes  
significantes / Claudio Tomás Lobo - 1a ed - San Luis: Nueva Editorial  
Universitaria - U.N.S.L., 2024.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-733-414-2

1. Semiótica. I. Título.  
CDD 401.41092

## **Nueva Editorial Universitaria**

### **Coordinador General:**

Esp. Mariano Pérez

### **Director Administrativo**

Sr. Omar Quinteros

### **Administración**

Esp. Daniel Becerra

### **Dpto de Imprenta:**

Sr. Sandro Gil

### **Dpto. de Diseño:**

Tec. Enrique Silvage

DG Nora Aguirre

**Diseño de Tapa:** Cecilia Rodoni

---

ISBN 978-987-733-414-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2024 Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - 5700 San Luis

INTRODUCCIÓN	8
CAPITULO I	
TENSIONES EN TORNO AL LENGUAJE:	
LA DICOTOMÍA NATURAL/SOCIAL	11
La Mente como el Telar del Lenguaje:	
aproximaciones a la perspectiva natural	13
Algunos interrogantes en torno a la concepción naturalista	15
La Cultura como la trama de los sentidos	16
La perspectiva social del lenguaje	16
Los límites de la perspectiva estructuralista	18
Lo social más allá del estructuralismo	20
Algunas críticas a los supuestos que sostienen	
la teoría de los actos de lenguaje	20
Los desafíos de un abordaje del lenguaje más allá	
de las dicotomías natural/social	21
CAPITULO II	
EL GIRO SEMIÓTICO Y LA EXPANSIÓN	
DE LAS SIGNIFICACIONES: UNA LECTURA POSIBLE	22
Las Fundaciones del campo semiótico	23
Las relaciones significantes. Modos posibles de decir el mundo	24
Una breve introducción a los modelos saussureano y peirceano	24
Hacia una tercera fundación de los estudios semióticos del s. XX	25

Una breve introducción al Circulo Bajtiniano	25
Las discusiones en torno a la autoría de los textos deuterocanónicos del Circulo Bajtiniano	25
La concepción material del lenguaje.	
La Filosofía del Circulo Bajtiniano	27
La noción de Cronotopo. Las coordenadas de tiempo y espacio más allá de los límites de la novela	32
La concepción ideológica del signo	34
La semiótica más allá de la inmanencia.	
Hacia las teorías sociosemióticas	44
Los recorridos semiológicos/semióticos en la segunda mitad del s. XX	44
El Giro semiótico	46
Los pliegues posibles de la significación y una opción de lectura	46
Eliseo Verón y un abordaje sociosemiótico	53
La Teoría de los Discursos Sociales	53
Marc Angenot y una propuesta sociocrítica	57
La Teoría del Discurso Social	57

### CAPITULO III

#### DIÁLOGOS POSIBLES

EL DESAFÍO DE TRAZAR PUENTES SIGNIFICANTES	75
Una aproximación a la semiótica de Iuri Lotman	76
Diálogos posibles con Bajtín, Peirce	76
La interpelación de un diálogo posible entre la Semiótica de Iuri Lotman y la Teoría del Discurso Social de Marc Angenot	85
Peirce y Bajtín: cuestiones del sentido	87
Procesos Dinámicos y Diálogos Abiertos	87

BIBLIOGRAFÍA	94
--------------	----

Creemos necesario problematizar al interior del espacio académico discusiones a través de las cuales podamos reflexionar en torno a los distintos momentos de los campos disciplinares, tanto en los fundacionales como en aquellos otros que configuraron condiciones institucionales que expandieron sus límites. En el campo particular de la Semiótica, disciplina relativamente nueva, anclada en el s. XX, resulta importante volver a pensar en esos momentos ya que han tenido repercusiones en los desarrollos actuales.

Precisamente desde esa perspectiva, nos enfrentamos con la dificultad de introducirnos en el campo de los estudios semióticos, más precisamente, proponer un tentativo mapa conceptual que dé cuenta de las principales corrientes fundantes. El recorrido propuesto en el presente trabajo no agota la densidad de la Semiótica ni las múltiples aperturas teóricas y metodológicas que se reconocen en la actualidad. Lo que se intentará aquí es trazar una lectura posible que nos brinde herramientas conceptuales iniciales para poder hacer una lectura crítica de la ‘realidad social’ y poner en crisis el paradigma de la representación en tanto concepción transparente del lenguaje. Y por otro lado, asumir como constitutiva la tensividad del lenguaje desde la cual pensar la puja por postular visiones configuradoras de modelos, a veces antagónicos, de lo que entendemos como ‘la realidad social’.

Sin embargo, la Semiótica debe enfrentar no pocas dificultades: una de ellas que podemos definir como un cierto prejuicio, posición que compartimos con Oscar Quezada, que está fundado en el desconocimiento de la misma y que tiene que ver con una aparente elitización del saber semiótico. Saber al cual sólo una “comunidad burguesa de sabios podía acceder” (...) “adjetivos como saber esotérico, lenguaje cabalístico, paranoia formal inundaban escrituras que veían a un grupo de sabios arremolinados en inmensos castillos de cristal y que miraban a lo social con un aire de indiferencia, pues en última instancia era la teoría lo que interesaba” (Blanco López y Bendezu, 1988: 1).

En esta presentación, a modo de un mapa, consideramos necesario introducir, aunque sea brevemente, las condiciones de posibilidad de la emergencia de un campo disciplinar a partir reconocer dos grandes proyectos fundacionales en los estudios semióticos en el s. XX. Tradiciones instituidas y consolidadas como fundantes del campo semiótico: Peirce y Saussure. Sin embargo, y es una propuesta presentada aquí, instituir con el mismo estatuto, la tradición rusa como una fundación semiótica. La filosofía del lenguaje postulada desde el Círculo Bajtiniano aporta tal densidad que amerita constituir junto con las dos anteriores, el campo fundacional de la Semiótica como disciplina en el s.XX.

Sin embargo, la propuesta esboza en el presente libro propone trazar nuevos puentes significantes y establecer diálogos provocativos: por un lado, entre el proceso ternario de la significación peirceana y la tensividad del lenguaje bajtiniana; y por otro, entre las dinámicas reguladoras de las semiósferas lotmanianas y las reglas del discurso social angentiano. Estos diálogos tienen la pretensión de contribuir al objeto de estudio de la Semiótica.

Como propone María Teresa Dalmaso el objeto de la Semiótica debe ser “la economía global de los procesos significantes definitorios de una cultura” (2005: 16). Aquí encontramos el gran desafío de la Semiótica: expandir su horizonte de análisis crítico, asumir una vocación epistemológica y fortalecer un desarrollo metodológico.

La introducción de los postulados del proyecto lógico-semiótico de Peirce y la Filosofía del Lenguaje de Bajtín y su Círculo, como habíamos planteado más arriba, en los escenarios semióticos europeos significó que paulatina pero inexorablemente el paradigma inmanentista entrara en crisis. Las limitaciones de los estudios circunscriptos a los límites de los discursos (entendidos como textos) y la centralidad del lenguaje verbal en Europa, dieron lugar a la emergencia de una nueva etapa en los estudios disciplinares.

Los presupuestos epistemológicos y teóricos del Círculo bajtiniano posibilitaron una reformulación radical de la concepción del lenguaje. Lo que claramente visualizaban los del Círculo Bajtiniano para ese tiempo (la década del veinte del siglo pasado) constituirán algunos de los pilares de la expansión del estudio de las significaciones en los escenarios semiológicos europeos: articulación discurso/sociedad, una perspectiva crítica de lo ‘real’, un enfoque interdisciplinar, el abandono de la oración como unidad de análisis, el redescubrimiento del sujeto y el principio dialógico, entre otros.

Esta expansión permitió recuperar problemas olvidados como la materialidad del sentido y la construcción de lo real en la red de la semiosis. Esta noción amplía la materialidad del mismo, ya no puede ser reducida a lo lingüístico, sino que toda materialidad significativa será entendida como discurso (fotografías, imágenes, sonidos, los cuerpos, etc.) por lo que vamos a hablar de una concepción de discurso ampliada y que se transformará en objeto de estudio de múltiples entradas. Retomamos acá por lo productivo, la definición que propone Eliseo Verón (1980) como toda manifestación espacio-temporal del sentido, cualquiera sea su soporte significativo. Discurso será entendido a partir de ese tiempo histórico como la articulación del texto con el contexto. Es así que la semiología va a definir como objeto de estudio propio a la producción social del sentido y consecuentemente ya no será posible el sentido por fuera de lo social. Al respecto Dalmaso sintetiza la noción de producción social del sentido, en tanto objeto de estudio de la semiótica, y que a lo que estamos haciendo referencia es a las maneras en que “el hombre significa el mundo, cómo lo conoce y se relaciona con él” (2005: 14).

Hoy en día y en este marco conceptual es que podemos ubicar a la Teoría de los Discursos Sociales (TDS) que, en ese momento de expansión de significaciones, postula el semiólogo argentino Eliseo Verón y que se constituirá (y constituye aún) en paradigma hegemónico de los estudios semióticos en Argentina.

También podemos reconocer otra perspectiva contemporánea de estudios críticos, que a la par de los planteos veronianos, propone el analista de discurso belga Marc Angenot. Hablamos de la Teoría Social del Discurso que también se reconoce al interior de una matriz de presupuestos epistemológicos y teóricos que fundaron el momento de la segunda generación de la semiología y las expansiones de las significaciones.

El desafío es doble y mayúsculo: por un lado, desprendernos, de manera inexorable, de una concepción transparente del lenguaje en tanto reflejo de eso que definimos como ‘lo social’, de aquello que está ‘afuera’ de las palabras (y de los discursos). Y el otro lado: comprender que aquellos que definimos como ‘la realidad’ no es aprehensible de manera ‘directa’ por medio de los

sentidos. Sino que, entre los seres humanos y el mundo de las cosas, el mundo sensible, hay por así decirlo, 'otro mundo', un mundo de signos. Y es tarea de la Semiótica dar cuenta de ese universo de signos que funcionan como mediaciones.

Ese es el desafío que debemos asumir: apropiarnos de las herramientas teóricas y metodológicas que la Semiótica nos brinda para poder enfrentar la pesada materialidad del sentido común, que a cada instante y en los lugares menos sospechados, nos 'habla' de la neutralidad y la inocencia de todo lenguaje (cualquiera fuera su soporte: verbal, visual, etc.).

TENSIONES EN TORNO AL LENGUAJE:  
LA DICOTOMÍA NATURAL/SOCIAL

*“No existe ni la primera palabra ni la última palabra, y no existen fronteras para un contexto dialógico (asciende a un pasado infinito y tiende a un futuro igualmente infinito). Incluso los sentidos pasados, es decir generados en el diálogo de los siglos anteriores, nunca pueden ser estables (concluidos de una vez para siempre, terminados); siempre van a cambiar renovándose en el proceso del desarrollo posterior del diálogo. En cualquier momento del desarrollo del diálogo existen las masas enormes e ilimitadas de sentidos olvidados, pero en los momentos determinados del desarrollo ulterior del diálogo, en el proceso, se recordarán y revivirán en un contexto renovado y en un aspecto nuevo. No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección. Problema del gran tiempo”. (Bajtín; 1999: 393).*

La densidad epistemológica de este presupuesto bajtiniano asumió un papel fundamental en el presente trabajo porque es desde este punto de partida que precisamos la concepción de lenguaje asumida. Inicio que propone las pistas al lector acerca del lugar desde el cual planteamos las perspectivas teóricas que guiaron las indagaciones posteriores. En este sentido, la categoría de discurso fue vertebral y articuladora del andamiaje teórico-metodológico propuesto aquí, por lo que creímos necesario trazar una suerte de recorrido genealógico que nos permitiese dar cuenta de las condiciones de su engendramiento. Este recorrido nos permitió luego abordar con más detenimiento la productividad de los enfoques teóricos del discurso propuestos por Marc Angenot y Eliseo Verón, perspectivas éstas desde las cuales establecimos los diálogos analíticos con otros marcos conceptuales relacionados más al campo del objeto abordado.

El punto de partida de este recorrido genealógico, creemos pertinente iniciarlo revisando los supuestos de base al interior del espacio académico; discusiones a través de las cuales pudimos reflexionar en torno a los distintos momentos de los campos disciplinares, tanto en los fundacionales como en aquellos otros que configuraron condiciones institucionales que expandieron sus límites. En el campo particular de la Semiótica, disciplina relativamente nueva anclada en el s. XX, resulta importante volver a pensar en esos momentos ya que han tenido repercusiones en los desarrollos actuales.

En este sentido, propusimos en esta primera parte trazar un breve recorrido, más general, en torno a la noción de lenguaje. Planteos que constituyen un punto de partida que nos posibilitará tener una visión/tensión del campo en torno al lenguaje para poder adentrarnos en discusiones y perspectivas más específicas que sostienen nuestra investigación. Reflexionamos acerca de las tensiones que se generaron en torno a la problemática del lenguaje desde el punto mismo de su evocación como natural o social. Creemos que no podemos abstraer de este planteo una cuestión relevante: la dimensión histórico-cultural del ser humano<sup>1</sup>. Es decir, al asumir al ser humano como un ser fundamentalmente cultural y no básicamente natural, también necesitamos retomar la heterogeneidad de perspectivas que postulan al lenguaje como constituyente de éste. De esta afirmación se bifurcan diferentes formas de significar esta relación, lo que no es pretensión de abordar en esta oportunidad. Sí exploraremos, con cierta cautela, los planteos dicotómicos, que al modo de Fodor (Karmiloff-Smith; 1994), aparecerían como encapsulados: nos referimos a los pares cultural/mental y social/natural. Las teorías posteriores, más específicas del campo del análisis discursivo, pueden entenderse mejor, restituyendo lo que consideramos, algunas de las discusiones de base en torno (o puntos de partida) para pensar el lenguaje. Del modo en que Saussure instituyó su objeto de estudio, escudriñando dicotómicamente 'dentro' del lenguaje entre lengua y habla, nosotros partimos de un punto similar. Es decir, Saussure nombró e instituyó al habla como el par necesario

---

1- A medida que vayamos avanzando con los planteos propuestos iremos analizando el/los desplazamiento/s en torno a la noción de sujeto y la manera en que vamos a enterderla aquí.

de la lengua al interior del lenguaje, para inmediatamente ‘dejarlo de lado’ como objeto de estudio. Del mismo modo, creemos que la dimensión social del lenguaje, lugar en el cual inscribimos nuestra investigación, adquiere un estatuto más amplio al ponerlo en un diálogo, breve pero significativo, con la perspectiva natural del mismo. Lo que sigue persiguió este propósito, hacer visible, en términos de una introducción, las tensiones entre el par dicotómico social/natural del lenguaje, para luego sí inscribir nuestro recorrido al interior del primero del par. Perspectiva esta que refuta otros paradigmas (como los cognitivos), y que justamente nos brinda un campo de respuestas que interesan a nuestra construcción.

### La Mente como el Telar del Lenguaje: aproximaciones a la perspectiva natural

Esta cautela nos permitirá recuperar, en este primer apartado, al lenguaje como objeto natural, planteos fundamentales esgrimidos también por Chomsky, quien define a éste como una facultad mental aislable y “responsable de la competencia lingüística que el hablante nativo adquiere de su lengua” (Miranda Alonso; 2005: 5). Sin embargo, tendremos el recaudo en relación a este planteo nodal del pensamiento chomskiano, de no adoptar su reduccionismo cientificista desde el cual se prescinde de toda dimensión cultural del lenguaje caratulándolo al enfoque cultural como simple ‘misticismo’.

En este sentido, creemos posible pensar al lenguaje a partir de una articulación –compleja por cierto- entre lo neurológico, lo mental y lo cultural, es decir, entre lo social y lo cognitivo. Perspectiva que fue viable asumir a partir del surgimiento en el año 1956 de un nuevo paradigma cognitivo. Es a raíz de los trabajos presentados por Chomsky, Newell - Simon y Miller en el Simposio sobre la Teoría de la Información que se constituye lo que se conoce como “el acta oficial del nacimiento de la nueva ciencia cognitiva” (Miranda Alonso; 2005: 7).

Con la dimensión natural del lenguaje aparece la cuestión del innatismo, perspectiva desde la cual se concibe a éste como facultad “configurada de manera innata con un principio de funcionamiento presentado físicamente de algún modo en el cerebro” (Miranda Alonso; 2005: 12). Pinker, en este sentido, afirmará que el “lenguaje no es un artefacto cultural...sino que el lenguaje es una pieza singular de la maquinaria biológica” (2001: 18). Esta competencia lingüística, y retomando nuevamente a Chomsky, no vendría, por su complejidad, dada por la sola experiencia, diferenciándose de esta manera de las investigaciones conductistas.

Lo que propone Chomsky, en este sentido, es abordar el estudio del lenguaje, desde el método naturalista, como una facultad mental relacionada con la adquisición de competencia en dominios cognitivos. Plantea la necesidad de estudiar la mente desde el método hipotético-deductivo, permitiendo construir modelos explicativos provisionales y falibles que puedan describir la estructura interna del sistema, en este caso la mente y poder, en consecuencia, explicar los fenómenos observables en función de ese modelo. Lo que está diciendo Chomsky aquí es que no hay que plantear diferencias entre lo mental y lo físico, sino más bien, que lo primero se correspondería con una realidad psicológica en un nivel más abstracto de una realidad física, lo que define como

‘representaciones mentales’. En definitiva, lo que propone es estudiar a la mente como otro sistema físico, como un órgano más. De ahí su argumento de estudiar a la mente con el método de las ciencias de la naturaleza (Miranda Alonso, 2005).

El punto de partida chomskyano es la afirmación de que la “experiencia es insuficiente para dar cuenta de la gran complejidad de la competencia lingüística a la que llega el niño” (Miranda Alonso; ídem: 12). De ahí que el autor base su razonamiento en el argumento de la pobreza del estímulo, justificando de esa manera que el diseño básico del lenguaje es innato (Pinker; 2001). A modo de ejemplo, Chomsky sostiene el caso de niños que presentan la capacidad de realizar operaciones gramaticales articulando sintagmas por medio de una lógica de algoritmos mentales sin haber tenido suficiente experiencia de contacto social con el lenguaje.

En esta línea de investigación se sigue que la mente, y con ello el dominio cognitivo específico de la lingüística, no podrían concebirse como un ‘recipiente vacío o tabula rasa’, planteándose de esta manera la inviabilidad de la Hipótesis Sapir-Whorf. Desde esta perspectiva se afirma además el error de considerar al lenguaje como escultor del pensamiento (Pinker; ídem.)

Sin embargo, podríamos identificar un grado de debilidad del enfoque naturalista de la mente y del lenguaje cuando Chomsky plantea un cierto desconocimiento existente en torno al funcionamiento de los mecanismos neuronales en los cuales se apoyan los principios y elementos relevantes de la estructura del cerebro. El propósito de esta búsqueda es el poder dar cuenta de las facultades del lenguaje determinadas biológicamente y que son comunes a la especie humana. Es así que el autor va a plantear que lo que es innato es la Gramática Universal, aquellos principios y condiciones sobre la forma general de las gramáticas. Y que todo niño a partir del contacto con la experiencia lingüística de su comunidad [...] adquirirá la gramática de su lengua particular al fijar los parámetros de la Gramática Universal de una determinada manera (Miranda Alonso; 2005).

Estos programas de investigación, en tanto que proponen teorías abstractas explicativas, no darían cuenta acabadamente de la naturaleza humana y es aquí donde creemos visualizar ese punto débil de la perspectiva chomskiana. Aunque, como plantea Miranda Alonso (ídem.), estas teorías postularían un conocimiento que aunque insuficiente es necesario. En este sentido, Chomsky “repite sin cesar que su teoría de la mente explica en un determinado nivel de abstracción propiedades de mecanismos físicos, hasta hoy desconocidos, pero con la esperanza de que algún día se pueda unificar con el resto de las ciencias de la naturaleza” (Miranda Alonso; ídem.: 42).

Este camino trazado por Chomsky, para dar cuenta de la ‘arquitectura de la mente’ desde una mirada científica, le demandó tomar decisiones. El autor debía postular y definir lo que llamaría la ‘misión’ del lingüista: definir al lenguaje como un objeto natural y como una facultad mental. Podríamos reconocer en esta necesidad del autor de optar, una cierta similitud con las condiciones que Saussure debió asumir a la hora de lograr para la Lingüística un estatuto de ciencia: optar/definir un objeto de estudio que le fuera propio: la lengua.

Es así que reconoceríamos en ambos autores una necesidad de ‘optar’ a la hora de definir, en el caso de Chomsky (desde una perspectiva natural), una ‘misión’ para la Lingüística; y en el caso de Saussure (desde una perspectiva social), un ‘objeto’ para dicha ciencia.

Precisando un poco más en este planteo, decimos que Saussure reconoció, a la hora de optar, la existencia de la lengua y el habla como constitutivos del lenguaje, pero sin embargo, al habla sólo lo nombró inicialmente para inmediatamente excluirlo como objeto de estudio dado que la

aprehensión del mismo sería imposible desde un método científico (Saussure; 1976). Por su parte, Chomsky va a plantear algo similar en términos de opciones: que “la misión del lingüista será la de construir una teoría explicativa de la competencia gramatical, prescindiendo de la pragmática, pues de esta última no cabe un conocimiento científico” (Miranda Alonso; 2005: 44), estableciendo así como objeto de estudio de la Lingüística una facultad de la mente/cerebro.

La concepción chomskiana de lo que debe ser considerado un conocimiento científico lo llevará a afirmar que una teoría del uso del lenguaje, en la que intervendría el uso y la comprensión del lenguaje, no revestiría la particularidad de una investigación científica. Esta afirmación categórica, la creemos similar a la planteada oportunamente por Saussure, cuando ‘sentenció’ al habla, dejándolo de lado, a principios del sXX en tanto proyecto lingüístico. Abandono que le sería fuertemente señalado por los autores del Círculo Bajtiniano, quienes postularían una Lingüística del habla, como una ciencia fructífera, aunque claro, resignificando radicalmente la noción saussureana de habla (Voloshinov; 1976, Bajtín; 1999).

### Algunos interrogantes en torno a la concepción naturalista

Se pregunta Miranda Alonso -planteo que compartimos- si con la eliminación de las cuestiones de la intencionalidad (la pragmática) y la subjetividad (lo cultural), no se estaría limitando excesivamente las posibilidades de desarrollo del paradigma cognitivo. Compartimos este interrogante porque entendemos que lo estaría quedando ‘fuera’ de esta Lingüística sería, por un lado, la dimensión semántica del lenguaje, y por el otro, la posibilidad de plantear la relación entre el mundo del que se habla y el lenguaje mismo.

Sobre este último punto, Eco plantea que la relación entre la estructura de la lengua, el pensamiento y la percepción de la realidad es un tema no del todo resuelto. Al respecto, el autor se pregunta si la “lengua se segmenta en signos aislados, en los que nos basamos para organizar la realidad perceptiva, o bien nuestro modo de percibir la realidad obliga a la lengua a segmentarse de manera determinada” ([Eco, 1973] en Vitale; 2004: 98). O como Pinker se interroga: “¿O acaso nuestros pensamientos se formulan por mediación de un vehículo silencioso del cerebro, una especie de lenguaje del pensamiento o idioma ‘mentalés’, para luego revestirlos de palabras cuando se hace preciso comunicárselos a un interlocutor?” (2001: 58).

Creemos que el estudio de la densa trama de sentidos desde la cual descifrar la relación del hombre con el mundo encuentra aquí su punto más álgido. Desde los enfoques naturalista vemos designaciones categóricas señaladas por Pinker acerca de la hipótesis Sapir-Whorf como “fatalmente equivocada” o “una idea absurdamente equivocada” desacreditando todo determinismo lingüístico o relativismo lingüístico. O como señalaba Miranda Alonso más arriba desestimando toda dimensión cultural del lenguaje. Estas afirmaciones marcan una frontera entre los enfoques naturales y culturales del lenguaje para algunos autores irreductibles. Desde la primera perspectiva se sostendrá que existe “una inequívoca impresión de que hay una Gramática Universal no reductible a factores históricos o cognitivos que subyace al instinto humano del lenguaje” (Pinker, ídem.: 261)

Sin embargo, la existencia de los procesos de ‘criollización’, que sin alterar los ‘universales gramaticales, dan cuenta de “rupturas radicales en la transmisión del lenguaje de una generación a otra” (Pinker; ídem.: 257), nos permiten introducir en este planteo la dimensión cultural y social del lenguaje. Nos basamos, además, para sostener este eje, en las reflexiones del autor en torno a las diferencias entre las lenguas debido a factores de innovación/mutación, herencia/aprendizaje y migraciones/aislamientos. Esto nos permitiría pensar que en lo que concierne al lenguaje, lo innato no lo agota.

Como argumenta Karmiloff-Smith, la idea de innatismo no debe ser asumida simplemente como una plantilla genética sino como predisposiciones especificadas genéticamente y que esas predisposiciones iniciales “canalizan la atención del organismo hacia los datos pertinentes del ambiente, los cuales, a su vez, influyen sobre el desarrollo posterior del cerebro” (1994: 22).

Al respecto, Silvestri y Blanck afirman que “el cerebro no es la fuente ni el origen del pensamiento, sino sólo su órgano. Sin existencia social, el cerebro es incapaz de generar ninguna actividad psíquica específicamente humana” (1993: 91). Sin embargo, no vamos a caer en un nuevo determinismo, en este caso, cultural, sino más bien, lo que queremos plantear aquí es la necesidad de establecer un horizonte de diálogo entre ambos paradigmas explicativos de la naturaleza del lenguaje humano.

Hasta aquí, los planteos esbozados, han intentado problematizar estos enfoques sin perder de vista el eje disparador de esta primera parte del presente ensayo: la dimensión natural del lenguaje. Tal vez, abordar la problemática del lenguaje nos esté demandando un esfuerzo epistemológico, desplazarnos de la ‘racionalidad científica’ que aduce Chomsky para no reducir lo cultura e histórico al misticismo o sentido común.

## La Cultura como la trama de los sentidos La perspectiva social del lenguaje

Esta última reflexión nos permite introducirnos en la segunda parte de este apartado y que tiene que ver con una exploración de la dimensión social del lenguaje. Lo que sigue se formula en términos de un mapa conceptual por medio del cual nos aproximaremos a algunos, de los que consideramos, planteos más relevantes en torno a la articulación lenguaje/sociedad.

En este sentido, la noción de ‘giro’ ha sido gravitante en el campo de los estudios del lenguaje, y se encuentra en la base de muchas de las teorías contemporáneas del mismo. Esta noción permitió repensar (y en algunos casos comenzar a pensar), la articulación entre el lenguaje y la sociedad. Una primera acepción de giro la identificamos con la idea de ruptura en tanto “giro lingüístico” en la que se inscriben diferentes tradiciones tal como lo plantea Rojas Osorio: “Michel Foucault invoca a Nietzsche como el autor que ganó para el siglo XX el lenguaje como punto de partida del filosofar. Lyotard, en cambio, atribuye a Wittgenstein dicho viraje. Los estructuralistas invocan a Ferdinand de Saussure como el inspirador de toda la comprensión del lenguaje que se desarrolla a lo largo del siglo XX” (2001). Esto nos lleva a afirmar por un lado, la imposibilidad de la literalidad de las significaciones y la neutralidad del lenguaje y por el otro, los límites/encuentros

entre el lenguaje y los hechos sociales.

Con respecto a este punto, en el campo de los estudios lingüísticos (y también semiológicos) podemos reconocer un punto de inflexión en los planteos formulados por Saussure. José Szabón, en una interesante reflexión epistemológica acerca de la Lingüística postulada por el autor suizo, afirma que “la ‘ruptura epistemológica’ saussureana comienza entonces por impugnar globalmente el estatuto pre-científico de la disciplina y se preocupa por hallar los ‘datos elementales’, el ‘punto de vista’ desde donde abarcar el conjunto del campo por explorar y sus determinaciones esenciales” (1983: 10). Esta impugnación apuntaba a superar el obstáculo epistemológico que suponía la concepción de la lengua como nomenclatura y “situar el punto de partida negativo de la investigación de Saussure” (idem: 9).

Esta reforma decididamente radical iniciada por el lingüista suizo a principios de sXX tendría sus repercusiones, continuidades y rupturas a lo largo de ese siglo. Podemos citar, a modo de ejemplo por un lado, al Círculo de Praga con Trubetzky y Jakobson a la cabeza y también a Martinet como continuador de esa corriente funcionalista, y por otro lado, a la Escuela de Copenhague con Hjelmslev como fundador. Ambas corrientes retomaron el proyecto saussureano en la primera mitad del siglo pasado y dieron lugar a fructíferos planteos en el campo de la lingüística y la comunicación.

Martinet, dentro de la corriente funcionalista, insistió en el carácter científico y no prescriptivo del estudio de la lingüística (1974). Este autor iba a entender a la lengua como doblemente articulada y como:

*Un instrumento de comunicación con arreglo al cual la experiencia humana se analiza, de modo diferente en cada comunidad, en unidades dotadas de un contenido semántica y de una expresión fónica, los monemas. Esta expresión fónica se articula a su vez en unidades distintivas y sucesivas, los fonemas, en número determinado en cada lengua, cuya naturales relaciones mutuas difieren también de una lengua a otra (Martinet; idem: 28-29).*

Esta noción de instrumento de la comunicación, postulada por el autor francés, se articula con la concepción de la lengua como “un sistema de medios de expresión apropiados a un fin” que se formulara desde el Círculo lingüístico de Praga. (Trnka; 1971: 15).

Hjelmslev, desde el Círculo lingüístico de Copenhague va a plantear, al igual que Saussure, que la lengua es un sistema de signos, más precisamente va a señalar que la lengua es “un sistema de unidades de expresión a las que va unido un contenido (sentido)” (1976: 43). El lingüista danés le va a añadir dos caras más a cada una de las formuladas por Saussure pero va a hablar en términos de planos: uno de la expresión y otro del contenido. Para Hjelmslev tanto el significado como el significante también tiene forma y substancia, estableciendo la función semiótica entre la forma del contenido y la forma de la expresión. La substancia aparecerá entonces como la materia formada en ambos planos (1976).

Esta perspectiva estructural del lenguaje, que fue cobrando forma en la primera década del siglo XX también fue retomada por el primer Barthes, en cierta medida, más estructuralista (Zechetto; 1999). En esa primera etapa (década del 60’), el semiólogo francés, estaba abocado a un intento por consolidar un proyecto semiótico con pretensiones de disciplina científica atravesado

por este paradigma estructuralista. Así lo señalaba Benveniste: “la tendencia estructuralista que se afirmaba desde 1928 y que luego habría de ser puesta en primer plano tiene así sus orígenes en Saussure” (1978: 210). Sin embargo, y en pleno auge de la corriente estructuralista, podemos reconocer el surgimiento de nuevas voces planteando la necesidad de una lingüística distinta, una lingüística del ejercicio del sistema y no una lingüística del habla. Fue el propio Benveniste quien con estas afirmaciones apuntaba por entonces al núcleo duro del estructuralismo y por consiguiente a la teoría saussureana y la distinción que ésta sostenía entre lengua y habla.

Benveniste iba a sostener que la lengua no puede ser estudiada independientemente del uso que se haga de la misma y planteaba consecuentemente la problemática de la subjetividad en el lenguaje. En ese sentido, los elementos permiten al sujeto apropiarse de la lengua y organizar el mundo en función de sus propias coordenadas temporo-espaciales. Es la misma lengua, dirá el autor, la que incluye sus instrucciones de uso por lo que no es posible separar a la lengua del habla. No hay posibilidad para Benveniste que la lengua pueda, en tanto sistema, ser ‘explicada’ independientemente del habla. Es en el acto de enunciación que las marcas (elementos) del sistema adquieren sentido. Claramente lo va a postular Verón (2002) cuando aborda la emergencia de la problemática enunciativa al sostener que:

*En la actualización de la lengua, el sujeto hablante no sólo construye un mundo (orden del enunciado), sino que se construye también a sí mismo y a su interlocutor o interlocutores (orden de la enunciación)...La teoría de la enunciación nace en el contexto de la tradición saussureana, pero implica una suerte de ‘ruptura epistemológica’ dentro de esa tradición, y al poner en evidencia la necesidad de una concepción operatoria de la producción de signos. (Ídem: 218).*

Sin embargo, las preocupaciones de Benveniste no se extendieron más allá, hacia lo histórico y cultural. Eliseo Verón, al postular su Teoría de los Discursos Sociales, será quien retomará los planteos de la teoría de la enunciación formulada por Benveniste pero desde una perspectiva más amplia, yendo más allá del contexto próximo de enunciación (o situación de enunciación) y plantear las nociones de sistema productivo y condiciones de producción/reconocimiento.

## Los límites de la perspectiva estructuralista

Más arriba habíamos identificado al giro lingüístico saussureano como germen y condición de posibilidad de algunas de las posteriores derivaciones y reformulaciones en el campo de los estudios lingüísticos en la primera mitad del sXX y los estudios semiológicos a partir de la segunda mitad del mismo siglo. Pero es en pleno auge del estructuralismo, a mediados del sXX cuando se comienzan a advertir los límites de dicho paradigma y la noción de inmanencia de todo sentido posible.

Fabbri (2004) advertirá al respecto que “a los hombres siempre les ha interesado el significado, pero sólo desde hace un siglo se reflexiona de un modo específico y coherente sobre el tema (...) En los últimos años se ha producido un giro en el modo de estudiar los problemas de la signi-

ficación (...) es como un nuevo pliegue en la semiótica, otro modo de plegar la tela muy compleja formada por el modo estratificado que tenemos de significar”.

Sin embargo, el propio Fabbri reconoce que luego de un ‘momento’ de interés por otros signos como el cinematográfico, visual, gestual, etc. se ha vuelto rápidamente al texto afirmando que “subrepticamente, después de haber proclamado la importancia teórica de lo no lingüístico, el texto ha vuelto a ser el modelo de todos los funcionamientos semióticos...se ha vuelto así a una reflexión de tipo lingüístico” (1998. 29).

En estos enclaves de intersticios y transversalidades pudimos reconocer diferentes trayectos de reenvíos entre los campos de los estudios lingüísticos, semiológicos y comunicacionales. Tal el caso de Barthes que en su camino de filiación saussureana lee a Hjelmslev para pensar las semióticas denotativas y connotativas. O las lecturas funcionalistas que los pensadores del Círculo de Praga hacen del Curso de Lingüística General de Saussure, entre otros. El propio Barthes asume y se pregunta por qué le gusta Benveniste y reconoce en éste “la valentía de situar deliberadamente a la lingüística en el punto de partida de un movimiento muy amplio y adivinar ya el futuro desarrollo de una auténtica ciencia de la cultura, en la medida que la cultura es esencialmente lenguaje” (Barthes; 1994: 206). Vemos cómo comienza a tomar forma (aunque lejos de plantearse de una manera homogénea) y a consolidarse en estos planteos un eje fundamental para comprender el por qué no puede pensar un enunciado por fuera de sus condiciones de uso. Hablamos del gradual peso que fue adquiriendo el eje cultura/lenguaje/subjetividad con el propósito de zanjar “una antigua antinomia mal resuelta: la de lo subjetivo y lo objetivo, el individuo y la sociedad, la ciencia y el discurso”. (Ídem: 207).

La lúcida mirada barthesiana sobre Benveniste quedó plasmada en el alcance de la noción de enunciación que “no es (desde luego) el enunciado, y tampoco es (proposición más sutil y más revolucionaria) la simple presencia de la subjetividad en el discurso; es el acto renovado, gracias al cual el locutor toma posición de la lengua (se la apropia, como dice exactamente Benveniste): el individuo no es anterior al lenguaje...”. (208-209).

Lo que están planteando los autores en estas reflexiones y que nosotros retomamos es que en realidad de lo que se está hablando acá es del paradigmático desplazamiento del sistema al ejercicio del sistema: de una lingüística de la enunciación. Sin embargo no debemos ignorar aquello que emerge como un obstáculo: la noción de un sujeto como unicidad y origen del sentido, algo que podría reconocerse en los planteos de Kerbrat Orecchioni cuando sostiene las formas de inscripción o nominación del sujeto en el lenguaje. Sin ahondar en estas discusiones, sí podemos señalar que de esta perspectiva (unicidad del sujeto) se aparta Benveniste. Este rechazo a la unicidad del sujeto también es fuerte en los planteos teóricos de Ducrot, Bajtín, entre otros. El sujeto, para estos autores, no es fuente de sentido alguno, por lo que el sentido no es posible pensarlo como individual y unívoco, sino como social y multiacentuado.

## Lo social más allá del estructuralismo

Paralelamente a estos planteos, podemos reconocer otro campo de estudios del lenguaje que se enmarcan en la pragmalingüística anglosajona y que podemos ubicar contemporáneamente a los planteos de la lingüística de la enunciación. El filósofo inglés Austin fue quien problematizó en los años sesenta acerca de los actos de habla. Éste va a advertir de la existencia e importancia de ciertos enunciados que no son sólo meras aserciones o representativos de un real exterior. Lo que estaba planteando el filósofo inglés era la existencia de enunciados que no remiten a una realidad extra-lingüística, sino que ellos crean el mundo, una nueva realidad. A los primeros enunciados los definirá como constataivos y a los segundos como realizativos. Los primeros podrán ser sometidos a los valores de verdad (al dar cuenta de una realidad que les es externa), mientras que los realizativos estarán fuera de la distinción verdadero/falso al no hablar de una realidad externa, sino ellos mismos instituir una realidad. Sin embargo, más adelante en el desarrollo de su teoría dirá que todo enunciado constataivo podrá convertirse en realizativo y viceversa siempre y cuando se cumplen las condiciones necesarias.

De esta manera, Austin afirmará que el lenguaje es más que la mera transmisión de información y postulará la performatividad del mismo, performatividad que se materializará por medio de tres actos conjuntos: el acto locutivo, como el acto de decir algo; la fuerza ilocutiva en tanto “llevar a cabo un acto al decir algo, como cosa diferente de realizar el acto de decir algo” y el efecto perlocutivo, en tanto “decir algo que producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos o acciones del auditorio, o de quien emita la expresión o de otras personas”. (Austin; 1982: 144-145). Austin va a plantear que para que el acto ilocucionario tenga un efecto debe necesariamente ser reconocido por el oyente (es decir, la intencionalidad del acto de habla). Esto es posible porque entre ambos polos de un acto de habla no hay hiatos, comparten el mismo mensaje.

### Algunas críticas a los supuestos que sostienen la teoría de los actos de lenguaje

Como advertimos más arriba, las diferentes corrientes y perspectivas en torno al lenguaje reconocen seguidores y detractores. En este caso, la corriente pragmalingüística anglosajona va a ser criticada por Eliseo Verón, quien va a sostener que en esos planteos teóricos no son tomadas en cuenta las relaciones de poder y que en el análisis de los discursos sociales no es posible tener en consideración la intencionalidad, es decir, no se puede partir en una investigación de las intenciones.

Verón va a criticar algunos de los supuestos que sostienen la teoría de los actos de lenguaje, esencialmente va a poner en duda la viabilidad de la enunciación decir es hacer (1987). Al respecto, el autor argumenta sobre la dificultad de colocar en un mismo universo el decir y el hacer y va a señalar que “la teoría de los actos de lenguaje parece desinteresarse de los resultados (...) el hacer en que consiste el decir está constituido por actos ilocutorios, y la definición de estos últimos excluye toda referencia a los resultados, relegados al capítulo de lo perlocutorio, que concierne a los efectos eventualmente producidos, en el alocutor, por tal o cual acto de lenguaje, a título de

consecuencias” (174). Al plantear éste una relación necesaria entre el hacer y el resultado, advierte que al no estar contenido en la propia definición del acto y quedar relegados los resultados a lo perlocutorio (en tanto no convencional), se produce un hiato entre las consecuencias y la intención “que define por sí sola la naturaleza del acto y que no tiene ninguna relación con los ‘efectos’ producidos”. (Ídem).

El autor de la Teoría de los Discursos Sociales va a reconocer el origen de estas dificultades en la pretensión de sostener una teoría de los actos de lenguaje a partir del descubrimiento por parte de Austin de los verdaderos performativos. Para Verón son los sucesores de Austin quienes intentan tomar “por teoría lo que sólo era una reflexión abierta sobre cuestiones a las que el autor no pretendía dar respuestas correctas” (178). En esta dirección, el semiólogo argentino se propone diferenciar aquellos falsos performativos de los verdaderos y dirá que un verdadero performativo será aquel que en decir del acto contenga un hacer, es decir que en cada uno de los verdaderos performativos se cumpla todo lo que la convención definida por las normas exige: es que “la persona autorizada pronuncie, en el contexto especificado, la o las fórmulas que producen el resultado esperado”. (Ídem: 177).

### Los desafíos de un abordaje del lenguaje más allá de las dicotomías natural/social

En el recorrido propuesto hasta aquí tuvimos la pretensión de abordar, en términos de reflexiones, la problemática del lenguaje a partir de la dicotomía/tensión natural/social. Sin embargo, debimos asumir el recaudo de no simplificar esta dicotomía. Por el contrario, nos propusimos dar cuenta, aunque someramente, de la heterogeneidad de corrientes que en s. XX se abocaron a la cuestión del lenguaje. Y reconocer las tensiones, préstamos, continuidades y críticas que nutrieron los debates en torno a esta dicotomía, fundamentalmente en el escenario europeo.

Estas tensiones, lejos están hoy de considerarse zanjadas, las inscripciones asumidas por unas y otras son legítimas (en el campo académico) pero más allá de los aportes y/o límites, de cada una de ellas, creemos que no podemos abstraer de estos planteos una cuestión relevante: la dimensión histórico-cultural del ser humano. Es decir, asumir al ser humano como un ser fundamentalmente cultural y no básicamente natural. Y es aquí donde entra a jugar el lenguaje, porque es en este punto donde se pone en juego la tensión que reconocemos en torno a éste y la dicotomía social/natural como los límites para pensar la comunicación humana. Más adelante, volveremos sobre un diálogo posible entre las esferas de lo natural y lo cultural.

EL GIRO SEMIÓTICO Y LA EXPANSIÓN  
DE LAS SIGNIFICACIONES: UNA LECTURA POSIBLE

## Las Fundaciones del campo semiótico

Retomamos acá, una de las dimensiones del lenguaje, la social, para pensar las condiciones de posibilidad de lo que a mediados del s. XX asumiría el estatuto de un 'giro' en los estudios de las significaciones. Precisamente, desde esa perspectiva, nos enfrentamos con la dificultad de introducirnos en el campo de los estudios semióticos, más precisamente, con la dificultad de proponer un tentativo mapa conceptual que dé cuenta de las principales corrientes fundantes de estos estudios. Especialmente hemos reconocido una noción que al tiempo que consideramos de significativa relevancia, se nos presenta con un alto grado de dificultad a la hora de abordarla: la noción de giro semiótico. Creemos necesario problematizar acerca del alcance de esta noción y las maneras en que permitió la expansión de la categoría de discurso. El recorrido propuesto no agota la densidad semiótica de este 'momento' ni las múltiples aperturas teóricas y metodológicas que se reconocen. Lo que intentamos fue el trazado de una lectura posible que nos brindase herramientas conceptuales iniciales para poder hacer una lectura crítica de la 'realidad social' y poner en crisis el paradigma de la representación en tanto concepción transparente del lenguaje. Como así también, dimensionar la/s manera/s en que el/los discurso/s circulan y la irrupción de los medios de comunicación en esas lógicas de producción de sentido. El desafío fue también, poder asumir como constitutiva la tensividad del lenguaje desde la cual pensar la puja por postular visiones configuradoras de modelos, a veces antagónicos, de lo que entendemos como 'la realidad social'.

Sin embargo, para poder abordar la noción de 'giro semiótico', como condición de posibilidad de la noción de discurso, tal cual la entendemos aquí, consideramos necesario introducir, aunque sea brevemente, las gramáticas de engendramiento de su emergencia a partir reconocer dos grandes proyectos fundacionales en los estudios semióticos en el s. XX. Por un lado, encontramos a la fundación europea en la cual se ubica, como 'fundante' al lingüista Ferdinand de Saussure (1857-1913), quien postula la 'lengua' como objeto de estudio de la lingüística con el fin de darle un estatuto científico a esta disciplina y desarrolla toda una teoría de ese objeto. Su teoría resulta toda una innovación y brinda un marco explicativo con cierta rigurosidad que abordaba los fenómenos lingüísticos a partir, y básicamente, de dos nociones fundamentales: la de sistema y la de valor. A su vez, anuncia una ciencia que se llamará "semiología" que se ocuparía de la vida de los signos en el seno de la vida social. Anuncio que asumió un fuerte estatuto performativo dado que el proyecto semiológico de lo que Verón define como 'primera generación' sentó sus bases en los postulados de la lingüística saussureana.

Por otro lado, nos encontramos con Charles Sanders Peirce (1839-1914) máximo exponente de la Fundación americana. Autor éste que parte desde (y funda) un proyecto lógico-semiótico que asume al mismo tiempo el estatuto de una epistemología. Desde ese proyecto el autor va a sostener una concepción triádica del signo que fundamentalmente instituirá la afirmación de que todo puede ser signo, no importa que esté revestido de intencionalidad y una dimensión comunicativa, en la medida en que esté en lugar de otra cosa (ausente) para un tercero en algún aspecto o cualidad. Toda su andamiaje teórico se apoya en una concepción dinámica del signo y una concepción de semiosis infinita, es decir que su proyecto excede las nociones de sistema y lo estrictamente lingüístico. Sus preguntas apuntan a una epistemología más compleja en la que renueva la relación entre el hombre y el mundo. Todo es signo para él y solo accedemos al mundo por una mediación

sígnica (estos planteos peirceanos los abordaremos posteriormente con más detenimiento dado que constituirá la base epistemológica de una de las teorías vertebradoras en esta investigación: la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón).

## Las relaciones significantes. Modos posibles de decir el mundo Una breve introducción a los modelos saussureano y peirceano

Este momento de inauguraciones para la semiótica se produce en los intersticios de los s. XIX y XX. A decir de Fabbri (1999), constituye el inicio de la reflexión específica y coherente sobre la significación. Por su parte, Eliseo Verón va a manifestarse en la misma dirección al sostener que es a partir de estas dos fundaciones que la teoría del signo adquiere su autonomía respecto del mundo natural y se convierte en el núcleo de todo modelo acerca de la representación del mismo. Las relaciones significantes tendrán a su cargo la representación del mundo cultural que asumirán dimensiones distintas: Semiología para Saussure y Semiótica para Peirce (distinción al menos zanjada desde lo denominativo en el primer congreso de la Asociación Internacional de Semiótica en el año 1969, optándose por el nombre de Semiótica). Sin embargo, creemos necesario precisar que en los modelos previos a los planteos saussureanos y peirceanos, tal como lo plantea Verón (2002), las relaciones significantes eran concebidas de manera diferente. Desde estas concepciones los dos elementos mínimos necesarios eran el signo y el objeto denotado o referente, un modelo binario en que la relación significativa se establecía entre un elemento sensible (visual, sonoro) y una entidad, estado o proceso recortado e identificable del mundo real. En esta concepción precientífica, el primer elemento designaba, denotaba, significaba o re-enviaba al segundo elemento configurando un modelo de signo como puente entre estos dos mundos en el cual el elemento sensible adquiriría el valor de signo por una operación cerebral o mental que los asociaba de manera estable con el segundo elemento en tanto trozo del mundo real. Esta concepción realista-empirista prevaleció, bajo distintas formas durante el s. XIX, aunque gradualmente se afianzó la perspectiva según la cual era necesario considerar que los dos elementos de la relación significativa son del mismo tipo, es decir, ambos mentales, concepción ésta más próxima a la tradición europea de cuño saussureano (idem).

Es así que en el campo de los estudios lingüísticos de la primera mitad del s. XX y los estudios semiológicos posteriores, podemos reconocer un punto de inflexión basado en los planteos formulados por Saussure. “La ‘ruptura epistemológica’ saussureana” (Sazbón, 1983 apuntaba a superar el obstáculo epistemológico que suponía la concepción de la lengua como nomenclatura. Esta reforma que podemos inscribir en un campo particular, la lingüística, sentó las bases de lo que se conoció posteriormente como “giro lingüístico”. Retomando los planteos de Rojas Osorio, señalados más arriba, es posible reconocer diferentes tradiciones y temporalidades desde cuales pensar esta noción de giro. Más allá de las particulares que asumió este giro, se acuerda fundamentalmente en la imposibilidad de la neutralidad y transparencia del lenguaje.

Como hemos planteado más arriba podemos dimensionar los alcances de la impronta saussureana en los posteriores estudios lingüísticos y semiológicos, tales como el Círculo de Praga con Trubetzkoy y Jakobson a la cabeza y Martinet como continuador de esa corriente funcionalista por

un lado, y el Círculo de Copenhague con Hjelmslev como fundador, por el otro. Ambas corrientes retomaron el proyecto saussureano en la primera mitad del siglo pasado y, aunque no es pretensión aquí abordar y profundizar estos últimos planteos, sí considero pertinente retomarlos, cuestión que someramente haré más adelante.

## Hacia una tercera fundación de los estudios semióticos del s. XX Una breve introducción al Círculo Bajtiniano

Retomando la problemática de las tradiciones fundacionales, observamos un acuerdo en el campo académico en torno a considerar las dos fundaciones (la europea y la americana) como los proyectos a partir de los cuales se sentaron las bases de la Semiótica moderna. Sin embargo, y retomando una de las premisas iniciales, creo pertinente problematizar este precepto instituido y ampliar el horizonte fundacional de la disciplina.

En este sentido, podemos pensar<sup>2</sup>, una tercera fundación que ancla su territorialidad en Rusia. El grupo de intelectuales conocido como el Círculo bajtiniano con Mijaíl Bajtín a la cabeza van a sustentar un proyecto semiótico revolucionario. Una filosofía del lenguaje radicalmente opuesta a los planteos sostenidos para ese mismo tiempo por Saussure, concibiendo a los estudios del lenguaje como una Translingüística. Este enfoque instituye a la palabra como el signo por excelencia, pero un signo estructuralmente ideológico. Insistimos, en tanto programa superador, los planteos realizados tanto por Bajtín, como por los otros dos miembros más conocidos del Círculo (Voloshinov y Medvedev), polemizaron con los de los estudios de la lingüística de comienzos de s. XX derivada del pensamiento sistémico de Saussure.

## Las discusiones en torno a la autoría de los textos deuterocanónicos del Círculo Bajtiniano

A partir de proponer un diálogo con la teoría de Mijaíl Bajtín, consideramos aquí pertinente plantear algunas consideraciones previas en torno a la autoría de algunos de los textos que van a ser citados en el presente trabajo. Al respecto reconocemos la existencia de una abundante bibliografía que, en menor o mayor medida, ha abordado esta cuestión. Tales discusiones exceden el ámbito del presente trabajo, aunque podemos señalar una cierta coincidencia entre algunos autores relevados en torno a la idea de una producción 'colectiva' de los textos en disputa y que se han conocido como los textos deuterocanónicos<sup>3</sup>. Al respecto Iris Zabala plantea la noción de 'texto único', estableciendo una relación entre los textos en disputa y los firmados por Bajtín, "en

2- Perspectiva que compartimos los miembros de las cátedras de semiótica de la Universidad Nacional de San Luis y sostenida desde el proyecto de investigación que dirijo, PROICO 4-1312 "la Comunicación en las sociedades mediatizadas: prácticas y discursos en la construcción de identidades"

3- Citamos como referencia algunos de los textos en disputa: El Método formal, firmado por Pavel Medvedev; Marxismo y filosofía del lenguaje, firmado por Valentín Voloshinov, entre otros.

lo que se refiere a una línea de pensamiento crítico” (1996: 54). Por su parte Mancuso señala que “...Bachtin omitía su nombre y sí tomaba prestado los nombres de los integrantes de ese grupo, de discípulos o de amigos-colegas para publicar los libros de este período, muchos de los cuales nacieron incluso en coautoría entre él y alguno de ellos” (2005: 23).

Augusto Ponzio, otro de los autores referentes del pensamiento bajtiniano, afirma que:

*“En los años veinte la actividad teórica de Bajtín se mezcla con la de sus amigos y colaboradores del Círculo de Bajtín hasta confundirse, poniendo en práctica la tesis bajtiniana del carácter ‘semi-ajeno’ de la ‘propia palabra’. Posteriormente se ha intentado distinguir la propiedad en ese ámbito y se ha intentado atribuir al autor su verdadera palabra. Incluso, después de la represión de Stalin, cuando se deshace el Círculo de Bajtín y mueren sus amigos y colaboradores más cercanos, Medvedev y Voloshinov, se siguen oyendo, en la obstinada investigación en solitario de Bajtín hasta 1975 (año de su muerte), sus voces, en un diálogo ininterrumpido” (1998: 13).*

Otra perspectiva, más polémica por cierto, en torno a la autoría de los textos deutorocanónicos y las relaciones entre los autores del llamado Círculo de Bajtín, es la que plantean Bota y Bronckart<sup>4</sup>. Los autores recuperan los estudios llevados a cabo por Ivanova (2003a, 2003b) y Sériot (2007) para refutar los planteos del semiólogo Ivanov, quien habría planteado la autoría de Bajtín de los textos firmados por Voloshinov y Medvedev:

*“Los trabajos de estos dos autores se basan en dos epistemologías radicalmente opuestas y que estas divergencias tienen incidencias mayores sobre el estatuto que puede conferirse al lenguaje, a los textos y a los géneros y, además, particularmente sobre el papel que juegan estos últimos en la constitución y desarrollo del ser humanos” (2010: 108).*

Tatiana Bubnova, seguramente una de las voces más autorizadas sobre el pensamiento y obra de Mijail Bajtín, ha traducido al español una parte significativa del legado del filósofo ruso y sentado también su posición acerca de los textos deutorocanónicos. Acerca de la ‘disputa’ por las autorías de varios de los textos ‘bajtinianos’, la autora ha señalado, con relación a *Marxismo y filosofía del lenguaje* “que al final de su vida Bajtín negaría categóricamente todo vínculo con el marxismo, lo que explica, en parte, su negativa a admitir *públicamente* su autoría total o parcial. Ahora bien, su intervención en el libro es patente, pero no se puede asegurar en que medida” (2009: 7). Por otra parte, la autora, en el prefacio del libro *Hacia una Filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*, plantea que el artículo “La palabra en la vida, la palabra en la poesía” publicado en 1926 bajo el nombre de V. Voloshinov se considera “parte de los trabajos bajtinianos más genuinos, a pesar de que por falta de pruebas se considere perteneciente a la tradición ‘deutorocanónica’” (Bubnova; 1997: XVII). Bubnova resalta la importancia del legado del pensamiento bajtiniano, pero también advierte acerca de los avatares de las obras en sus contextos de producción (llevadas al ostracismo), la demora en su traducción a los centros académicos europeos (fundamentalmente

4- El texto al que hacemos referencia corresponde al capítulo “Voloshinov y Bajtín: dos enfoques radicalmente opuestos de los géneros de textos y de su carácter” en: Saussure, Voloshinov y Bajtín revisitados. Estudios históricos y epistemológicos. El artículo fue publicado en LINX 56 y traducido por Dora Riestra de la Universidad Nacional de Río Negro.

Francia de la mano de Julia Kristeva) y los desplazamientos en los contextos posteriores de recepción lo que generó múltiples interpretaciones. La autora, en la introducción de *Marxismo y filosofía del lenguaje* (edición del año 2009), retoma la cuestión de la 'génesis' de las obras 'en conflicto', especialmente plantea el legado de Valentín Voloshinov y el círculo bajtiniano (ampliado). Destaca la personalidad de Voloshinov y sus aportes a la teoría marxista del lenguaje:

*Los investigadores actuales- me refiero a la escuela marxista de bajtinólogos en Inglaterra, Estados Unidos y Canadá- le están dando un mayor crédito a Volóshinov. La figura de Bajtín, mientras tanto, sigue siendo un misterio. Sabemos ahora mucho más tanto de la génesis de sus ideas como de su biografía. No obstante, su personalidad misma sigue siendo indescifrable y plena de contenidos que nos parecen antagónicos. Algún investigador ruso (V. Makhlin) sugiere que en los textos de Bajtín 'aún no ha pisado pie humano' (2009: 13).*

Dado que esta discusión en torno a los textos deutorocanónicos permanece abierta, y a la luz de las argumentaciones recuperadas anteriormente, reconoceremos en la presente investigación la autoría compartida de Bajtín y Voloshinov, respetando en cada libro citado la firma del autor.

## La concepción material del lenguaje. La Filosofía del Círculo Bajtiniano

La interpelación del material discursivo en clave bajtiniana nos lleva a precisar una de las nociones fundamentales sobre los que se vertebran los análisis de discurso: la de lenguaje. En este sentido, asumimos la concepción de lenguaje bajtiniana/voloshinoviana en nuestra investigación, no solamente desde una perspectiva ontológica, sino pragmática. Y más aún porque esta noción de lenguaje se encuentra en la base de la teoría del Discurso Social de Marc Angenot y también (en menor medida claro) en la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón. También porque emergen como interesantes los posibles diálogos entre Bajtín y Peirce (este último fundamento de la TDS de Verón). Estas dos teorías contemporáneas son claves para comprender el funcionamiento social del sentido. Bubnova, en un artículo publicado en la revista *Acta Poética*, dimensiona en un nivel significativo la manera en que el lenguaje es concebido en el Círculo Bajtiniano:

*"La lengua, si no lo es todo en la vida humana, está en todo, orgánicamente integrada en el acto ético bilateral, de modo que se puede hablar, entre la infinita variedad de los actos humanos, de acto acción física, acto pensamiento, acto sentimiento, acto estético o artístico, acto cognoscitivo, y del acto enunciado en sí. El lenguaje está orgánicamente integrado en todo tipo de actos. Así, el sentido de la palabra dicha se fusiona y se imbrica con la acción y adquiere el poder de una acción" (Bubnova, 2006: 104).*

En este sentido Bubnova advierte de la necesidad de asumir al lenguaje más allá de una perspectiva estructural y formal y articular su funcionamiento a lo social e ideológico, reconociendo en esta línea del pensamiento bajtiniano el texto firmado por Voloshinov "la palabra en la vida,

la palabra en la poesía...” en conexión con los planteos formulados en *Marxismo y filosofía del lenguaje*. De hecho, el mismo Voloshinov afirma que concebir a la lengua en tanto sistema abstracto es “tan sólo una abstracción científica, productiva únicamente para ciertos fines teóricos y prácticos” ([Voloshinov, 1992] en: Cardozo, 2006: 169).

La preocupación del Círculo bajtiniano estaba centrada en formular una filosofía marxista del lenguaje. Y en esta tarea emprenden una serie de discusiones con dos corrientes contemporáneas a sus formulaciones: el Objetivismo abstracto y el Subjetivismo individualista. La primera de estas corrientes hace prevalecer la inmovilidad de las normas, mientras que la segunda priorizaba la generación creativa del individuo. No vamos a extendernos en este eje de los planteos del Círculo bajtiniano, solamente precisar algunos de los ejes de estas corrientes que Voloshinov resume en el capítulo de *Marxismo y filosofía del lenguaje* “Dos corrientes del pensamiento filosófico lingüístico”. Desde la corriente del Subjetivismo individualista, se planteaba fundamentalmente una concepción del lenguaje como un proceso constante de creación individual y una noción de lengua como un producto realizado, un sistema estable ‘una corteza muerta’.

Por el lado del Objetivismo abstracto, la lengua era considerada como un sistema fijo e inmutable que no se podía cambiar; las leyes de la lengua eran específicamente lingüísticas y sólo regulaban el nexo entre los signos lingüísticos dentro de un sistema. Algo ciertamente inaceptable para Bajtín, Voloshinov y los demás miembros del Círculo en la formulación de una teoría del lenguaje, era sostener que las conexiones lingüísticas no tenían nada que ver con los valores ideológicos, al tiempo que los actos de habla eran concebidos como actos de variaciones individuales, dejando de lado, de este modo, que estos cambios explicasen los cambios históricos (Voloshinov, 2009). Luego de caracterizar a las dos corrientes del pensamiento filosófico en torno a la realidad lingüística, el autor se plantea una disyuntiva: si la existencia de la esta realidad debe sostenerse en el habla o en la lengua. En el capítulo siguiente (del citado libro), Voloshinov precisa los fundamentos de las críticas a estas corrientes del lenguaje (especialmente se detiene en las refutaciones a las formulaciones de Saussure):

*El Objetivismo abstracto, al considerar el sistema de la lengua como lo único importante para el análisis de los fenómenos lingüísticos, rechaza el acto discursivo- la enunciación- como acto individual...el Subjetivismo individualista considera precisamente el acto discursivo, o la enunciación, como lo único que importa. Pero también esta corriente define este acto como individual y por lo tanto trata de explicarlo desde las condiciones de la vida individual y psíquica de la persona (Voloshinov, 2009: 132).*

Para Voloshinov la realidad principal del lenguaje radica en la ‘interacción discursiva’. Este postulado es central para nuestra tesis, esta concepción del lenguaje nos permite indagar en los fenómenos del lenguaje a partir de nuestros interrogantes entendiendo la producción social del sentido no como ‘actos aislados’ sino como parte de una ‘totalidad’, como parte de un proceso discursivo, un continuo que no reconoce principio ni fin. Es en esto último donde radica uno de los ejes filosóficos del pensamiento bajtiniano: la dimensión dialógica del lenguaje en el ‘gran tiempo’.

Elsa Drucaroff retoma estos planteos, que configuraron uno de los ejes vertebradores de la Filosofía del lenguaje del Círculo bajtiniano, en su libro *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*

(1995). Allí dedica un apartado a esta discusión: “Disparen contra Saussure”. La autora señala que la tesis central contra Saussure está basada en su famosa oposición lengua/habla. Frente a esta dicotomía, retoma los planteos de Bajtín/Voloshinov para explicar el sentido del título del apartado. Los autores del Círculo afirmaban que no puede comprenderse el fenómeno lingüístico solamente analizando la lengua (como pregonaba Saussure), sino que por el contrario, este estudio se desvirtuaba. Frente a este escenario proponen (Bajtín/Voloshinov) estudiar el habla y distanciarse así del plano de las abstracciones sistémicas dotando a la palabra de ese estatuto insoslayable para los del Círculo: ‘como arena de combate’. Estos postulados nos permiten comprender mejor aún lo que Voloshinov sostiene respecto al funcionamiento del lenguaje en la comunicación humana. Un fenómeno del lenguaje que no puede pensarse por fuera de una atmósfera social:

*La unidad del medio verbal y la unidad del acontecimiento social inmediato de la comunicación son condiciones absolutamente indispensables para que el señalado conjunto físico-psico-fisiológico pueda vincularse al lenguaje, para que pueda llegar a convertirse en un hecho de la lengua en cuanto discurso. (Voloshinov, 2009: 77).*

En este sentido, la noción de refracción es clave en los estudios del lenguaje y más aún para comprender la indisoluble articulación entre la vida y la obra de arte<sup>5</sup>. La existencia de una realidad extradiscursiva constituye en Bajtín una base epistemológica, el medio cosístico para Bajtín. Todas las cosas hablan (un monumento, la disposición de una ciudad) sólo hay que interrogarlas, transformarlas en palabras.

*La palabra en la vida, con toda evidencia, no se centra en sí misma. Surge de la situación extraverbal de la vida y conserva con ella el vínculo más estrecho. Es más, la vida misma completa directamente la palabra, la que no puede ser separada de la vida sin que pierda su sentido (Voloshinov; 1997: 113).*

Ese componente extraverbal de la enunciación es clave para que la palabra adquiera ‘un’ sentido. La potencialidad del componente extraverbal planteada por Bajtín/Voloshinov en la década del 20 lo vemos claramente ‘reflejada/refractada’ a partir de la década del ‘60 en la emergencia del Análisis del Discurso como campo heterogéneo de problemas. Lo que claramente visualizaban los miembros del Círculo Bajtíniano constituirán, a partir de la segunda mitad del s. XX, algunos de los pilares de las corrientes de análisis de discursos más relevantes (EFAD y ACD<sup>6</sup>): articulación discurso/sociedad, una perspectiva crítica de lo ‘real’, un enfoque interdisciplinar, el abandono de la oración como unidad de análisis, el redescubrimiento del sujeto y el principio dialógico, entre otros.

5- Más allá de la productividad en un campo particular como lo es el literario, compartimos la posición de Pampa Arán (2006), quien afirma que los estudios bajtínianos constituyen una “llave de acceso importante para acceder al análisis y comprensión de numerosos fenómenos de la cultura contemporánea”.

6- Escuela Francesa de Análisis de Discurso y Análisis Crítico del Discurso como grandes corrientes que a su vez darían lugar a la emergencia de nuevas perspectivas de análisis del discurso a finales del siglo XX y que en el siglo XXI han ido adquiriendo mayor relevancia.

Uno de los autores contemporáneos que retoman estos principios bajtínianos es Marc Angenot<sup>7</sup>. Este representante del enfoque ‘sociocrítico’ o ‘sociohistórico’ retoma de Bajtín/Voloshinov la noción de multiacentalidad y cadena dialógica de enunciados como forma de entender la circulación del sentido y conformación de la trama del discurso social. Pero no comparte la idea de que esas diferencias, legitimidades y jerarquías sean ‘necesarias’ para el funcionamiento de la heteroglosia, la idea del ‘mito democrático’, ya que lo que se propone este autor es reconocer las contradicciones que den cuenta no de un sistema estático sino del funcionamiento de una hegemonía en tanto que prescribe lo enunciable en cada época (Angenot; 2010a).

La potencialidad articulada de los planteos de Bajtín/Voloshinov y Angenot es enorme a la hora de abordar la cuestión de las identidades, sus desplazamientos, transformaciones y sedimentos. “Donde no hay signo no hay ideología” dice Voloshinov, todo producto de consumo, instrumentos de trabajo pueden asociarse con los signos ideológicos<sup>8</sup>, “el signo no sólo existe como parte de la naturaleza, sino que refleja y refracta esta otra realidad, y por lo mismo puede distorsionarla o serle fiel, percibirla bajo determinado ángulo de visión, etc.” (2009: 26-27). El signo ideológico por excelencia para el autor será la palabra, palabra que “pone en funcionamiento los innumerables hilos ideológicos que traspasan todas las zonas de la comunicación social”, de ahí entender que la palabra sea “el indicador más sensible de las transformaciones sociales, inclusive de aquellas que apenas van madurando, que aún no se constituyen plenamente ni encuentran acceso todavía a los sistemas ideológicos formados y consolidados” (ídem: 40). Podemos reconocer en estos planteos del autor algunas de las claves de la noción de discurso social de Angenot<sup>9</sup>. Cuando éste último postula el siguiente axioma: “no hay historia ‘material’ concreta, económica, política o militar sin ideas inextricables puestas en discurso, que *informan* las convicciones, las decisiones, las prácticas y las instituciones...” (2010a: 16). También creemos reconocer la idea de la palabra como indicador de las transformaciones sociales cuando Angenot plantea que todo comienzo de los grandes dramas y rupturas de la historia tienen un inicio a partir de la palabra marginada, aislada y a veces ridiculizada, “para luego difundirse y apoderarse de las masas que harán el ‘Acontecimiento’”. Asimismo, la noción de Discurso Social de Angenot es deudora de esta concepción del lenguaje, reconociendo otro punto de contacto cuando el investigador canadiense se propone investigar la totalidad de la producción social del sentido, realizar un desclausuramiento que “sumerja los campos discursivos tradicionalmente investigados como si existieran aislados y fueran autónomos” (Angenot; 2010a: 22). Noción próxima a la de esferas de la comunicación humana de Bajtín, esferas que se articulan en la cultura.

7- El investigador canadiense de origen belga también sostiene un estrecho diálogo con Foucault, de quien recupera las nociones de archivo y episteme y con Gramsci, de quien retoma la noción de hegemonía. Este último autor es probable que se haya conocido con Bajtín, con el cual mantiene puntos de acercamiento en sus pensamientos, aunque no hay testimonios de ello (Mancuso; 2005).

8- Este planteo en torno a los instrumentos de trabajo y los productos del consumo y su relación con la ideología aparece claramente desarrollado en *El Método formal en los estudios literarios* (Bajtín/Medvedev). Más precisamente en el capítulo 1 “El estudio de las ideologías y sus tareas inmediatas”. Allí se plantea el problema del material ideológico organizado con relación a los cuerpos físicos y naturales y a los productos de consumo.

9- Nos pareció oportuno en este apartado ir retomando alguno de los planteos de la Teoría del Discurso Social de Marc Angenot con el propósito de ir explicitando la manera en que el pensamiento de Angenot se imbrica en el Bajtín/Voloshinov. Incluso algunos fragmentos que son retomado brevemente aquí han sido más desarrollados en el apartado dedicado al autor belga-canadiense.

Indudablemente, la noción de Cultura ha reconocido innumerables acepciones en diferentes campos disciplinares y en distintos tiempos. Aquí la entenderemos como

*...aquellos patrones de organización, aquellas formas características de energía humana que pueden ser detectadas revelándose -'en inesperadas identidades y correspondencias', así como en 'discontinuidades de tipo imprevisto'- en, o bajo, todas las prácticas sociales (Hall, 1984 en Dalmasso, 2004: 11).*

Estos planteos deberíamos relacionarlos con la perspectiva dialéctica dialógica de los conflictos ideológicos en términos de Bajtín/Voloshinov que se dan en cada época y cultura. Como sostiene Voloshinov:

*La clase social no coincide con el colectivo semiótico, es decir, con el grupo que utiliza los mismos signos de la comunicación ideológica. Así las distintas clases sociales usan una misma lengua. Como consecuencia, en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases (Voloshinov en Arán; 2006: 75).*

Retomamos a los fines de complementar esta definición la noción de cultura del propio Bajtín como aquella hecha no de elementos muertos sino que se enriquece de la *comprensión activa y la extraposición*.

Desde esta perspectiva vamos a entender las identidades, como construcciones discursivas ancladas socio-históricamente. No reducida a lo individual, no determinada de modo absoluto por lo social, dado que la identidad se instituye como un proceso inestable, siempre precario y contingente. Las identidades adquirirían visibilidad en los discursos puestos a circular, flujos siempre aleatorios y contingentes que sedimentan algunos sentidos y operan como fuerzas centrífugas de otros, definiéndose nuevas relaciones entre los colectivos 'nosotros' y los 'otros' por medio, entre otros factores, de procesos de repetición/naturalización y de resignificación/desplazamiento (Lobo, 2008, 2009, 2011).

Hemos visto hasta acá que la cuestión de las identidades no puede escindirarse del funcionamiento de la densa trama que constituye el discurso social como un sistema regulador global que determina lo decible en una época dada y que establece centros y periferias en una hegemonía discursiva. Las identidades que se instituyen en cada sociedad no escapan a estas tensiones: "lo que la sociedad dice de sí misma y del mundo" ([Fossaert 1983] en: Dalmasso, 2004).

Aproximándonos más a nuestro corpus de análisis, podríamos advertir (y sospechar) la densidad ideológica con que se ha cargado al signo culturas/comunidades originarias y la multiplicidad de voces que en infinitos ecos lo han cargado de diferentes valoraciones. Como sostiene Voloshinov (2009) cada signo tiene dos caras como Jano, lo que para un cuerpo social y una época dada puede constituir una alabanza, será una gran mentira para otro cuerpo social (o el mismo) en otro contexto (exotopía).

*No se trata exclusivamente de valoraciones que se agregan a un significado previo y frío, se trata de que el significado del signo, en su totalidad, nació valorado de algún modo y nació*

*con la potencia de que valoraciones opuestas latían secretamente, como posibilidad, en él (Drucaroff; 1995: 29)*

Como plantean Bajtín/Medvedev:

*El medio ideológico siempre se da en un vivo devenir ideológico; en él siempre existen contradicciones que se superan y vuelven a surgir. Empero, para una colectividad determinada y en cada época de su desarrollo histórico, este medio representa una singular y unificada totalidad concreta... (Medvedev/Bajtín; 1994:55).*

Retomamos nuevamente aquí la cuestión de las identidades, de la relación Yo/Otro (o más específicamente la tríada *yo para mí, yo para otro, otro para mí*) en cada sociedad y las tensiones por imprimir a todo signo (a toda identidad) un sentido monológico. En ese sentido son los ideologemas los que operan como pequeñas unidades de sentido de la ideología dominante de aceptación difusa (Angenot, 2010), ideologemas que migran de un campo discursivo a otros generando una recurrencia que termina dando forma a una ideología. Creemos que esta noción, fundamental para comprender el funcionamiento del discurso social en la acepción de Angenot, encuentra sus fundamentos en los planteos de Bajtín/Medvedev quienes sostiene que:

*Cada producto ideológico, y cuanto éste contiene de idealmente significativo, no se encuentra en el alma, ni en el mundo interior o en el mundo abstracto de las ideas y de los sentidos puros, sino que se plasma en el material ideológico objetivamente accesible: en la palabra, en el sonido, en el gesto, en la combinación de volúmenes, líneas, colores, cuerpos vivientes, etc. Todo producto ideológico (ideologema) es parte de la realidad social y material que rodea al hombre, es momento de su horizonte ideológico materializado (1994: 48).*

Por su parte, Zabala (1996) dirá que todo ideologema es la materialización de los desplazamientos, las repeticiones, re-valoraciones que definen a un estado del discurso social.

## La noción de Cronotopo. Las coordenadas de tiempo y espacio más allá de los límites de la novela

A la par de esta noción, clave para desentrañar las tramas de la identidad en el discurso social, se encuentra otro concepto no menos importante en la teoría bajtiniana: el de cronotopo. Noción desarrollada por Bajtín en dos ensayos: “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela” y “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo” (Candelaria de Olmos; 2006). Como señala Pampa Arán, la noción de cronotopo presenta un carácter de “categoría epistemológica y metodológica que permite describir y comprender algunos procesos modelizantes de ciertas formaciones históricas socioculturales cuya experiencia está indisolublemente asociada, a los espacios, a las identidades culturales y a los imaginarios de una época” ([Arán, 2007] en: Arnoux,

2008: 64). Esta categoría inicialmente elaborada en el campo de las ciencias físicas y matemáticas, descubrimiento atribuido a Einstein, fue migrando gradualmente a otras zonas del conocimiento. Esta nueva relación del tiempo y el espacio fue clave en el proyecto semiótica del Círculo de Bajtín y sus estudios de obras literarias, particularmente de la novela (histórica).

Ya habíamos visto en nuestra aproximación al ensayo de Voloshinov “La palabra en la vida y la palabra en la poesía. Hacia una poética sociológica” la importancia de la dimensión de lo extraverbal, aquel elemento, de todo enunciado, que conecta a la palabra con la vida y la manera en qué los cronotopos de la vida, los cronotopos reales ingresan a la obra y al mismo tiempo cómo los cronotopos estéticos reelaboran en cierta medida los cronotopos de la vida. En este sentido para Bajtín todo lenguaje termina siendo cronotópico dado que no hay sentido posible fuera de determinadas coordenadas espacio-temporales. “El sentido para Bajtín se produce y circula en y por el lenguaje: su enorme capacidad para registrar y asimilar las representaciones sociales del espacio-tiempo, hacen que el propio lenguaje sea cronotópico” (Candelaria de Olmos; 2006: 73).

Como sostiene Drucaroff:

*En Bajtín la realidad existe, lo dijimos, y puede hablarse de ella: entonces hay un cronotopo real. Además hay cronotopos estéticos...cada género va elaborando determinadas formas que intentan asimilar el cronotopo real, es decir, la historicidad material y dinámica del devenir humano (Drucaroff, 1995: 130).*

Bajtín, a lo largo de sus estudios analizó diferentes cronotopos y la forma en que estos fueron migrando por diferentes géneros, siendo posible su rastreo en la memoria cultural. Particularmente reconoció en la novela griega un cronotopo fundamental al que llamó *un mundo ajeno en el tiempo de aventuras* (Candelaria de Olmos).

En nuestra indagación nos propusimos interpelar de manera exploratoria el corpus seleccionado a partir de las categorías bajtinianas con el propósito de analizar qué cronotopos se activaron en los diferentes discursos del campo histórico y político para ‘fundar’ la identidad de lo *puntano*. Como bien advierte Arnoux (2008) la categoría bajtiniana de cronotopo es propio del análisis de la novela, pero debido a la caracterización que propone el autor, es posible extender el ‘uso’ de la misma a otros dominios del lenguaje. Al igual que la autora citada, nosotros extenderemos ese dominio al discurso político e histórico.

En este sentido la noción de cronotopo implica indagar en las coordenadas de tiempo-espacio que se activan en cada discurso analizado, no es cualquier pasado el que se convoca ni tampoco un pasado enajenado. Lo que importa aquí y ante todo, dice Bajtín, “es la huella palpable y viva del pasado en el presente...porque no se trata de unas ruinas muertas...que no tengan ninguna relación esencial con la viva actualidad circundante y que carezca de toda influencia sobre la realidad” (Bajtín; 1999: 224). Vemos aquí nuevamente como son recuperados los planteos realizados por Voloshinov sobre la relación indisoluble entre el arte y la vida. O como plantea el propio Bajtín en “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica”:

La obra y el mundo representado en ella se incorporan al mundo real y lo enriquecen; y el mundo real se incorpora a la obra y al mundo representado en ella, tanto durante el proceso de

elaboración de la misma, como en el posterior proceso de su vida, en la reelaboración constante de la obra a través de la percepción de los oyentes-lectores ([Bajtín; 1989] en: Arán; 2006: 73).

El pasado debe ocupar un lugar necesario en el proceso continuo del desarrollo histórico, un pasado que debe ser creativo aunque sea en un sentido negativo sostiene Bajtín. Vemos aquí un cierto carácter performativo al sostener: “un pasado creativamente actual, que determine el presente, diseña, junto con el presente, el futuro, define en cierta medida el futuro” (Bajtín; 1999: 226). Insistimos, el desafío en la investigación que nos planteamos, fue indagar, a partir de nuestro corpus, en el/los pasado/s que se activaron/convocaron en los discursos actuales y qué imperativos los determinan.

Resulta muy interesante la manera en que Pampa Arán propone asumir y comprender la magnitud, complejidad y fecundidad de los postulados y categorías teóricas de Bajtín y sus colaboradores. La autora, en el prólogo a la nueva versión del Diccionario<sup>10</sup> afirma que “inevitablemente cada término remite o redonda en la casi totalidad de los otros y a veces, deslindarlos es muy difícil o casi imposible” (Arán, 2006: 6). La autora retoma las palabras de Bajtín para terminar de comprender esta afirmación al señalar que el autor se interesaba por “las variaciones y la heterogeneidad de términos en relación a un mismo fenómeno” ([Bajtín, 1982] en: Arán, 2006: 6).

Compartimos esta perspectiva analítica de Pampa Arán, como forma de abordar los conceptos de Bajtín y sus colaboradores ya que los elementos que hemos desarrollado hasta el momento remiten en mayor o menor medida, para su comprensión, a otro concepto central en esta concepción de lenguaje: el signo.

## La concepción ideológica del signo

El concepto de signo, señala Cardozo, se formuló de manera temprana en los planteos del Círculo Bajtiniiano, inscribiéndose en una filosofía materialista del lenguaje y con el propósito de “...avanzar en la elaboración de una filosofía materialista del lenguaje, entendida como una filosofía del signo en tanto producto ideológico” (Cardozo, 2006: 242). Más precisamente, en *Marxismo y Filosofía del lenguaje* (2009) vamos a encontrar una definición más precisa y extendida de este concepto.

Voloshinov sostiene que al lado de la naturaleza existe un mundo especial, el mundo de los signos. Hay que tener en cuenta que los signos también son materiales y singulares, es decir, cualquier objeto de la técnica, el consumo y la naturaleza pueden ser un signo; adquieren una significación que va más allá de su propia naturaleza física.

*Tanto los objetos que son objetos naturales, los instrumentos de producción y los bienes de consumo pueden convertirse en signo y adquirir, junto con sus funciones y sus usos no signícos, también una función y un uso signíco. Mientras un objeto no signíco es, por decirlo así, igual a sí mismo, no remite a nada, sino que coincide completamente con sus caracterís-*

10- El título completo de la obra es: *Nuevo Diccionario de la teoría de Mijail Bajtín* y fue publicado en el año 2006 por Ferreyra Editores, Córdoba.

*ticas, un cuerpo signico adquiere un significado 'que va más allá de su propia particularidad' (Ponzio, 1998: 102).*

El signo también es material en el sentido de que forma parte de la materialidad del mundo que además es histórica. Decimos material además porque si puede ser objetivado y analizado, se lo considera parte de ese mundo externo.

Estamos en presencia de una de las características del signo: su doble materialidad Como cuerpo en sentido físico (por donde circula la ideología y a su vez es ideológico). Y como signo también es material en el sentido de que es un producto sociohistórico, tiene una material histórico-social.

*Su pertenencia a la realidad física y a la realidad histórico-social hace del signo algo plenamente objetivo...los dos sentidos de la materialidad del signo ideológico están unidos por un nexo dialéctico que es propio de la materialidad de todo producto histórico-social (Ponzio, 1998: 112-113).*

Una materialidad significativa del signo, en contraposición a la idea de un sistema abstracto (Saussure y el Objetivismo abstracto), cargada de valoraciones. Por eso el signo no es sólo un reflejo mecanicista de esa realidad, sino que forma parte de esa realidad material a la que también refracta. La capacidad refractaria es una de las características fundamentales en la concepción bajtiniana del signo que nos permite comprender de manera más precisa la dimensión ideológica y multiacentuada de éste. La existencia refractada afirma Voloshinov, "es la intersección de los intereses sociales de orientación más diversa, dentro de los límites de un mismo colectivo semiótico; esto es, la lucha de clases" (Voloshinov, 2009: 47). Precisamente, uno de los postulados capitales en la concepción de lenguaje del Círculo bajtiniano es concebirlo como arena de lucha, Voloshinov precisa: de lucha de clases. Nosotros agregamos: arena de lucha por los sentidos. En las disputas por la imposición de sentidos, el colectivo de la clase social no ha caído en desuso, pero se conjuga con otras dimensiones, pero que no deja de ser social. Voloshinov hace especial énfasis en esta articulación de la dimensión ideológica y multiacentuada del signo con la lucha de clases:

*Este carácter multiacentuado del signo ideológico es un aspecto más que importante. En realidad, es tan sólo gracias a este cruce de acentos que el signo permanece móvil, vivo y capaz de evolucionar. Un signo sustraído de la tensa lucha social, un signo que permanece fuera de la lucha de clases inevitablemente viene a menos, degenera en una alegoría, se convierte en el objeto de la interpretación filológica, dejando de ser centro de un vivo proceso social de la comprensión (Voloshinov, 2009: 47).*

El signo podemos entenderlo entonces, como un producto histórico cultural determinado por el horizonte social de una época y un grupo social dado.

La tensividad propia de esta concepción del lenguaje, el funcionamiento ideológico del signo que emerge del Círculo bajtiniano entendemos que está en la base del funcionamiento de la Teoría del Discurso Social de Marc Angenot. Desde ya que es el propio Angenot quien explicita esta

ascendencia, pero la manera en que el autor concibe el funcionamiento de la hegemonía discursiva en tanto ‘sistema regulador’ de lo decible y narrable en una época determinada, las formas que asumen las pujas entre el centro (o mejor dicho, los centros) y las periferias, encuentra en la siguiente afirmación (un tanto extensa) de Voloshinov una base cierta:

*La clase dominante busca adjudicar al signo ideológico un carácter eterno por encima de las clases sociales, pretende apagar y reducir al interior la lucha de valoraciones sociales que se verifican en él, trata de convertirlo en signo monoacentuado. Pero en realidad todo signo ideológico vivo posee como Jano bifronte, dos caras...En las condiciones normales de vida social esta contradicción implícita en cada signo ideológico, no puede manifestarse plenamente, porque un signo ideológico es, dentro de una ideología dominante, algo reaccionario y trata de estabilizar el momento inmediato anterior en la dialéctica del proceso generativo social, pretendiendo acentuar la verdad de ayer como si fuera la de hoy. Es lo que determina la capacidad refractante y distorsionadora del signo ideológico dentro de los límites de una ideología dominante (Voloshinov, 2009: 49).*

A la par de esta noción de ideología, podemos reconocer otra acepción del término, en tanto las diferentes formas de la cultura, el arte, el derecho, la religión, la ética, el conocimiento científico, etc. Ideología como ‘representación’ y organización de las relaciones histórico-materiales de los hombres. Todo aquello que se exprese por medio de signos en las diferentes esferas de la vida social que tengan que ver con la realidad natural y social.

El área de la ideología coincide con los signos. Una primera aproximación más general (no especialmente reducida a los signos verbales) nos señala que éstos reflejan y refractan la realidad. Voloshinov aclara que el mundo de los signos y de la ideología presenta diferencias porque en cada esfera de la creatividad humana (ideológica) “se encuentra orientada a su modo particular dentro de la realidad y la refracta a su modo” (2009: 28). La idea de reflejo no en términos mecanicistas, sino como espacio de ‘mediación’.

El propio Voloshinov afirma que donde hay ideología hay signo y viceversa, entre ambos podría haber un signo de ‘igualdad’.

*La especificidad de los ideológico sólo puede hallarse, entonces, en el ámbito de lo semiótico y, por ende, en el terreno humano de la interacción social en la que el lenguaje aparece como arena de lucha en la que se disputa la imposición de los sentidos...y lo ideológico va unido a esa lucha como el instrumento valorativo a través del cual se modelan las distintas significaciones de la palabra dada (Aguilera, 2006: 162).*

De esta manera podemos comprender de manera más precisa el postulado voloshinoviano de que a la par del mundo material, de los fenómenos de la naturaleza, existe otro, el de los signos. Más allá de que, como afirmábamos más arriba, todo signo es constitutivamente ideológico, es en el signo ideológico por excelencia, la palabra, donde la ideología encuentra el vehículo ideal para su circulación. Signo ideológico que no circula como una ‘sombra’ de la realidad material, sino como parte material de esa realidad. Es por eso que desde el Círculo bajtiniano se señala a la palabra

como el signo ideológico por excelencia “ya que no sólo se ubica entre los individuos, sino que es, al mismo tiempo, el medio predominante de la conciencia individual siendo partícipe necesaria de toda creación ideológica en general” (ídem: 163). Voloshinov va a afirmar que la palabra “es el medio más puro y genuino de la comunicación social” (2009: 33), colocándola en un primer plano en el estudio de las ideologías.

Nuestra materia signica de investigación, es un corpus compuesto por palabras (enunciados). Nuestro análisis apunta precisamente a eso, a indagar, analizar y comprender el funcionamiento de los discursos sociales en tanto configuradores de realidades sociales en tensión y disputas por imposición de sentidos. De ahí que compartimos plenamente la sentencia que lanza Voloshinov: “las principales formas ideológicas de la comunicación semiótica podrían ponerse de manifiesto de la mejor manera posible justamente gracias al apoyo del material verbal” (ídem).

Es por medio de ese material ideológico por excelencia que podemos visualizar de manera más clara la comunicación ideológica y las transformaciones sociales e históricas (siempre materiales) de la sociedad. Bajtín circunscribe esta capacidad de ‘conexión’ de la palabra y las transformaciones sociales a los géneros de la vida cotidiana. Más allá de poder compartir este postulado, creemos que en otras zonas de la discursividad social también es posible dar cuenta de esas transformaciones. Ya retomando nuevamente a Angenot diríamos, dar cuenta de los diferentes estados del Discurso social.

El análisis de la ‘palabra’ como signo ideológico, desde ya que no supone reducir la indagación a lo lingüístico, sino que para poder comprender esas transformaciones sociales es necesario prestar atención al otro componente de la palabra en tanto enunciado: el componente extraverbal. Es así que hablamos acá de precisar algunas nociones que tienen que ver con una teoría del enunciado. En este sentido, no vamos a desplegar un recorrido exhaustivo por los planteos de los integrantes del Círculo bajtiniano respecto a este eje, ni detenernos en los diferentes momentos de sus producciones, fundamentalmente del más longevo del grupo, Mijail Bajtín. Nuestra pretensión es abordar en este apartado algunas de las nociones básicas en torno a la palabra como enunciado que nos permitan comprender mejor el ‘funcionamiento social’ de nuestro corpus de análisis.

Los primeros estudios en torno a una teoría del enunciado se registran en la década del veinte. Tzvetan Todorov, en este sentido, afirma que las primeras formulaciones datan de un artículo firmado por Voloshinov/Bajtín “El discurso en la vida y el discurso en la poesía” de 1926. Más arriba habíamos hecho mención a este período de producción y a esta obra en particular para señalar la articulación indisoluble que plantean estos pensadores entre la palabra y el contexto histórico y social. El autor de origen búlgaro y nacionalizado francés sostiene que se parte de una constatación: “la materia lingüística no constituye más que una parte del enunciado; existe también otra parte no verbal, que corresponde al contexto de enunciación” (Todorov, 1991: 87). Lo relevante no es el reconocimiento de un contexto extraverbal, sino que, desde las formulaciones del Círculo bajtiniano, éste pasa a ser considerado como parte constitutiva del enunciado. Podemos acá comprender por qué la palabra bajtiniana es una palabra viva, social, polifónica y dialógica. Una palabra (o enunciado) que desde un punto de vista valorativo (ideológico) refracta:

*Estos juicios y valoraciones se refieren a una cierta totalidad en la cual la palabra entra directamente en contacto con el acontecimiento de la vida y se funde con él en una unidad*

*indisoluble. La palabra tomada aisladamente, como fenómeno puramente lingüístico, no puede ser verdadera, ni falsa, ni atrevida ni tímida (Voloshinov, 1997: 113)*

Voloshinov plantea en ese ensayo la búsqueda de una poética sociológica y si bien sus formulaciones apuntan a pensar sobre todo en el funcionamiento del enunciado artístico, más que en otro tipo de enunciados, aclara que los primeros también están estrechamente entrelazados “con el contexto no enunciado de la vida”. Es por esto que consideramos que las formulaciones realizadas por el autor cobran una significativa importancia para reafirmar nuestra postura acerca de cómo pensar el lenguaje, más aún teniendo en cuenta que ésta es una obra temprana en el pensamiento del Círculo bajtiniano que Voloshinov anclará más desde una perspectiva sociológica.

Si retomamos nuevamente el planteo central de nuestra investigación, la emergencia de las ‘culturas originarias’ como tópico disruptivo en la construcción de la identidad reciente de lo puntano, podemos claramente asumir el resguardo como analistas. Esa palabra que ‘surge’ por ¿primera vez? en la discursividad política e histórica de fines del s. XX y comienzos del s XXI no es, como sostiene Voloshinov, una palabra neutra o tímida, sino que por el contrario está cargada de valoraciones, refracta un ‘mundo’ material que es externo a ella, pero del cual también forma parte. Es decir ese ‘yo’ que emerge en esa enunciación que se hace cargo de la palabra que irrumpe nunca es un yo ‘singular’ sino que es un yo realizado en un ‘nosotros’. Un horizonte y una evaluación social que se mantienen como constitutivos del enunciado, pero que, de acuerdo a las formulaciones de Todorov, se ve modificado.

*Algunos años más tarde. Volochinov/Bajtín propone una descripción ligeramente distinta del contexto de la enunciación: mantiene el tercer rasgos característico (la evaluación colectiva), pero omite el segundo (el conocimiento compartido); en cambio, el primero (el horizonte común) es analizado bajo dos aspectos: las coordenadas espacio-temporales y el objeto (referente) (Todorov, 1991: 89).*

Desde ya se hace necesario precisar aquí que muchas de las formulaciones expresadas en los párrafos anteriores hacen hincapié en el contexto de la enunciación más próximo, de un enunciado verbal proferido en un espacio compartido por los hablantes en un acto comunicativo. El ejemplo que Voloshinov plantea en las páginas 113-114 del ensayo citado anteriormente hace referencia a una situación comunicativa concreta entre dos hablantes dada en una habitación. Allí se advierte la imposibilidad de acceder al sentido del diálogo solamente analizando el componente verbal del acto comunicativo y que es necesario para su comprensión global el contexto extraverbal. Compartimos, desde ya, estos postulados, solamente advertimos que el corpus con el que trabajamos no remite a un contexto de enunciación próximo, en los que los hablantes intervienen. Los discursos que analizamos, son asumidos desde esta perspectiva teórica, sólo que la evaluación y el horizonte social asumen una complejidad mayor.

Más allá de esta apreciación es esta concepción del lenguaje, ya concebida en la década del veinte como una articulación insoluble entre los componentes verbal y extraverbal, la que estará en la base de las perspectivas sociosemióticas de análisis del discurso. Esto lo hemos abordado más arriba cuando dábamos cuenta acerca del desplazamiento, inclusive epistemológico, en-

tre las décadas del sesenta y setenta: del texto al texto/contexto o texto/social. También esto fue problematizado por varios autores, entre ellos Eliseo Verón, quien plantea en *Fragmentos de un tejido* (2004), más precisamente en el capítulo “Prensa escrita y teoría de los discursos sociales: producción, recepción, regulación” (artículo de 1988) que “no se puede llegar a una teoría de lo discursivo por prolongación y/o reorganización de un enfoque lingüístico...” (ídem: 194). Es decir, no es posible dar cuenta de los macrofuncionamientos discursivos por prolongación y ampliación de un análisis de los microfuncionamientos lingüísticos. El autor está precisando este planteo en el funcionamiento de la prensa gráfica en lo que denomina las sociedades posindustriales mediatizadas, sin embargo, lo que está en la base de este planteo puntual es una teoría de la discursividad social (un enfoque que articula el texto con el contexto a partir de condiciones de producción, circulación y reconocimiento del sentido).

Pues bien, esta preocupación frente a la ‘imposibilidad’ de dar cuenta del sentido ya radicaba en los primeros planteos del Círculo Bajtiniano. El propio Voloshinov advertía que frente a la pretensión de un análisis del sentido nos encontrábamos con una limitación fundamental: la circunscripción al material verbal: “por más que nos esforzáramos con la parte estrictamente verbal de la enunciación, determinando de la manera más fina el aspecto fonético, morfológico y sintáctico de la palabra ‘vaya’, no nos acercáramos ni un solo paso hacia la comprensión del sentido global de la conversación” (1997: 114). Volvemos a insistir en esta disquisición, el contexto de la enunciación que emerge aquí es el próximo, entre los hablantes que comparten un espacio físico. Sin embargo no podemos desconocer que la concepción del lenguaje de este Círculo es dialógico por lo que cada enunciado es un eslabón en la cadena más amplia de la comunicación humana (oyente/hablante/contestatario). Las nociones de memoria genérica, los ecos de voces pasadas, propias y ajenas, en nuestros enunciados nos anclan nuevamente en un contexto de enunciación más amplio, en las que también ‘ingresan’, como señala Verón la dimensión simbólica del funcionamiento de base de las sociedades, es decir, otros discursos.

Esta dimensión filosófica del lenguaje de la alteridad como constitutiva del yo queda de manifiesto en el pensamiento de los autores del Círculo cuando Voloshinov afirma que:

*La parte sobreentendida del enunciado no puede volverse más que eso que nosotros (el conjunto de los locutores) sabemos, vemos, queremos y conocemos, eso en lo que nosotros estamos todos unidos [...] El yo no puede realizarse en el discurso más que en el nosotros. De suerte que cada enunciado cotidiano aparece como un entimema objetivo y social. Es como una contraseña que sólo conocen los que comparten el mismo horizonte social. (Voloshinov en Todorov, 1991: 89).*

Este sentido de la relación yo/nosotros tiene que ver también con la noción de evaluación social. En estos últimos párrafos hemos venido realizando una problematización acerca de la noción de discurso tal como la entendemos ahora (y en este trabajo): texto/contexto. Es decir, articular la materia lingüística (propia del análisis) con lo extraverbal (constitutivo de esa palabra/discurso). Y en esta dirección reconocimos estos aportes en la Filosofía del Lenguaje del Círculo Bajtiniano. Pero también advertimos la referencia a un contexto de enunciación próximo, un horizonte espacial compartido entre los hablantes ya que nosotros en el funcionamiento social del sentido hacemos

referencia a contextos de enunciación más amplios (temporal y espacialmente), en los que las figuras de los enunciadores se inscriben como marcas en los discursos circulantes. Condiciones de producción diría Verón que inscriben los discursos analizados al interior de una red de discursos en los que el sentido se configura. Voloshinov plantea esta diferencia entre un contexto de enunciación próximo y uno más amplio, extendido. Los ejemplos que el autor aborda en “La palabra en la vida y la palabra en la poesía. Hacia una poética sociológica” aluden más bien a esos contextos próximos entre los interlocutores al que considera reducidos en los cuales el horizonte de expectativas, el horizonte de lo sobreentendido, coincide con el horizonte real de esas personas en un acto comunicativo concreto. Pero a la par de este contexto de enunciación más próximo, Voloshinov también reconoce un horizonte más amplio de lo sobreentendido que pueden comprender años y épocas enteras. A este horizonte el autor los va a considerar más ‘constante’. Recordando la concepción ideológica del lenguaje para este autor, la noción de constante adquiere otro sentido: lo constante en términos de estable, lo ideológicamente predominante; ciertas regularidades diríamos.

“Cuando existe un horizonte más amplio, el enunciado puede apoyarse sólo en los aspectos permanentes y estables de la vida, así como en las valoraciones sociales esenciales y básicas” (Voloshinov, 1997: 116). En esta dimensión básica del funcionamiento social el autor considera también los aspectos económicos.

En esta dirección, es interesante retomar los aportes de Bubnova, quien en “Voz, sentido y diálogo en Bajtín” (2006) plantea que para el autor, el mundo que nos rodea está poblado de voces de otras personas, voces que son palabras en el sentido de ‘enunciados’. Bajtín mismo afirma que: “vivo en un mundo poblado de palabras ajenas. Y toda mi vida, entonces, no es sino la orientación en el mundo de las palabras ajenas, desde assimilarlas, en el proceso de adquisición del habla, y hasta apropiarme de todos los tesoros de la cultura” ([1979a, 347-348] en: Bubnova, 2006: 101). La autora entiende que el lingüista ruso hace referencia a la comunicación discursiva de ‘segundo grado’, o sea la escrita. “Pero sin duda alguna Bajtín habla de las palabras escritas sólo en una segunda instancia, partiendo de la comunicación oral, y en la escritura resuenan, para él, de un modo virtual, pero semióticamente perceptible, las voces de las otras personas, de opiniones, de posiciones individuales y de grupos sociales” (Ídem).

Estos postulados, creemos, nos permiten ampliar la comprensión del sentido de los planteos de Eliseo Verón cuando define el funcionamiento social del sentido. Este último autor señala que no es correcto establecer una diferencia sustancial entre determinados discursos y sus condiciones ya sean de producción o de reconocimiento. Esta distinción es metodológica, “las condiciones no deben pensarse como algo ajeno a la producción del sentido, lo que llamamos ‘condiciones’ son también procesos significantes (estructuras institucionales, comportamientos sociales y también, siempre, otros discursos)” (Verón, 90).

Esta manera de entender la circulación del sentido es posible gracias a un proceso de intertextualidad. Noción de intertextualidad que implica relación entre dos enunciados/discursos. Torodov advierte acerca de esta noción de intertextualidad en la obra de Bajtín afirmando que este ‘término’ lo introduce Kristeva en su presentación de Bajtín; “reservando la denominación de ‘diológico’ para ciertos casos particulares de intertextualidad tales como el cambio de réplicas entre dos interlocutores; o la concepción elaborada por Bajtín de la personalidad humana” (1991: 125). Esta noción de intertextualidad no es monosémica ni se le ha dado el mismo sentido. Julia Kristeva

señala que “el dialogismo bajtiniano designa la escritura a la vez como subjetividad y como comunicatividad o, para expresarlo mejor, como *intertextualidad*...” (1981: 195). Por su parte, Candelaria de Olmos, en el *Nuevo Diccionario de la teoría de Mijail Bajtín* advierte acerca de los sentidos que se les ha dado a la noción de diálogo y las relaciones entre sujetos y textos,

*...las lecturas tempranas que de Bajtín se hicieron en Occidente tendieron a prescindir de la noción de ‘sujeto’ y a privilegiar las relaciones entre textos. El término ‘intertextualidad’, acuñado por Julia Kristeva y que tanta fortuna ha tenido en diversas orientaciones de la semiótica, no aparece, sin embargo, en los escritos bajtinianos: para Bajtín, las relaciones entre textos son, sobre todo, relaciones (dialógicas) entre sujetos... (Candelaria de Olmos, 2006: 261).*

Todorov dirá al respecto que el término que emplea Bajtín para “designar esta relación de cada enunciado con los otros enunciados es dialogismo; pero este término central está, como puede esperarse, cargado con una pluralidad de sentidos a veces embarazosas...yo emplearía por su sentido más inclusivo, el término de intertextualidad introducido por Julia Kristeva” (1991: 125).

No vamos a ahondar en esta cuestión aquí pero estimamos que queda claro el sentido de la noción de dialogismo en los planteos de Bajtín como interdiscursividad (diálogo) (sincrónica y diacrónicamente). Dialogismo como principio gnoseológico por medio del cual un sujeto conoce por otro (los textos son conciencia de otros), un diálogo intersubjetivo; como una forma de conocer. De la misma manera, pretendemos que quede claro el concepto de intertextualidad y la manera en que irrumpe en la escena a partir de los planteos de Kristeva. Algo más que podemos agregar respecto al alcance de las nociones de dialogismo e intertextualidad: la aguda mirada de Tatiana Bubnova quien señaló:

*Los textos del Círculo de Bajtín se leyeron con otros ojos, en un contexto diferente, y perdieron en cierta medida el vínculo con su significación original. Fueron actualizados de acuerdo al pensamiento de otras épocas. En fin, es éste el destino de los libros: ya sabemos que el textos ‘no existe’, sólo la interpretación, Julia Kristeva, que fue la primera en presentar las ideas de Bajtín en Occidente, reconoció (1998) que había adaptado su interpretación de la obra de Bajtín al horizonte intelectual e incluso al vocabulario del lector culto francés de los años sesenta y setenta (Bubnova, 2009: 6).*

Esta noción de intertextualidad, como encadenamiento de enunciados o textos, ha tenido y conserva, como ha señalado Candelaria de Olmos, su buena fortuna en diversos estudios semióticos. Esta noción es la que nos permite pensar de manera más amplia las formulaciones que están en las bases de dos de las teorías más significativas y productivas en el campo de la semiótica y el análisis del discurso: la Teoría de los Discursos Sociales de Eliseo Verón y la Teoría del Discurso Social de Marc Angenot. Para el primero la idea de intertextualidad se articula con la noción de semiosis e interdiscursividad, proceso por medio del cual un texto es un eslabón en la cadena de circulación del sentido al tiempo que también es producción y reconocimiento de otros textos en la cadena no lineal de la producción social del sentido. Para Angenot, la noción de intertextualidad

se relaciona con la circulación de ideologemas. Sin embargo esta migración de estas unidades mínimas del sentido no escapan a esta manera de entender la circulación del sentido: entre discursos. A diferencia de Verón, Angenot explicita que en la base de sus planteos se encuentra, entre otros, los aportes de Bajtín/Voloshinov. Más allá, insisto, de estas lecturas pos-bajtinanas, de la productividad de las mismas y las particularidades que asumieron al interior de las diferentes teorías, lo que intentamos en este apartado fue abordar las nociones centrales de la perspectiva del lenguaje del Círculo de Bajtín.

Desde ya que estas referencias no agotan lo que pueda ser dicho en relación a esta concepción de lenguaje, ni entrar en las discusiones contemporáneas acerca de las autorías de los textos deuterocanónicos. De hecho, en lo que nos hemos detenido es en resaltar la perspectiva de esta concepción del lenguaje que nos posibilita a introducir las preguntas acerca del sentido en torno a las culturas originarias y su irrupción en la discursividad política sanluiseña contemporánea. La pregunta por la manera en que este tópico es introducido en los discursos y los sentidos que se la imprimen es posible ser abordada de manera más amplia y fructífera a partir de poder romper con el repliegue del sentido al interior de la palabra misma. La noción de signo ideológico y multiacentuado nos brindan ese resguardo frente a la naturalización (y monologización) de las palabras. Este señalamiento es fundamental en los análisis de discursos y las teorías desde las cuales sostenemos nuestra investigación: la significación (de las palabras, los enunciados, los discursos) no produce sentido en sí misma sino es en su encuentro con el contexto histórico en el que ha sido dicha, es decir, el significado global de aquello puesto a circular. Y en esto también podemos reconocer un punto de partida en la base de la concepción de lenguaje de los del Círculo cuando Voloshinov plantea en *Marxismo y la Filosofía del lenguaje* (2009) la diferencia entre tema y significación para explicar el funcionamiento del enunciado.

Nuestro corpus de análisis, de hecho, está compuesto por materia lingüística, pero sin embargo a la hora de analizar los sentidos que circulan, y son configurados en esas materias lingüísticas, tenemos en cuenta la inscripción socio-histórica de esa materialidad. La significación de un enunciado es idéntica en todos los casos históricos de su enunciación señala Voloshinov y está compuesto por elementos sintácticos, morfológicos, etc. que pueden ser dichos nuevamente, recuperables, pero el 'tema' es irrepetible. Las 'culturas originarias' pueden, en tanto materia lingüística, (y de hecho han sido) recuperadas en diferentes contextos históricos de enunciación, pero sin dudas que no estaremos hablando de las 'mismas' culturas originarias. El tema del enunciado, los aspectos extraverbales de la enunciación son irre recuperables, irrepetibles. Lo interesante acá es que es "imposible trazar una frontera mecánica y absoluta entre tema y significación" (Voloshinov, 2009: 161).

Entonces, frente al eje de nuestra investigación: la emergencia de las culturas originarias como tópico en el proyecto identitario puntano reciente, y a partir de los planteos que venimos desarrollando, podemos planteamos el siguiente interrogante: ¿qué sentidos se le asignan al tópico culturas originarias en el discurso político en el último cuarto del s. XX? y seguidamente, comparar con los sentidos que se imprimieron a ese mismo tópico en la discursividad política en el s. XXI.

Voloshinov plantea claramente, al tiempo que la relación, la diferencia entre significado y tema:

*El tema es el límite superior y real de la significación lingüística, en realidad, sólo el tema quiere decir algo concreto. El significado es el límite inferior de la significación lingüística. El significado, fundamentalmente, nada quiere decir y tan sólo posee una potencialidad, una posibilidad de significación en un tema concreto (Voloshinov, 2009: 163).*

Lo que se pone en juego en torno al sentido es la cuestión de la comprensión, una comprensión activa en tanto un proceso generativo como respuesta a un anterior proceso generativo. Esto si lo pensamos respecto a una parte de nuestro corpus de análisis como respuesta a otro de los fragmentos de la discursividad analizada. Pero creemos plantear una advertencia no menor y que nos atañe: la comprensión a la que hacemos referencia también tiene que ver que nuestro propio proceso generativo de respuesta. Como investigadores no concebimos nuestro hacer como una idea en el mundo (un hacer puramente técnico como especialista), sino como una idea que participamos del mundo (un ethos participativo, es decir, hablamos del mundo desde el propio mundo). Nuestro propósito como analistas debe tender a una acción participativa, que el conocimiento sea transformador de cultura, no como conocimiento de archivo. Por esto nos pareció relevante detenernos aunque sea brevemente en este aspecto, porque para Bajtín, un sujeto debe ser responsable, hacerse cargo en lo que hace y en lo que dice en relación con un "otro". Y lo que se pone en juego acá no es ni más ni menos que la pugna por los valores en la lucha por los sentidos con(tra) los otros.

A este proceso Voloshinov agrega un dato más: la valoración. "Toda palabra pronunciada en la vida real no sólo posee un tema y un significado en el sentido referencial o de contenido, sino también una valoración" (idem: 165). No existe palabra alguna que no esté cargada de valoración y esto es un postulado central en esta concepción del lenguaje. Lo que nuevamente nos permite dimensionar con más amplitud el alcance y complejidad de nuestros interrogantes. Porque en estos procesos de producción social del sentido no existe nada estable, y como afirma Voloshinov "el significado –un elemento abstracto, idéntico a sí mismo- se absorbe por el tema, está desgarrado por las vivas contradicciones de éste, para emerger como un significado nuevo, con una estabilidad y autoidentidad igualmente momentáneas" (2009: 170).

Todo signo (en un sentido amplio incluimos las nociones de palabra, enunciado y discurso) se caracteriza por su flexibilidad semántica e ideológica. Para que sea signo tiene que ser visible, circular, que pueda ser observado objetivamente. Sin embargo, esta idea de objetivo no debe ser confundida con la noción de objetividad, sino más bien con el hecho de estar al 'resguardo' de las mentes individuales de los sujetos. A la par de esta idea de objetivo existe otra, la del lenguaje como 'arena de lucha de clases', nosotros podríamos ampliar este horizonte y hablar de una 'lucha por los sentidos'. Una puja por apropiarse de la palabra, en la que se ponen en juego valoraciones sociales que operan como hegemónicas en un tiempo histórico (precariamente estables). Podemos ensayar cualquier palabra y veremos que la misma ha sido cargada de valoraciones diferentes hasta contrapuesta ya sea en una dimensión sincrónica o diacrónica (en el pequeño o gran tiempo, como señala Bajtín). Palabras como 'revolución' o más cercanas en nuestra historia, 'subversivo' han sido y son cargadas tanto por valoraciones negativas o positivas, dependiendo de los grupos sociales que se la apropien. Hay una refracción de estos términos con contenidos históricos y sociales que responden a un momento particular, en diferentes discursos de una época.

Por medio del lenguaje conocemos y atribuimos significados, al mismo tiempo que podemos resignificar lo ya dado. Marcas ideológicas en relación al uso en la vida social, porque no es posible concebir signos aislados, siempre están en relación con otros signos. “En otras palabras, sólo aquello que posea un valor social puede entrar en el mundo de la ideología, constituirse y consolidarse en él” (Voloshinov, 2009: 45). Esta afirmación nos posibilita retomar nuestro planteo respecto al tópico culturas originarias en tanto signo ideológico (o palabra cargada de ideología) para tratar de comprender los sentidos en pugna en la construcción de lo puntano y la manera en que este tópico participa. Porque como venimos sosteniendo hasta el momento y retomando nuevamente a Voloshinov:

*El tema de un signo ideológico y su forma están indisolublemente relacionados entre sí y, por supuesto, pueden diferenciarse solamente en abstracto. Al fin de cuentas, son las mismas fuerzas y los mismos presupuestos sociales los que suscitan el primero y la segunda. En efecto las mismas condiciones económicas unen un elemento nuevo de la realidad con el horizonte social y le adjudican una significación social... (Ídem: 46).*

Es interesante precisar que estamos hablando de un proceso de producción de sentido en un contexto más amplio que el que involucra a dos hablantes. En este sentido, fue Medvedev quien dio el salto al contexto histórico (y no con Voloshinov, quien lo restringe al horizonte de los hablantes). Medvedev (1928) amplió la noción de contexto afirmando que la evaluación social es una “actualización histórica”. La concepción materialista del lenguaje, tal como hemos venido desarrollando hasta acá, desde la perspectiva del Circulo Bajtiniano, operará como condición de producción, en mayor o menor medida, de las teorías de Marc Angenot y Eliseo Verón (autores que abordaremos más adelante).

## La semiótica más allá de la inmanencia. Hacia las teorías sociosemióticas Los recorridos semiológicos/semióticos en la segunda mitad del s. XX

Es para los años sesenta, cuando podemos comenzar a hablar de una consolidación del proyecto semiótico propiamente dicho. Paolo Fabbri, entre otros, es uno de los autores que afirman esto, al sostener que es en estos años cuando podemos hablar propiamente de semiótica. El semiólogo italiano retoma a dos autores que considera capitales en la concreción de este proyecto semiótico en la década del '60: uno continuador de la tradición saussureana, Roland Barthes y otro, continuador de la tradición peirceana, Umberto Eco. La primera se guía por el lenguaje como modelo, mientras que la segunda se interesa por el signo, como reenvío, que tiene una historia propia que se remonta al semeion (signo) de la filosofía griega. (Fabbri, 1999).

Otra lectura posible de este escenario es la que plantea Eliseo Verón (2004) a partir del cual podemos identificar las divergencias en el trazado disciplinar de la semiótica de la segunda mitad del s. XX. Siguiendo a este autor, podemos señalar la existencia de una primera semiología, situada en los años '60 caracterizada como *inmanentista*, como limitante de la significación. Esto quiere

decir, que se trataba de definir un corpus a fin de describir el sentido sin desbordar los límites textuales; “ante los enfoques psicologizantes o sociologizantes, era necesario valorizar el mensaje mismo” (Verón, 2004:171). Esta primera generación de la semiología se instituirá en base a una fuerte pregnancia de la lingüística saussureana.

Como señala Dalmasso (2008) en relación a la primera generación, la problemática de la producción social del sentido se ha encontrado fuertemente anclada a la cuestión del lenguaje verbal, emergiendo éste como condición de posibilidad de toda significación. En esta dirección, la autora señala que:

*Se ha generalizado, en un vasto sector del conocimiento, la identificación del término discurso con la producción verbal. A lo que hay que agregar que, a nuestro criterio, el impacto producido por la imposición del denominado giro lingüístico en el campo de las ciencias sociales y humanas ha contribuido a restringir su alcance a los fenómenos significantes verbales (16).*

Sin embargo consideramos, y en esto también compartimos los planteos de Dalmasso, que el denominado giro lingüístico ocupó un rol preponderante en los cuestionamientos a la transparencia del lenguaje durante gran parte del s. XX y la consecuente crisis de la representación. Esta supremacía del lenguaje verbal por sobre otros sistemas de significación implicó que el primero se constituyera como modélico para la construcción/configuración de lo real tal como lo planteaba Roland Barthes. El ‘imperialismo’ del lenguaje verbal implicó que la noción de discurso durante la primera generación de la semiótica se circunscribiese a la materialidad lingüística fundamentalmente, lo que ‘opacó’ el desarrollo de otras formas significantes y estructuras modélicas desde las cuales poder ‘dar cuenta del mundo’.

Es así que hasta la década del ‘70 el paradigma semiológico imperante fue el que sentó sus bases en los postulados de la lingüística saussureana. Lingüística y Semiología aparecían fuertemente articuladas pero no confundidas, ya que a la par de las primeras investigaciones semiológicas con pretensiones de cientificidad (de cuño saussureano) también fue posible reconocer la prosecución de estudios lingüísticos. Estos últimos se ocupaban de los problemas del lenguaje, mientras que los estudios semiológicos abordaban el estudio de otros sistemas de significación (que no eran las lenguas naturales), pero asumiendo las categorías analíticas que se utilizaban para los estudios lingüísticos. En este sentido, Barthes fue uno de los que afirmaba que todo semiólogo al momento de analizar otras materias no lingüísticas se “encontrará antes o después al lenguaje (el ‘verdadero’) en su camino, no sólo a guisa de modelo, sino también a título de componente, de elemento mediador o de significado” ([Barthes, 1971] en Dalmasso, 2008: 16). Esta afirmación de Barthes tuvo tal peso que se afirmó trascendió como la ‘inversión barthesiana’ contribuyendo a sellar (y subsumir) de esa manera la historia de la semiología a la del signo lingüístico.

Los alcances de este paradigma inmanentista (hegemónico hasta fines de la década del ‘60 en Europa) implicó que gradual pero sostenidamente se lo empezase a criticar por las limitaciones que enfrentaba a la hora de brindar marcos explicativos de la ‘realidad social’. Es el tiempo en que en Europa se comienza a introducir y adquirir cada vez mayor visibilidad en los escenarios semióticos los planteos peirceanos y bajtinianos, entre otros. Más arriba había abordado someramente algunas consideraciones acerca de las tres fundaciones de la semiótica moderna. La norteamericana-

na y la rusa se constituyeron en dos de los andamiajes epistemológicos y teóricos desde los cuales (re)pensar la noción de discurso y texto.

El ‘abandono’ de este paradigma inmanentista y de esta primacía del lenguaje verbal, que anclaba la significación a los límites del texto, se va a deber principalmente, por un lado, a la introducción de la concepción ternaria de la significación y la idea de semiosis como proceso de inferencias, y por el otro, a la perspectiva material del lenguaje postulada por Bajtín. Sin embargo, es posible reconocer apropiaciones diferenciadas de los planteos de Peirce y Bajtín, pero más allá de las divergencias que abordamos a continuación, es indudable, la significancia que alcanzaron estos planteos en la expansión del campo de los estudios del lenguaje y de los signos.

## El Giro semiótico

### Los pliegues posibles de la significación y una opción de lectura

Retomando a Fabbri (op. cit.), fue en los intersticios de los años sesenta y setenta, y en el marco de estos debates en torno a la construcción y reconstrucción del campo, donde podemos reconocer varios rasgos que dieron lugar al deslizamiento del enfoque en los estudios de la significación, marcando el corrimiento de los estudios inmanentistas. En un primer momento, el autor afirma que no se puede pensar y simplificar la definición de que los sistemas de significación son un conjunto de signos, o una suma de signos. Sostiene además, que los signos no pueden ser pensados como partes de un diccionario de elementos previos, porque si así fuese se volvería a una semiología de sistema. Esto llevaría necesariamente a volver a la idea de la existencia de un código y que el sentido solo se produciría en un uso determinado del mismo (idem).

A partir de estos planteos del autor, ya no podemos concebir los signos como unidades relacionales al interior de un sistema, sino en su articulación con lo social, lo que se conocerá más claramente como la articulación del texto con su contexto. Es decir, no vamos a poder reconocer ningún sentido en los textos que emanen de su propia materialidad, sino que en su articulación con particulares condiciones sociales de engendramiento.

En este escenario que Verón (2004) definirá como ‘la semiología de segunda generación’, se comienza a hablar de *producción del sentido* ya que se trata de superar un punto de vista estático y taxonómico. Esta semiología tendrá como características vertebradoras la centralidad del discurso, la no inmanencia y el carácter procesual del sentido. Es en este tiempo de amplios debates en el campo de las ciencias sociales que la Escuela Francesa de Análisis del Discurso (EFAD), por un lado, y el Análisis Crítico del Discurso (ACD), por el otro, comenzarán a sentar las bases de las actuales corrientes sociosemióticas y críticas de estudios de los discursos sociales.

A la par de la ‘apertura’ de la significación a la dimensión de lo social, nos encontramos que por el lado del estructuralismo se comienza a no tener respuestas para diversos problemas de la significación. Fabbri (op. cit.) considera que seguir pensando al signo como unidad compuesta de un significante y un significado, el primero que afecta a los sentidos y el cuerpo y el segundo a la mente, da lugar a una serie de equívocos como la de la expulsión del referente y la separación entre la realidad y el signo. Para el autor, esta ‘distinción’ refuerza la idea de que “la realidad está fuera de

los signos. Está lo real, que es como es, articulado, dispuesto, insignificante, como queráis. Lleno de ruido y de rabia, como quien dice. Luego estaban los signos..." (1999: 38). Esto nos lleva a pensar que la semiótica "no se ocupa de cosas reales, dado que no es más que un trabajo sobre los signos" (ídem). Así asumido, sostiene el autor, no se piensa en quien intercambia signos, ni en quien realiza la operación de referencia (cuestiones que debería asumir una pragmática), sino que parecería que están por un lado las palabras y por otro lado las cosas.

Desde la perspectiva de Fabbri (1999) una de las propuestas para salir de aquella encrucijada es la propone Foucault quien afirmaba que la realidad no está en las palabras ni en las cosas, sino en los objetos. "Los objetos son el resultado de ese encuentro entre palabras y cosas que hace que la materia del mundo, gracias a la forma organizativa conceptual en la que es colocada, sea una sustancia que se encuentra con cierta forma" (40).

Los objetos comienzan a ser pensados como conjuntos orgánicos de formas y sustancias, afirmación que nos brindará la posibilidad de librarnos "de la idea de que es preciso descomponer los objetos en unidades mínimas de significados, o los sonidos en unidades mínimas de la fonación, para reconstruirlos luego y entender su estructura interna". Y consecuentemente, abandonar la idea constructivista de que "es posible trocear la complejidad del lenguaje, la complejidad de las significaciones, la complejidad del mundo en unidades mínimas (siguiendo en cierto modo el modelo atomista), y luego, mediante combinaciones progresivas de elementos de significado y de rasgos de significantes, producir o reproducir el sentido." (Ídem: 41)

Comenzar a pensar en procesos más complejos e indagar en torno a cómo salir de esta encrucijada supone para Fabbri un momento de inflexión. En este sentido afirma que "se ha producido un giro en el modo de estudiar los problemas de la significación. Este giro no es como se habría dicho hace pocas décadas una ruptura epistemológica..., es como un nuevo pliegue en la semiótica, otro modo de plegar la tela muy compleja formada por el modo estratificado que tenemos de significar" (1999: 18). Sino que lo que puede hacer la semiótica, va a plantear el autor, es "crear universos de sentido particulares para reconstruir en su interior unas organizaciones específicas de sentido, de funcionamientos de significado, sin pretender con ello reconstruir, al menos de momento, generalizaciones que sean válidas en última instancia. Sólo por este camino se puede estudiar esa curiosa realidad que son los objetos (...) que pueden ser al mismo tiempo palabras, gestos, movimientos, sistemas de luz, estado de materia, etc., toda nuestra comunicación". (Ídem: 41).

Esta aguda mirada de Fabbri nos advierte la dificultad de la encrucijada: signos vs realidad, sistema vs procesos, dimensiones combinatorias vs dimensiones operatorias. En este sentido, compartimos con el autor italiano que con esto no se quiere decir que haya que desligarse de la noción de signo, sino que hay que repensarla en tanto estrategia/s como cualquier otra, necesarias para hacer que funcione el sentido, para articular la significación. Y para esta revisión retoma perspectivas diferentes: una de ellas es la señalada por el lingüista danés Louis Hjelmslev y su propuesta de una Glosemática, como prolongador de los postulados saussureanos con pretensiones de rigurosidad científica. Haciendo la advertencia, Fabbri, que "una de las características del giro semiótico es que no acepta el principio saussureano de la arbitrariedad del signo", va a resaltar el "envite teórico de la Glosemática, que en el fondo era el envite saussureano: una escisión en el concepto de signo" (Ídem: 37) al señalar que cada plano del lenguaje tiene estructuras propias que resultan similares, o isomorfas, sólo en un nivel superficial, pero que más allá que el plano de la expresión y

el del contenido se presuponen recíprocamente, no son en absoluto coincidentes. Y agregará, retomando a Hjelmslev, que “no nos fiemos de los signos, los signos sólo son sucesos determinados históricamente y variables en función de las distintas historias en las que están implicados” (Ídem: 36).

Lo que se pone en juego en esta temporalidad es (re)definir el objeto de la Semiótica. Como propone María Teresa Dalmasso éste debe ser “la economía global de los procesos significantes definitorios de una cultura” (2005: 16). Aquí encontramos el gran desafío de la Semiótica: expandir su horizonte de análisis crítico, asumir una vocación epistemológica y fortalecer un desarrollo metodológico.

Y en este sentido, como veníamos señalando, un camino posible es el que instituye Paolo Fabbri (op. cit.), quien propone ampliar ese horizonte postulando que es necesario comenzar a estudiar nuevos objetos y no reducir todo a lo verbal planteando el estudio de una semiótica que se ocupe de las pasiones, del cuerpo y de la acción. Lo que está proponiendo el autor es una expansión de las significaciones a partir de la cual nuevas materias significantes son sensibles y necesarias de ser estudiadas haciendo hincapié en incorporar al campo de la semiótica el estudio de las pasiones, estudio que liga de manera estrecha con una semiótica de las narraciones. En este sentido, Fabbri comparte con Spinoza la afirmación de que los signos “por definición, son pasión: son *efectos* de acciones sobre los cuerpos, son cuerpos que actúan sobre otros cuerpos. Un signo es el efecto de una acción sobre otro cuerpo” (ídem: 129-130). Pasiones y acciones que estarán en la base de uno de los momentos “teóricos esenciales de la semiótica...el estudio de la *narratividad*”. En efecto, el autor va a llamar *narratividad* a “todo lo que se presenta cada vez que estamos ante *concatenaciones y transformaciones de acciones y pasiones*” (ídem: 57). En esta apertura nos encontramos con otra expansión de la significación, en este caso hacia el campo de la narrativa. Al respecto, Fabbri va a señalar que:

*...aunque por lo general tendemos a considerar la narración como un suceso verbal, podemos imaginar perfectamente, por ejemplo –y creo que a ninguno de ustedes les costaría imaginárselo-, un ballet narrativo, una pantomima de tipo narrativo, una organización espacial narrativizable, una música con tonalidad narrativa...la *narratividad* es, radicalmente, un acto de configuración del sentido variable de acciones y pasiones (Ídem: 58).*

La semiótica, dice el autor, debe considerar a los signos como acciones, como transformaciones de situaciones, como planteamiento y modificación de actores, espacios y tiempos, por medio de las pasiones como el amor, el odio, u otras formas pasionales como los celos o la avaricia. Esta es una expansión más que interesante que, siguiendo los planteos de Fabbri, abre el espectro de las significaciones a un campo, que la semiótica de primera generación y anclada en la dimensión verbal y sistémica, había opacado. Lo que está planteando acá el autor es que “el problema que la semiótica debe estudiar es el de los sistemas y procesos de significación” (1999: 36). Con esta afirmación Fabbri abre otro de los caminos posibles para pensar el *giro semiótico*, ya que nos habilita a retomar la concepción operatoria de Peirce para comenzar a leer la realidad en términos de un proceso.

Estos senderos (posibles) propuestos por Fabbri (Hjelmslev y Peirce) nos llevan a problematizar la relación entre sistemas y procesos, o entre concepciones combinatorias y operatorias.

Al respecto, Eliseo Verón nos plantea la necesidad de repensar las nociones de sistema y procesos no como antagónicos sino articulados. El semiólogo argentino va a reconocer en la teoría de la enunciación las pistas para el encuentro a mediados del s. XX de ambas corrientes teóricas: la concepción combinatoria saussureana y la concepción operatoria peirceana. Esta propuesta veroniana nos brinda otra lectura posible para pensar la expansión de las significaciones en la encrucijada del giro semiótico. La teoría de la enunciación que formulara primeramente Emile Benveniste “nace en el contexto de la tradición saussureana, pero implica una suerte de ‘ruptura epistemológica’ dentro de esa tradición, y al poner en evidencia la necesidad de una concepción operatoria de la *producción* de signos, facilita el acercamiento posterior con la visión peirceana” (2002: 218). Verón va a plantear que la teoría de Benveniste permite revisar la dicotomía lengua/habla por medio de la actualización de la lengua en un acto determinado de comunicación:

*En la actualización de la lengua, el sujeto hablante no sólo construye un mundo (orden del enunciado), sino que se construye también así mismo y a su interlocutor o interlocutores (orden de la enunciación), a través de las operaciones de selección y combinación (...) la semiótica o semiología, construida en un principio como ciencia de los sistemas de signos, puede entonces ser redefinida como ciencia de la producción social del sentido (Ídem, 218).*

Aquí nos encontramos con un nudo problemático para anclar una lectura posible del giro semiótico: los aportes de la semiótica peirceana. Desde la lectura de Verón, es claro que los aportes de Peirce operan como fundamentales para ‘superar’ el paradigma inmanentista y expandir las significaciones del texto a la producción social del sentido. De hecho, la base de la Teoría de los Discursos Sociales, que para ese entonces Verón va dándole forma, se sustentará en la concepción ternaria del signo, proponiendo al mismo tiempo hacer estallar el sistema binario de la significación. La introducción del pensamiento de Peirce en Europa estará a cargo en esa época fundamentalmente de Umberto Eco y Eliseo Verón.

Sin embargo, nos encontramos con otra lectura aquí respecto a las condiciones de expansión a partir de la semiótica de Peirce, y es la que propone Fabbri. El semiólogo italiano va a plantear las dudas que le genera cierto aspecto de la noción de reenvío del signo peirceano al señalar que en esta constante de remite de un signo a otro “el procedimiento del reenvío sigue siendo un problema, ya que no está claro *quién* reenvía, quién hace la operación inferencial de la conexión entre el primer y el segundo signo” (1999: 80). Lo que pone en discusión aquí Fabbri es el estatuto del interpretante. Retomando a Eco dirá que atinadamente el interpretante no es una persona física, sino que es otro signo. Sin embargo, en esta idea de que “el signo que interpreta, también puede ser signo para otro signo, y así hasta el infinito” (Ídem, 80) el autor se hace pregunta en torno a qué ‘forma’ darle a esa “instancia, por así decirlo, de conexión entre un signo y otro” (ídem), duda que lo lleva a apartarse de la semiótica peirceana al señalar que ésta se ha detenido precisamente ahí: en no dar una respuesta adecuada a esta pregunta. Es en este planteo donde Fabbri encuentra los límites de la semiótica de Peirce para expandir los límites de las significaciones, y paradójicamente propone ‘redireccionar’ su propuesta del giro semiótico hacia el punto de partida a partir del cual advertimos los límites de la semiótica: la lingüística saussureana. Fabbri afirmará en esta dirección: “encontramos una solución interesante en el otro paradigma de investigación, el lingüís-

tico-saussuriano, en el que se ha desarrollado la llamada cuestión de la *enunciación*. El concepto de enunciación, a mi entender, es uno de los elementos fundamentales que ha permitido explicitar, articular esta intuición: que de un signo se reenvía a otro signo, pero la operación de reenviar de un signo a otro es, en sí misma, una operación semiótica” (Ídem: 81). Al igual que Verón, hace hincapié en la teoría de la enunciación que postula Benveniste, pero a diferencia de éste último, lo hace a expensas de abandonar los presupuestos de la semiótica peirceana. “...la enunciación es una instancia particular en virtud de la cual la intersubjetividad (...) se inscribe en el discurso (...) La idea fundamental de la enunciación es que en textos semióticos de distinto tipo –en la música, la pintura, la literatura, etc.– hay simulacros de interacción inscritos en el propio texto mediante procesos de enunciación” (Ídem: 82).

El giro semiótico, tal como lo propone Fabbri, se expandiría en los supuestos de la teoría de la enunciación de Benveniste, la glosemática de Hjelmslev y la semiótica narrativa, perspectivas estas, que reconocen un punto de partida en el paradigma saussureano. Dalmasso realiza una lectura que en cierta dimensión es crítica de esta expansión que propone Fabbri, advirtiendo que el autor hace más hincapié en “los aportes de la glosemática (que opone a la opción peirceana y considera más adecuada) y la recuperación de líneas prevalentes en la Escuela de París, tales como la narratividad en cuánto lógica de las acciones y el estudio de las pasiones”. Compartimos las discrepancias que la autora hace a las adscripciones de Fabbri respecto a que “la noción de semiosis ilimitada conduce a lo que considera excesos deconstructivos”. Para Dalmasso, la incorporación de los aportes de Peirce, “facilita la ruptura con esta suerte de círculo vicioso en el que parece haber quedado atrapada cierta tradición disciplinar” (2008: 17).

Estos planteos de Dalmasso ‘abonan’ el mapa/escenario que propuso Verón (2004) en relación a lo que pasó con la Semiótica en los intersticios de las décadas ‘60 y ‘70: los aportes de Peirce emergieron, para ese entonces, como una de las claves de la expansión de los estudios semióticos europeos. Lo que claramente uno puede vislumbrar, a partir de este escenario planteado por Verón, es un punto de inflexión: la crisis del paradigma inmanentista y la emergencia y posterior consolidación de otro paradigma: el sentido como producción social y una ampliación de la noción de discurso.

La introducción de los postulados del proyecto lógico-semiótico de Peirce y la Filosofía del Lenguaje de Bajtín y su Círculo (entre los que podemos mencionar a Voloshinov y Medvedev) en los escenarios semióticos europeos significó que paulatina pero inexorablemente el paradigma inmanentista entrara en crisis. Las restricciones de los estudios circunscriptos a los límites de los discursos (entendidos como textos) y la centralidad del lenguaje verbal en el escenario de Europa, dieron lugar a la emergencia de una nueva etapa en los estudios disciplinares.

Los presupuestos epistemológicos y teóricos del Círculo bajtiniano posibilitaron una reformulación radical de la concepción del lenguaje. En este sentido Bubnova advierte acerca de la necesidad de asumir al lenguaje más allá de una perspectiva estructural y formal y articular su funcionamiento a lo social e ideológico, reconociendo en esta línea del pensamiento bajtiniano el texto firmado por Voloshinov “la palabra en la vida, la palabra en la poesía...” en conexión con los planteos formulados en *Marxismo y filosofía del lenguaje*.

Julia Kristeva, por su parte, fue la primera en presentar la obra de Bajtín en el escenario académico europeo, más precisamente, francés. Aunque Kristeva “reconoció (1998) que había adapta-

do su interpretación de la obra de Bajtín al horizonte intelectual e incluso al vocabulario del lector francés culto de los años sesenta y setenta” (Bubnova, 2009: 7).

Es interesante recuperar la lectura que Bubnova hace de la perspectiva más sociológica del lenguaje de Voloshinov dado que considera que en los aportes de este último se pueden vislumbrar los primeros lineamientos de las futuras pragmáticas y sociolingüísticas, en un contexto en los años sesenta en los que el auge de los estudios semióticos desestimaban cualquier fuente de significación que no estuviera derivada de la estructura del texto. Las críticas que Voloshinov le hace al objetivismo abstracto, y más precisamente a Saussure, como ‘fuente’ de la semiótica europea posibilitó que el contexto empezara a cobrar relevancia frente al texto. Voloshinov, advierte Bubnova, “llegó como una corroboración del descontento creciente con el imperialismo de una semiótica volcada sobre sí misma” (2009: 10). Esta mirada de la autora me parece esclarecedora porque desde otra perspectiva permite profundizar en torno a esta cuestión de los límites del texto y la crisis de este paradigma inmanentista. Es así que la existencia de una realidad extradiscursiva constituye en Bajtín y su Círculo una base epistemológica: todas las cosas hablan sólo hay que interrogarlas, transformarlas en palabras. A la par de este presupuesto se plantea desde esta perspectiva la noción de refracción como clave en los estudios del lenguaje. Lo que claramente visualizaban los del Círculo Bajtíniano para ese tiempo (la década del veinte del siglo pasado) constituyeron algunos de los pilares de la expansión del estudio de las significaciones en los escenarios semiológicos europeos: articulación discurso/sociedad, una perspectiva crítica de lo ‘real’, un enfoque interdisciplinar, el abandono de la oración como unidad de análisis, el redescubrimiento del sujeto y el principio dialógico, entre otros.

*Como sostiene Dalmasso “actualmente la semiótica, inspirada en los aportes de Bajtín, retoma la definición de discurso en cuanto indisolublemente ligada a las condiciones y al proceso de producción, pero la extiende a fenómenos de sentido inscriptos en materialidades diversas” (2005: 16).*

En esta etapa (finales de la década del ‘60 y principio de la del ‘70) confluyen diversos estudios que multiplican los horizontes de expectativas de la Semiótica como campo disciplinar y enfrentamos una expansión de sus límites de objetos y perspectivas de análisis. De una semiótica estructuralista se fue dando lugar a una semiología de la producción social del sentido y a una semiótica de la interpretación. Fundamentalmente este nuevo período ya no va a tener al lenguaje como sistema modélico para el abordaje de otros sistemas de significación. Ya en este tiempo vamos a hablar de discurso más que de texto: ya texto y discurso no pueden ser pensados como sinónimos. El texto es una expresión equivalente a conjunto signifiante, es un objeto heterogéneo, susceptible de múltiples lecturas pero el texto “desde la teoría de la producción social del sentido no puede ser analizado ‘en sí mismo’, sino en relación a las invariantes del sistema productivo del sentido” (Verón, 2004: 49). En este momento de la semiótica, la noción de discurso resulta indisoluble de la producción de sentido y abre la posibilidad de un desarrollo conceptual en ruptura con la lingüística y la posibilidad de una reformulación conceptual con el fin de hacer estallar el modelo binario del signo y contribuir a la formulación de una teoría de los discursos sociales. Esta expansión permitió recuperar problemas olvidados como la materialidad del sentido y la construc-

ción de lo real en la red de la semiosis. Esta noción amplía la materialidad del mismo, ya no puede ser reducida a lo lingüístico, sino que toda materialidad significativa será entendida como discurso (fotografías, imágenes, sonidos, los cuerpos, etc.) por lo que se va a hablar de una concepción de discurso ampliada y que se transformará en objeto de estudio de múltiples entradas.

La noción de discurso tal como la entendemos en la presente investigación nos demanda aportar elementos que nos permitan trazar una definición más que unívoca, compleja, y que no remita necesaria y excluyentemente a una perspectiva, sino que, como hemos planteado más arriba, toma aportes diferentes. Una actividad ecléctica pero cauta por medio de la cual podemos inscribir la concepción que asumimos al interior de una matriz más amplia y menos restrictiva desde el cual sostenemos esta indagación y que opera ciertamente como punto de partida teórico y metodológico. En relación a esta noción, creemos necesario advertir que la misma se ha inscripto en múltiples tradiciones, con diferentes acepciones y alcances. Puede rastrearse a lo largo del siglo XX y más especialmente desde la segunda mitad del sXX una noción de discurso que gradualmente se fue distanciando de la noción de texto. Más allá de identificar en los postulados de Harris (1952) la acepción ‘moderna’ de este término, es con las grandes tradiciones en el campo de los estudios del lenguaje y las significaciones que esta noción fue asumiendo identidades más precisas. Fundamentalmente estas acepciones sientan sus bases en lo que se podría definir como un ‘gran paradigma’ sustentado en la articulación discurso/sociedad, la construcción de lo real, la descripción crítica de los fenómenos significantes y un enfoque interdisciplinar. Tanto desde la Lingüística como desde la Semiótica, se han derivado productivas teorías acerca del estudio de los discursos sociales. A fines de reseñar brevemente este escenario emergente podemos citar los estudios que desde la Lingüística Crítica derivaron en las perspectivas (por cierto también heterogéneas) identificadas bajo el nombre de Análisis Crítico del Discurso (ADC) y por otro lado, la Escuela Francesa de Análisis de Discurso (EFAD).

Verón (1980), a quien podemos inscribir más próximo a la tradición francesa, va a definir en esta dirección al discurso como toda manifestación espacio-temporal del sentido, cualquiera sea su soporte significativo. Además propone la denominación en plural y no en singular, por lo tanto hablará de *los discursos*, los cuales tendrán sentido al interior de un sistema productivo de producción, circulación y consumo en sociedades particulares.

Es así que la semiología pos-inmanentista va a definir como objeto de estudio propio a la producción social del sentido y consecuentemente ya no será posible el sentido por fuera de lo social. Al respecto Dalmasso sintetiza la noción de producción social del sentido, en tanto objeto de estudio de la semiótica. Lo que la autora está señalando con esto, cuestión que compartimos, tiene que ver con las maneras en que “el hombre significa el mundo, cómo lo conoce y se relaciona con él” (2005: 14).

Precisando un poco más en estos planteos de la autora, podemos sostener que todo sentido está anclado en coordenadas temporo-espaciales particulares, por lo que “para comprender la producción social del sentido es necesario tener en cuenta su pertinencia sociohistórica”. Estos aportes de Dalmasso nos permiten precisar mejor el objeto de la Semiótica el que consistiría en “desentrañar el complejo proceso de construcción y representación del mundo en relación con sus condiciones de posibilidad, es decir, recuperar su dimensión ideológica (2005: 15), por lo que el análisis semiótico asumiría un carácter de aproximación crítica.

## Eliseo Verón y un abordaje sociosemiótico La Teoría de los Discursos Sociales

Es en este marco conceptual que podemos pensar a la Teoría de los Discursos Sociales (TDS) que, en ese momento de expansión de significaciones, postula el semiólogo argentino Eliseo Verón y que se constituirá en paradigma hegemónico de los estudios semióticos entendidos como socio-semióticos.

La TDS, como habíamos planteado más arriba, se basa en el modelo ternario de significación y no binario porque el modelo peirceano permite abordar problemáticas que desde la perspectiva saussureana no son posibles tales como cuestión de la materialidad del sentido y la problemática de la construcción social de lo real. Precizando un poco más en este último eje agregaríamos: la construcción discursiva de lo real. Con esto lo que estamos remarcando es el carácter social de lo discursivo, es decir, lo que Verón condensa en la postulación de una doble hipótesis: la primera, que afirma que “toda producción de sentido necesariamente social: no se puede describir ni explicar satisfactoriamente un proceso de significación, sin explicar sus condiciones sociales productivas”, y la segunda que plantea que “todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido, cualquiera que fuere el nivel de análisis (más o menos micro o macrosociológico)” (1998: 125).

La semiosis social, aquello que Verón postula como el objeto de estudio de la TDS, es entendida como la dimensión significativa de los fenómenos sociales. Dalmasso había postulado que la aproximación analítica a esa semiosis debe ser ‘crítica’. Esa dimensión significativa se materializa en discursos, a los que el autor definirá (también señalado más arriba) como una configuración espacio-temporal de sentido. El discurso es además un objeto teóricamente construido al interior de una teoría (a diferencia del texto) y que se propone como un modo de enfocar al objeto empírico. Verón precisa un poco más el alcance de tal definición al afirmar que discurso es toda materia sensible investida de sentido, y señala que para todo análisis “partimos siempre de configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción cuyo soporte es el cuerpo, etcétera...) que son fragmentos de la semiosis” (ídem: 127).

Lo que está en la base de este modelo ternario de la significación y la producción social del sentido es el supuesto de que un discurso nunca es el reflejo de una realidad exterior que opera en términos de un determinismo mecanicista. Para el autor no hay nada por fuera de esa red de semiosis, pero tampoco de detiene en una perspectiva interna del análisis, de lo que se trata es de un sistema de relaciones entre los discursos (productos) y sus condiciones de producción o reconocimiento (en las que encontramos también otros discursos). Las condiciones, sostiene Verón “no deben pensarse como algo ajeno a la producción del sentido, lo que llamamos condiciones, son también, procesos significantes (estructuras institucionales, comportamientos sociales y también, siempre, otros discursos)” (1980: 90). Por lo tanto, para el autor “sólo en el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significativa” (1998: 126).

A lo que se está refiriendo Verón con determinaciones sociales es a las condiciones sociales de producción; es decir, dar cuenta del sistema productivo como condición de engendramiento del sentido ya sea en producción o en reconocimiento. Este ‘trabajo semiológico’ demanda material-

zar el sistema de relaciones entre ‘un corpus’ (paquete de materias significantes) y los mecanismos de base del funcionamiento de lo social. Este proceso articulador entre ambas instancias reconoce un punto de partida en el producto desde el cual se apuntará a los procesos. Es lo que el autor establece como el desplazamiento conceptual y metodológico de la noción de ‘marca’ a la de ‘huella’. Lo que tenemos que advertir acá es lo siguiente: la red de semiosis a la que hacemos referencia en términos metodológicos es una metáfora en tanto que no es empírica ni asible. Los procesos de producción de sentido son posibles de reconstruir a partir de una ‘memoria textual’ inscrita en las materias significantes. Creemos importante señalar que en base a esta noción de memoria textual podemos retomar la advertencia que realiza Verón: “el corte entre los discursos y sus condiciones es producido por la intervención del analista: automáticamente, a partir del momento en que se constituye un corpus de discursos a ser analizados, otros elementos del proceso se transforman en sus condiciones. Pero la distinción es metodológica y no ‘sustancial’” (1980: 90).

Otro presupuesto central de la TDS lo constituye el hecho de no concebir a las condiciones de producción como ajenas a la producción del sentido dado que toda condición es producto de un proceso significativo. De ahí entender el sentido de la doble hipótesis que propone el autor al señalar que todo fenómeno social en una de sus dimensiones es una producción de sentido y que esta última es siempre social. Con esto podemos entender mejor la distinción metodológica a la que hacíamos referencia más arriba. Es decir, si en la base del funcionamiento de la TDS está Peirce, resulta claro comprender que las estructuras institucionales, los comportamientos sociales y con más razón, otros discursos, sean ‘significantes’.

De la misma manera, debemos pensar el funcionamiento del poder dentro de la TDS en términos de efectos de sentido: la distinción entre un discurso y sus condiciones (sociales) de reconocimiento es también metodológica. Verón va a decir en este sentido que “toda producción discursiva puede abordarse como un fenómeno de reconocimiento y una gramática de reconocimiento sólo puede ‘materializarse’ en la forma de una producción de sentido” (2004: 48). Es decir: “el poder de un discurso puede estudiarse únicamente en otro discurso que es su ‘efecto’” (idem).

La cuestión de sujeto en Verón nos demanda hacer algunas precisiones. En este sentido la noción de sujeto veroniana no ‘escapa’ a un cúmulo de postulados sociosemióticos: anti-esencialista, en tanto efecto de sentido, constituido discursiva y socialmente. Verón afirma que:

*Las formas de estructuración del modo de producción y de las relaciones de producción, que los modos de organización institucional, que la naturaleza y el juego de los conflictos, que todo ello esté determinado por otros factores fuera de las representaciones, cuyos soportes son los actores sociales, nadie lo podría discutir...” (1987: 126).*

Lo que tenemos que tener en cuenta en esta afirmación, en relación al sujeto que en la Teoría de los Discursos Sociales es la dimensión de los discursos en tanto productores de sentido. El autor reconoce que sí existen los actores sociales por fuera de los discursos, pero que éstos son solo soportes de los primeros y que constituyen el núcleo del análisis de la teoría de Verón. Es decir, si pensamos en un ejemplo concreto, una manifestación social y callejera, es claro que por fuera de los discursos (que analizamos) están los actores sociales (empíricos) en tanto que soporte. Sin embargo, lo que analizaremos en esa situación en particular es la producción de sentido que la

manifestación en tanto discurso genera en función de sus condiciones de producción. Acá también es posible pensar junto con Verón, el cuerpo como materia significativa.

Acá debemos diferenciar, en relación al estatuto del sujeto, ciertas diferencias entre Verón y Peirce. El primero rescata de Peirce la cuestión de la semiosis aunque no asume el estatuto pragmático peirceano. Éste último le da importancia al actor social por su condición de pragmático, mientras que Verón hará más hincapié en los sentidos que producen los discursos en el interior de la semiosis social.

Verón, por otra parte, no da mayores especificaciones respecto de una gramática (de producción o reconocimiento), las mismas tienen la forma de un conjunto complejo de reglas, un conjunto de operaciones, es decir, como huellas que permiten conectar el corpus analizado con sus condiciones productivas (en producción o en reconocimiento). El abordaje que propone Verón es sociosemiótico, es decir el sentido de los discursos en el tejido social en términos de relaciones.

Los discursos que constituyen las condiciones de producción de cualquier corpus analizado, no tienen que ser necesariamente discursos que circulan por el mismo soporte y tiempo y espacio que los discursos analizados. No necesariamente tienen que coincidir ambos 'paquetes textuales'. Las condiciones de producción pueden ser temporalmente y espacialmente diferentes al discurso analizado. Podemos acá tomar un fragmento de la discursividad social que se relacione con un objeto particular: las culturas originarias. En este sentido en tanto 'fragmento' de esa discursividad tomamos la discursividad política de la provincia de San Luis de fines del siglo XX, más puntualmente, los discursos pronunciados por Adolfo Rodríguez Saá (AdRS) en el período 1984-1994 como gobernador. El tema sería la problemática de las culturas originarias, mientras que los discursos a analizar serían los pronunciados por el enunciador. Desde este punto de vista ese mismo discurso podría ser analizado desde otra hipótesis, por ejemplo las marcas que conectan a los discursos de AdRS con ciertas maneras de narrar, es lo que Verón define como la sobredeterminación de un corpus. Retomando el primer enfoque del análisis, es decir, a partir de un tema, las culturas originarias, tendríamos que 'tomar' un corpus de la semiosis social, que sería en este caso cómo fue abordado ese tema en la discursividad política en cuestión y las condiciones de producción serían todos aquellos discursos que han tratado el tema de las culturas originarias, desde el discurso del gobierno, el de los pueblos originarios, el religioso, el histórico, etc. Esas condiciones de producción van a ir variando en función de la hipótesis que planteada al analizar el corpus determinado. Cuando abordamos estos planteos de la teoría veroniana, y con el propósito de profundizar los mismos, consideramos interesante establecer la relación entre la semiosis social de Verón y la triada de Peirce. Retomando el mismo ejemplo, mientras que las culturas originarias serían el tema, en términos de Peirce éste constituiría el objeto dinámico que está por fuera de la semiosis aunque este también es considerado por Peirce como un signo. Mientras que los discursos de AdRS serían los discursos a analizar y los discursos anteriores que han tratado el tema serían las condiciones de producción. Cuando decimos anteriores significa que pueden ser contemporáneos al propio discurso analizado, no necesariamente tiene que haber un desfase temporal. En este sentido, el abordaje que del tema se hace en los discursos políticos se correspondería con el objeto inmediato en términos de Peirce que me conecta con el objeto dinámico, en este caso, las culturas originarias. Hasta aquí tendríamos una parte de la relación entre la semiosis de Verón y el signo de Peirce. Ahora bien, un análisis de las condiciones de reconocimiento del discurso de AdRS podría, por ejemplo,

ser el estudio de la discursividad política e histórica ‘posterior’, para indagar los efectos, en tanto efectos de poder, es decir, reconocer los sentidos en torno a las culturas originarias en esos nuevos discursos y establecer las relaciones con la discursividad de AdRS completaría el modelo productivo veroniano, conteniendo dos veces al signo de Peirce. Esta aproximación, tomando a modo de ejemplo nuestro objeto de análisis, nos permite visualizar además uno de los supuestos del desplazamiento epistemológico producido entre las décadas de los ’60 y ’70. Suponer que analizando productos, apuntamos a procesos implica que el sentido ya no habría que buscarlo en el discurso mismo como lo hacía Barthes sino en el proceso; solo el proceso le da sentido al discurso, si tiene sentido es porque lo ha tenido antes. De lo que hablamos acá también es de incorporar otra noción que nos permita pensar esta idea de proceso: el desfasaje entre las condiciones de producción y de reconocimiento. Es decir para Verón la lengua como lugar del cual emana el sentido, no tiene sentido porque la mirada teórica de este autor reviste el sentido en la relación de los discursos con sus condiciones de producción y no en el sistema inmanente de la lengua.

La idea de desfasaje supone además otro punto central en la perspectiva veroniana: si ‘nuestro’ objeto desborda el discurso que se mantiene sobre él, es porque otros discursos han hablado ya de ese objeto. Aquí, el autor, hace referencia a que cuando habla de ‘nuestro’ objeto se refiere al objeto dinámico que esta por fuera de la semiosis, mientras que cuando se refiere al discurso que ‘tenemos’ con él está señalando al objeto inmediato que se construye al interior de la semiosis; es decir, es la mirada de ese objeto dinámico y cuando dice que otros discursos han hablado ya de ese objeto quiere decir que ya se han construidos otros objetos inmediatos. Emerge acá el fundamento peirceano de la semiosis infinita, es decir, lo real es aquello que deviene en esa cadena de interpretantes, cada uno de esos procesos ‘ilumina’ en algún aspecto al objeto dinámico, produce algo más de conocimiento sobre ese objeto.

La productividad de esta teoría ha sido fuertemente recuperada en el campo del análisis de discurso mediático, con mayor anclaje y expansión analítica en el espacio de la prensa gráfica y el discurso de la información.

Sin embargo, y como hemos señalado en la presentación de este trabajo de investigación, el corpus sobre el cual planteamos la investigación es un corpus compuesto por discursos políticos. Los supuestos que sostienen la TDS son también productivos en el análisis de la discursividad política (véase Verón, 2004 y Verón, 1987). En esta dirección, sólo sería posible reconocer algún sentido en las materias significantes analizadas en la medida de que hubiésemos podido inscribirlas al interior de un sistema productivo en el que otras materias significantes hubieran operado como condición de engendramiento. Por supuesto, que más allá de inscribirse en una matriz común (junto con la discursividad mediática), el discurso político asume particularidades y rasgos distintivos. Verón va a exponer estos lineamientos en dos trabajos claves para el análisis de discursos políticos: “La palabra adversativa”, en *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos* (1987); y *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (2003). Sobre este punto ampliaremos más adelante.

## Marc Angenot y una propuesta sociocrítica La Teoría del Discurso Social

A la par de los planteos veronianos, también podemos reconocer otra perspectiva contemporánea que propone el analista de discurso, de origen belga, Marc Angenot. Estamos haciendo referencia a la Teoría del Discurso Social que también se reconoce al interior de una matriz de presupuestos epistemológicos y teóricos que fundaron el momento de la segunda generación de la semiología y las expansiones del giro semiótico. Este representante del enfoque ‘sociocrítico’ o ‘sociohistórico’ retoma de Bajtín/Voloshinov las nociones de multiaccidentalidad y cadena dialógica de enunciados como forma de entender la circulación del sentido y conformación de la trama del discurso social (Angenot; 2010). Esta teoría postulada por Angenot presenta características singulares, que no podemos reconocer en la TDS de Verón, por lo que emerge como significativamente productiva para nuestro análisis y a la que le dedicaremos un segmento importante en este planteo teórico.

Si bien debemos señalar que ambas teorías no son equivalentes y que definen recortes particulares en sus objetos de estudios, tanto Verón como Angenot comparten la concepción de los discursos como ‘hechos sociales’ y como lugar de la producción social del sentido.

Como dijimos más arriba, sobre la teoría de Angenot nos detendremos más adelante, pero creemos que su perspectiva nos puede aportar nuevos elementos para problematizar el ‘giro semiótico’. Los planteos del autor nos permiten realizar una lectura más amplia en torno a la noción de giro semiótico y la expansión de las significaciones y que desde los planteos de la TDS no visualizamos en tanto que para el autor de esta última teoría, todo fenómeno social en una de sus dimensiones es una producción de sentido, por lo que la semiótica se debe abocar como objeto de estudio a esa dimensión significativa (discursos). Nos estamos refiriendo a la advertencia que realiza Angenot y que al mismo tiempo se transforma en un desafío para la semiótica actual: el riesgo de confundir el ‘mapa’ con el ‘terreno’. Es decir, no podemos suponer que el ‘mapa’ discursivo transpone fielmente los accidentes del ‘terreno’ (2010).

Lo que estamos introduciendo aquí es la pregunta por los umbrales semióticos, ese interrogante que plantea Eco y que claramente Dalmasso actualiza: la distinción entre las prácticas objetivantes y las prácticas no objetivantes. Trataremos, en lo que sigue, de precisar un poco más este punto. Dalmasso, retomando planteos, que Barthes sostiene en *Elementos de semiología* (1971), afirma que la producción social del sentido, es decir “la totalidad de las prácticas sociales –aun aquellas cuya especificidad no reside en la objetivación del mundo– devienen susceptibles de ser abordadas en su dimensión semiótica, puesto que, de un modo u otro, intervienen en la producción global del sentido” (2005: 17).

Lo que está remarcando la autora acá es de qué manera pensar, si es posible, los límites entre las prácticas objetivantes y las que no lo son. Dalmasso entiende a las primeras como aquellas prácticas (discursivas) que simbolizan el mundo y no reducidas a la materia verbal sino que dentro de las prácticas que objetivan el mundo se incluyen aquellos discursos “inscriptos en diversas materialidades como la imagen (fotografía, cine, tv, etc.) y/o el cuerpo (representaciones, acciones ritualizadas, etc.)” (2005: 17). Por prácticas no objetivantes, la autora se va a referir a aquellos “fenómenos en cuya producción no existen, en términos de Eco (1977: 48-68) ‘una voluntad de significación’ (que no debemos confundir con intencionalidad), pero que se constituyen en fenómenos

culturales en cuanto son semantizados” (idem: 17).

Estos procesos de semantización podríamos relacionarlos con lo que planteábamos más arriba en referencia a los enfoques bajtinianos/voloshinovianos asumiendo una perspectiva refractaria de esta semantización. Afirmación que nos lleva a recuperar (y compartir) la advertencia que Dalmasso hace acerca de si es posible que la semiótica dé cuenta de las prácticas objetivantes sin ‘caer’ en las “trampas del lenguaje”. Quizás, señala la autora, que retomar la semiótica desde su dimensión metodológica tal como lo propone Magariños de Morentín, nos permita abordar las prácticas objetivantes y las no objetivantes como siendo partes de una interacción global y estudiar a las prácticas sociales en su dimensión significativa con el aporte de otras disciplinas sin perder el punto semiótico de estas indagaciones.

Sobre el final de estos planteos en torno a una lectura posible de la noción de giro semiótico y la expansión de las significaciones, creemos pertinente retomar una nueva advertencia de Ange-not que al mismo tiempo se transforma en otro desafío para la semiótica: la relación entre la significación objetivada en los textos y la inscrita en el cuerpo del hombre social que, como sostiene el autor, “es una de las relaciones más problemáticas para pensar e interpretar”; entre uno y otro, al tiempo que se visualiza una relación evidente, encontramos un abismo.

Lejos de resolverlo, lo que intentamos plantear en este provisorio cierre en torno a posibles lecturas del ‘giro semiótico’ es compartir una perspectiva que asuma la tensión que ha generado la apertura irrevocable del sentido a lo social, no como (re)presentación el primero de lo segundo, pero tampoco como un condicionamiento mecanicista del segundo hacia el primero, sino como lugar de intersticios en los que el sentido transita por umbrales y grietas de los cuales la semiótica deberá dar cuenta.

Al igual que Verón, Angenot postula su Teoría del Discurso Social al interior de este gran paradigma pos-inmanentista; pero al mismo tiempo debemos señalar que no son equivalentes y que definen recortes particulares en sus objetos de estudios. El propio Angenot se reconoce un “usuario ecléctico, pero crítico” de diversas tradiciones como el materialismo histórico, la sociología del conocimiento y el análisis del discurso entre otras perspectivas. El autor asume, en esta dirección, deudas con esas tradiciones pero que no necesariamente implican “fidelidad absoluta”, citando, entre ella, a Eliseo Verón como parte de la tradición francesa de análisis de discurso (2010 a). Vemos de esta manera cómo estas teorías en alguna medida dialogan. Sin embargo, Dalmasso y Fatala señalan, en la presentación del libro de Angenot *El Discurso Social...* que a diferencia de Verón, “Angenot postula la posibilidad de identificar- más allá de la diversidad de manifestaciones que componen el vasto rumor social en un estado de discurso- un ‘conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de las retóricas, las tópicas y las doxas transdiscursivas” (2010 a: 10). A estos mecanismos reguladores Angenot definirá como hegemonía, pero también dice con esto, que la hegemonía no debe entenderse como aquello que se manifiesta más fuerte en medio del vasto rumor de los discursos sociales o que suena en varios lugares al mismo tiempo (concepto éste, el de hegemonía, que vamos a desarrollar más adelante).

Continuando en esta línea que plantean Dalmasso y Fatala respecto a los puntos de acercamiento y distanciamiento entre estos autores, podemos señalar que el concepto de discurso y su análisis no pueden escindirse del eje de la temporalidad. Tanto desde la Teoría de los Discursos

Sociales como desde la Teoría del Discurso Social, este eje es asumido pero desde fundamentos diferentes. A pesar de que estos autores postulan fuertes críticas a Saussure, ambos hacen hincapié en aspectos distintos de las limitaciones saussureanas. La perspectiva veroniana, al asumir el sistema ternario de la significación postulada por Peirce, habilita múltiples abordajes desde la noción de 're-envío' y 'proceso', "haciendo estallar el sistema binario de significación saussureana". Desde este lugar, pensar a los discursos como parte de una red de semiosis (social) en la cual el sentido circula de manera aleatoria.

Angenot, por su parte, postulará otra crítica a Saussure al sostener que "la sincronía saussuriana es una construcción ideal que forma un sistema homeostático de unidades funcionales", afirmando que para él la sincronía "corresponde a una contemporaneidad en *tiempo real* (...) que deja al descubierto puntos de enfrentamiento y conflicto (...) en otras palabras, la contemporaneidad de los discursos sociales debe percibirse como una realidad evolutiva y parcialmente heterogénea" (2010a: 53-54).

Angenot se define a sí mismo, desde una perspectiva sociohistórica o sociocrítica, como un "analista del discurso" y desde esa posición se propone dar cuenta de la emergencia de las ideas 'antes' (pero no fuera de discursos) de la 'visibilidad' de los hechos concretos. Lo que está planteando el autor es que no hay historia 'material' sin una puesta en discurso. Al respecto va señalar que:

*"Todo historiador de las ideas supone, de alguna manera ingenua o sutil, mediada y matizada, que al comienzo de los grandes dramas históricos y de las grandes rupturas...hubo un movimiento de ideas que siempre se inició a partir de pensadores aislados, a veces marginados y ridiculizados...para luego difundirse y apoderarse de las masas que harán el 'Acontecimiento' "* (Angenot, 2010a:16-17).

Desde esta posición, el analista (en este caso Angenot) "se ocupará de describir y explicar las regularidades en lo que se dice, se escribe, se fija en imágenes y artefactos en una sociedad" (ídem: 14). El autor bosqueja acá la manera en que va a entender la noción de discurso (una aproximación a la definición más empírica), cuestión que nos permite comprender de manera más precisa la dimensión social e histórica que le imprime a las prácticas discursivas. Es decir, los discursos en tanto prácticas:

*"Funcionan independientemente de los usos que cada individuo les atribuye, que existen fuera de las conciencias individuales y que están dotadas de un poder social en virtud del cual se imponen a una colectividad, con un margen de variaciones, y se interiorizan en las conciencias...".*

Angenot nos aporta otros elementos que nos permiten comprender la complejidad y amplitud de la noción de discurso. Habíamos señalado más arriba que el autor define a los discursos, o mejor dicho, a las prácticas discursivas como hechos sociales e históricos. En el prefacio de su libro *El Discurso Social...* el autor precisa aún más esta noción y dirá que no le parece problemático "adoptar, para el estudio del siglo XX, la categoría de 'discurso' en un sentido amplio, capaz de in-

cluir todos los dispositivos y géneros semióticos- la pintura, la iconografía, la fotografía, el cine y los medios masivos- susceptibles de funcionar como vectores de ideas, representaciones e ideologías” (2010 a: 15).

Habíamos señalado que la noción de discurso es compleja y que admite acepciones incluso contrapuesta, pero como ya hemos manifestado en otras oportunidades la noción que nos aporta Angenot es sumamente pertinente para nuestro análisis. La inscripción del autor en perspectivas que conciben al lenguaje como ‘arena de luchas por los sentidos’ nos permite abordar nuestro corpus entendiendo al mismo como ‘el lugar’ en el que se inscriben los proyectos identitarios que a ‘resguardo’ de las conciencias individuales operan, en un grado significativo, como configuradoras de las mismas. Los discursos operan como fuerzas homeostáticas que permanentemente intentan cubrir los desequilibrios por medio de su omnipresencia y omnipotencia que sin embargo no es carcelaria, el disfuncionamiento del discurso social le da sustento a esa tensividad en el lenguaje que sustenta una ‘sincronía dinámica’ en términos de Angenot. En el prólogo a la edición de 1998 del libro *Interdiscursividades...* (reeditado en el año 2010) Dalmaso realiza una precisa lectura de la noción de discurso (social) que postula Angenot. La autora señala al respecto que:

*“Si bien la definición de discurso social pasa por la noción de hegemonía, no adquiere el carácter de un todo homogéneo” inalterable, sino que es concebido como una entidad compleja en las que actúan fuerzas centrípetas pero también centrífugas que permiten su movilidad y cuyo equilibrio está asegurado por su propia capacidad autorreguladora” (2010b: 12).*

Hasta aquí habíamos bosquejado en cierta medida la manera en que el autor entiende la noción de discurso. Un punto claro de diferenciación con la teoría que postula Eliseo Verón es el uso del singular que Angenot propone para definir el funcionamiento de la producción social del sentido. La introducción de Dalmaso nos permite ahora retomar al propio autor quien va a entender por discurso social como:

*“La totalidad de la producción ideológico-semiótica propia de una sociedad...el hecho de emplearla en singular (de no hablar de los discursos sociales) implica que más allá de la diversidad de los lenguajes y de prácticas significantes es posible identificar en todo estado de sociedad, una resultante sintética, una dominante interdiscursiva, maneras de conocer y significar lo conocido que son, en todas partes, lo propio de esa sociedad, que sobredeterminan la división de los discursos sociales: eso que, desde Antonio Gramsci, se llama hegemonía” (Angenot, 2010b: 24).*

Creemos que esta manera de entender la noción de discurso nos permite posicionarnos desde el lugar de analista para ‘asumir’ el análisis de discursos (nuestro corpus) y reconocer cómo se instituyen programas narrativos y cosmovisiones del mundo que desde una ligera lectura asumiríamos como un vasto rumor (discursivo), que coexisten y que sin embargo son parte de un todo orgánico, recurrente que producen e imponen sentidos. A partir de estas nociones y retomando planteos anteriores podemos ahora precisar las dos dimensiones de la noción de discurso que propone Angenot. Una definición en un nivel más empírica (ya esbozada) que abarca:

*“Todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad; todo lo que se imprime, todo lo que se habla públicamente o se representa hoy en los medios electrónicos Todo lo que se narra o argumenta, si entendemos que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso” (Angenot, 2010a:21)*

En un nivel más subyacente Angenot señala que el discurso social más bien no es todo eso empírico, sino que funciona como un sistema genérico que organiza lo decible, lo narrable y lo opinable. Es decir, funciona como un sistema regulador global que determina lo decible en una época dada, los sistemas cognitivos, los repertorios tópicos y las distribuciones discursivas. Para el autor, esto asegura la división del trabajo discursivo, es decir, todo lo que puede (y debe) ser dicho, escrito, narrado y opinado en un momento y lugar determinado: un estado del discurso social (Angenot, 2010a).

El autor distingue tres funciones básicas del discurso social. Por un lado una función óptica (representa e identifica), otra axiológica, por medio de la cual se valoriza y legitima (hombre/mujer; norte/sur, este/oeste, etc.) y una última función que es la pragmática (o proairético) que sugiere un hacer o un actuar, instruye el cómo ser (por ejemplo: como ser argentino, ser mujer, joven, etc.) (Angenot, 2010a).

Angenot sitúa su análisis más bien en el plano de lo enunciado (a diferencia de Verón que del par enunciado/enunciación, prioriza las estrategias enunciativas<sup>11</sup>). Angenot describe y analiza ‘ideologemas’, no trabaja sobre el plano de la enunciación. Analiza predicados, como por ejemplo, los diferentes predicados con los que se ha definido a la mujer en diferentes estados del discurso social. Estos predicados no son azarosos, la semiosis no circula en términos de una red y de manera aleatoria, sino que es la hegemonía discursiva la que evita que el significado ‘se dispare’. Sin embargo, como afirma Angenot, el hecho de que una entidad discursiva sea hegemónica no quiere decir que la misma no entre en relación antagónica con otras discursividades o múltiples estrategias que se le oponen. De lo que hablamos acá es del funcionamiento de una hegemonía discursiva relativa y precaria, como parte de una hegemonía cultural, y que no es solamente aquello que se escucha más alto y más fuerte.

Una hegemonía discursiva que el autor define fundamentalmente como “...un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de retóricas, tópicas y doxas transdiscursivas” y como:

*“...el conjunto complejo de las diversas normas e imposiciones que operan contra lo aleatorio, lo centrífugo y lo marginal, indican los temas aceptables e, indisociablemente, las maneras tolerables de tratarlos e instituyen las jerarquías de las legitimidades (de valor, distinción y prestigio) sobre un fondo de relativa homogeneidad” (Angenot, 2001<sup>a</sup>: 32).*

Angenot sostiene que la hegemonía discursiva hace referencia a aquella que se establece en el discurso social, es decir, las formas en que una sociedad se objetiva en textos. Aunque no considera que la misma sea:

11- Verón no desconoce ni rechaza el análisis en el plano del contenido. Su andamiaje teórico/metodológico para el análisis del discurso político define una instancia de indagación de las entidades y componentes situados en el plano del contenido (Ver Verón, E. (1987) “La palabra adversativa.” En: *El discurso político. Lenguaje y acontecimientos.* Hachette, Buenos Aires.).

*“un mecanismo de dominio que abarcaría toda la cultura, que abarcaría no sólo los discursos y los mitos, sino también los ‘rituales’ (en un sentido amplio), la semantización de los usos y las significaciones inmanentes a las diversas prácticas materiales y a las ‘creencias’ que las movilizan” (Angenot, 2010a: 29).*

Para Angenot, la hegemonía discursiva es parte de una hegemonía cultural más abarcadora que establece legitimidades, por lo que creemos necesario precisar la distinción que el autor realiza entre ambas. Esta distinción se vincula con la diferenciación entre el “mapa” y el “terreno”, es decir, entre las maneras en que la sociedad se objetiva en textos (hegemonía discursiva) y otras prácticas e instituciones, con las cuales, sin embargo, están ligadas. El autor reconoce que existe una historia más allá de los discursos como lo señala el historiador Guy Thuillier, y que “...el análisis del discurso social no es válido como un análisis de la coyuntura global” (“deim: 47), pero que sin embargo, “una historia de los discursos como tales puede contribuir, sin paradojas, a enriquecer” (49). Lo que ampliamos acá se articula con lo que más arriba habíamos planteado en relación a la cuestión del ‘giro semiótico’ y la problemática (sino dificultad) de establecer las distinciones (los umbrales) entre las prácticas objetivantes y no objetivantes. Lo que está planteando Angenot es que los análisis de los discursos “resultan especialmente útiles para señalar, en general con angustia, las mutaciones de *habitus*” (48), pero que esto no implica confundir el mapa con el terreno: semiosis e histéresis son dos modos de significación que no guardan una correspondencia ‘inmediata’: “la semantización de los usos –más allá de los discursos, inseparables de las prácticas (...) es por cierto, parte constitutiva de la hegemonía cultural en un sentido global” (48).

Angenot insiste en precisar la ‘distinción’ entre discursos y el ‘resto’ de lo social al sostener que los discursos “no constituyen la totalidad de la reproducción social” (66), aunque reconoce que estos tienen una función social ya que construyen el mundo y lo objetivan, legitiman y fijan determinadas prácticas y maneras de ‘verlo’. Retoma para esto los planteos que hace el historiador J. P. Faye quien se pregunta acerca de cómo se articulan entre sí cadenas de enunciados y cadenas de acción. Angenot señala que “en sí mismo, ningún discurso es performativo. El discurso social actúa, en su conjunto, formando los espíritus y desviando la mirada de ciertas ‘cosas’” (67). La hegemonía funciona como un sistema homeostático con puntos de fricción y conflicto (en un juego de tensiones entre centros y periferias). La hegemonía es un momento de readaptación de un estado hegemónico anterior que no corresponde a una ideología dominante única, sino a una dominancia en el juego de las ideologías más allá de las variaciones.

En su texto *Interdiscusividades* el autor propone otra definición de hegemonía un tanto más ‘gráfica’, que nos permite visualizar su funcionamiento:

*“la hegemonía puede ser percibida como un proceso que indefinidamente forma bola de nieve, que extiende su campo de temáticas y de cogniciones dominantes imponiendo ‘ideas de moda’ y parámetros genéricos, de tal manera que los desacuerdos a viva voz, los cuestionamientos ‘radicales’, las búsquedas de originalidad y de paradoja, siguen inscribiéndose con referencia a los elementos dominantes, confirman la dominancia de éstos, aún cuando intente disociarse de ellos u oponérseles” (Angenot, 2010b: 41).*

Angenot articula la hegemonía discursiva con los aparatos del Estado y la sociedad civil, aunque afirma no se corresponde con la ideología de un grupo dominante. La hegemonía es lo que produce lo social como discurso, pero tiene algo ligado a la clase dominante. Sin embargo, ‘a la par’ de la hegemonía, en tanto mecanismo unificador y regulador que organiza lo decible, el autor identifica elementos que ‘escapan’ a la misma y que define como heterónomos. Heteronomía es aquello que escapa a la lógica de la hegemonía y esos elementos del discurso social van más allá de “las simples divergencias de opinión o innovaciones formales que permanecen en el marco de las combinaciones permitidas, sino hechos que se situarían fuera de la aceptabilidad y la inteligibilidad normales instituidas por la hegemonía” (Angenot, 2010b: 38). Hegemonía y heteronomía vendrían a funcionar de manera dialéctica, aunque la advertencia que realiza el autor en relación a esta relación no es menor: el confundir una ruptura crítica del sistema regulador, con un simple ‘golpe’ aceptado por las reglas de juego del sistema hegemónico. Estos aportes de la Teoría del Discurso Social de Angenot son muy significativos como andamiaje teórico/metodológico en nuestra investigación ya que nos permiten posicionarnos desde una perspectiva crítica respecto a los discursos y las configuraciones identitarias que pueden emerger de su funcionamiento en un estado particular del discurso social. Decimos esto porque al momento de plantearnos y llevar a cabo nuestra investigación: la emergencia de las culturas originarias, a las que definimos a priori, como un tópico disruptivo del proyecto identitario puntano, se nos hace necesario tener en cuenta los resguardos que el autor señala respecto al funcionamiento de una hegemonía:

*“la hegemonía no realiza una homeostasis carcelaria, sino una ‘movida’ permanente bajo las estabilidades, tensiones reguladas por potentes capacidades de ‘recuperación’ y de cooptación, y, sobre todo, instaura un mercado de la novedad previsible y los señuelos de innovación ostentaría.” (Angenot, 2010b: 40)*

Es decir, debemos, como analistas, poder reconocer, aquello que ‘aparenta’ ser irrupción, de aquello que no es más que un señuelo de lo ya establecido y para ello deberemos tomar ciertos recaudos y enunciar criterios precautorios para no caer en los engaños de “brillos renovados” que no serían sino lo viejo remozado. Dicho esto podemos retomar nuevamente la idea angenotiana de una hegemonía como “bola de nieve...” que nos permite asumir ese resguardo frente a lo inaudito que no sería sino un ‘falso inaudito’ para el autor ya que aquello que se percibe como lo “nuevo, original y audaz” pero que al mismo tiempo suena con fuerza es porque eso ‘extraño’ se sigue inscribiendo referencialmente en las dominancias discursivas de la hegemonía. Como afirma Angenot: “en la hegemonía todo es aprovechable”.

De la misma manera, el autor advierte que “sólo una *percepción global del sistema sociodiscursivo*, de sus equilibrios y de sus fallas, permitirá argumentar para identificar una verdadera o falsa heterología” (2010b: 41). Podemos, en un nivel más concreto y acotado del funcionamiento de ese sistema, preguntarnos acerca de la emergencia, puesta en circulación y funcionamiento social de esa ‘palabra nueva’ *las culturas* originarias como tópico identitario ‘novum’. Y nuevamente Angenot nos advierte: “también puede verse una ruptura donde sólo hay una resurrección de arcaísmos, una reactivación con fines contestatarios...” (Ídem). Heterología “que viene a insertarse entre otros dos neologismos paralelos: heteroglosa, o diversidad de lenguas; y heterofonía, o diversidad

de las voces (individuales)” (Todorov, 1991: 118). Si como sostiene Bajtín “cada palabra lleva implícito el contexto y los contextos en los que ha vivido su vida social intensa; todas las palabras están habitadas por intenciones” (Bajtín en Todorov, 1991: 119), cabe preguntarnos por los sentidos que se les imprimen a las culturas originarias, quiénes se los imprimen y los circuitos de circulación por el sistema sociodiscursivo. Y otra advertencia de Angenot:

*“tanto en el campo literario como en la política, muchas innovaciones aparentes resultan ser, al examinarlas, retorno de lo olvidado cuando no de lo reprimido, la reactivación en formas recesivas, una manera de responder a la coyuntura cuestionando ciertas dominantes, pero sin ir más allá” (Angenot, 2011b: 41-42).*

La relación dialógica y dialéctica entre hegemonía y heteronomía anclado en este análisis en particular emerge como un desafío mayor dado que la emergencia/visibilidad del tópico culturas originarias en la discursividad política puntana reciente es evidente y nos interpela en esta contemporaneidad compartida, a asumir todos los recaudos que Angenot nos plantea para poder ‘juzgar’ nuestro tiempo y percibir las tendencias de una época, diferenciar señuelos y reposiciones al gusto del día y no correr el riesgo cuando una novedad emerja de interpretarla “con respecto al corpus disponible según referencias recibidas y, por lo tanto, no ser percibidas como tal” (Ídem: 42).

La pregunta que nos hacemos, y que vale retomar, acerca de los sentidos que se le imprime al tópico ‘culturas originarias’ como tópico identitario de lo puntano es central plantearla desde la perspectiva de Angenot. Más allá que abordar este interrogante corresponderá a otro apartado de esta investigación, sí podemos plantearnos acá la sospecha que emergió de la exploración comparativa de la discursividad política de fines de s. XX y comienzos del s. XXI. El grado de visibilidad en ambos períodos y los sentidos que se le imprimieron a las culturas originarias en el proyecto identitario de lo puntano deben ser analizado sin perder de vista lo que Angenot plantea acerca de una posible estrechez monosémica que escotomiza lo nuevo y que lleva a leer las irrupciones en el marco de lo preconstruido prevaleciendo un reordenamiento centrípeto de los textos de la red sobre un tutor, o un corpus fetichizado (Angenot, 2010b). Advertencia que como investigadores debemos tener a la hora del análisis del ‘comportamiento’ del discurso social y la hegemonía discursiva, pero al mismo tiempo hacia nuestra propia práctica como analistas del discurso. Resguardo metodológico (y más allá de lo metodológico también), que como afirma Angenot (2010<sup>12</sup>), debería permitirnos poder ‘salirnos’ de un estado particular del discurso social (en el cual vivimos), al igual que un pez lo haría del mar en el que nada, para poder reconocer las reglas que regulan lo decible y definen lo pensable en ese tiempo determinado.

La tensión y los límites, a veces ‘difusos’ entre lo hegemónico y lo heterónimo también nos demandan un esfuerzo cognitivo y analítico. Cómo reconocer lo que está en los márgenes, en las periferias de lo legítimo es una tarea ardua y definir y rotular lo que ‘ubica’ en esa zona de la discursividad social también. Frente a lo que Angenot define como lo que está en las periferias del sistema discursivo debemos tener un nuevo recaudo. Si la periferia:

12- Entrevista realizada a Marc Angenot por el periodista Facundo García del diario argentino Página 12 el 12 de octubre de 2010.

*“está ocupada por toda clase de grupúsculos que oponen a los valores y a las ideas dominantes sus ciencias, su historiosofía, su hermenéutica social e incluso (al menos de manera embrionaria) su estética; grupos cuyo axioma fundamental es esgrimir esa ruptura radical de la que se enorgullecen” (Angenot, 2010b: 47)*

Porque también es relevante identificar las maneras en que una hegemonía funciona en un estado del discurso social. Si como sostiene Angenot, el discurso social designa la totalidad de la producción semiótica de una sociedad, es inquietante pensar también la manera en que una hegemonía combina rasgos formales que son inseparables “de las formas legítimas del lenguaje que trascienden la heteroglosia de una sociedad de clases”. Y si más arriba hablamos de los riesgos de una cierta estrechez monosémica, podemos aquí retomar este otro planteo del autor:

*“En cada sociedad –con el peso de su ‘memoria’ semiológica, la acumulación de signos, de modelos discursivos producidos en el pasado por estados anteriores del orden social-, la interacción de los discursos, los intereses que los sostienen, la necesidad de pensar colectivamente la novedad histórica, producen la dominancia de ciertos hechos semióticos, de ‘forma’ y de ‘contenido’, que sobredeterminan globalmente lo enunciable...” (Angenot, 2010b: 97).*

Lo que emerge de estos planteos es la manera en que la hegemonía funciona rutinizando ‘la novedad’ por medio de un proceso de interlegibilidad. Las nociones de intertextualidad (como circulación y transformación de ideologemas) y de interdiscursividad (como interacción e influencia de las axiomáticas de discursos contiguos), permiten que un estado del discurso social, lejos de parecerse una yuxtaposición de textos, se conforme como un todo orgánico. Ampliando un poco más esto último, podríamos precisar la noción de ideologemas como lugares comunes (o topoi) de la retórica, como construcciones con sujeto y predicado; un sujeto que se construye por medio de la acumulación de predicados. En el capítulo de *Interdiscursividades: “Un judío traicionará: la prefiguración del Affaire Dreyfus (1886-1894)”* Angenot aborda la manera en que los ideologemas circulan y los predicados que se fueron acumulando en torno a la figura del judío; y por medio de este proceso de intertextualidad va migrando de una zona de la discursividad social a otras.

Otro ejemplo de funcionamiento de la intertextualidad y la migración de ideologemas lo podemos reconocer claramente en otro de los capítulos del mismo libro: “El fin de un sexo: el discurso acerca de las mujeres en 1889”. En este apartado se aborda la cuestión de la construcción de la mujer en el año 1889 en el que primaba la sensación de la decadencia y desterritorialización de las identidades. La mujer emerge como la responsable de la decadencia de la cultura occidental y sin dotes de inteligencia para superar su estado de ‘naturaleza’. Al igual que en el capítulo anterior, el sujeto ‘mujer’ cargado de esos predicados fue migrando por distintos discursos sociales (científico: el cerebro de la mujer es más chico que el del hombre), el discurso del café concert (la mujer como cuestión de placer) entre otros.

Acerca del proceso de interdiscursividad, habíamos señalado que se trata de la ‘influencia’ de unos discursos sobre otros. Ciertas maneras de poner en discursos en cierta época que domina la escena discursiva. A finales del s. XIX predominaba el género novelesco como generalizado, en

esa época predominaba la novela que pone la significación en relato, en linealidad temporal. “Podría decirse ocurrentemente: en el siglo XIX, no es la novela realista la que imita al mundo, sino los conocimientos burgueses del mundo los que imitan a la novela...” (Angenot, 2010b: 103). El autor agrega que se puede hablar de una cierta gnoseología “narrativa realista” del siglo pasado que no es privativa de la novela, sino que también se puede reconocer en otros discursos como el de la requisitoria de fiscal, en la crónica del publicista, etc.

Ya sobre el s. XX (extendido hasta los 70' y 80') es posible identificar que el relato cinematográfico influyó en la discursividad social, caracterizando una cierta manera de narrar. Más cerca en el tiempo, sobre finales del s. XX y principios del s. XXI, es posible reconocer el predominio de la puesta en discurso con la modalidad del hipertexto y la fragmentación, rompiendo con la linealidad, y prevaleciendo la fragmentación y la superposición. Si relacionamos esto con los componentes de la hegemonía (cuestión que abordamos más adelante,) podemos relacionarlo con uno de esos componentes: la lengua legítima, que en nuestra contemporaneidad se asocia más al conocer (y no sólo reconocer) un lenguaje específico: el de las nuevas tecnologías que ‘influyen’ en la interacción discursiva generalizada.

La hegemonía no se reduce entonces a una coexistencia de textos. Más allá de las contradicciones y fricciones al interior de un estado del discurso social, ésta forma un conjunto que apunta a la estabilidad, el equilibrio y a la homeostasis y presenta un conjunto de componentes que son indisociables y cuyos límites son difusos. Como sostiene Angenot, como esos elementos son indisociables, es mejor hablar de diferentes puntos de vista desde los que el funcionamiento de la hegemonía puede ser abordado.

La búsqueda de una gnoseología (más que una episteme que podría asociarse a un saber científico) dominante en una época y en una sociedad al modo de las grandes gnoseologías de las épocas clásicas, edad media, renacimiento y las concepciones del hombre, etc. Gnoseología que organiza lo decible en una época dada y construye objetos, como por ejemplo la manera en los militares configuraron discursivamente los objetos que dieron lugar a una dominancia discursiva y aparecen como recurrentes: idea de patria, militar, soberanía, etc.

La lengua legítima, la oficial, emerge como recurso de poder. El autor plantea diferencias entre conocimiento y reconocimiento (y en esto remite a Bourdieu). El conocimiento de la lengua legítima otorga poder (poseerla, usarla), diferente al reconocimiento de la misma, que implica saber de qué se trata pero que no se domina. Hacia fines del s.XIX y mitad del s.XX podemos reconocer a la lengua escolarizada. Hoy (finales del s. XX y principios del s. XXI) habría que pensar en la lengua (o lenguaje) mediático como la más fuerte y estructurante. En un momento la lengua legítima fue concebida como la lengua literaria, mientras que ahora irrumpe más el lenguaje tecnológico. En la actualidad, conocer (y no sólo reconocer) el lenguaje de las nuevas tecnologías otorga poder y legitimación.

Otro de los componentes de la hegemonía es el que comprende a las Tópicas y gnoseologías, conceptos relacionados con la idea de intertextualidad (ya habíamos planteado más arriba que los límites entre las nociones que confirman la idea de hegemonía son difusos). Tópicas debemos entenderlas como el conjunto de lugares comunes (o *topoi*). Damos cuenta de las maneras de conocer el mundo (una cierta gnoseología), por medio de la acumulación de predicados. Los lugares comunes funcionan como ideogramas situados históricamente. En el capítulo “La propa-

ganda socialista: elementos de retórica y de pragmática”, Angenot va a entender a la retórica en su sentido original, “como la práctica discursiva dirigida a persuadir a un auditorio determinado, para que adhiera a un conjunto de propuestas constituidas en una visión del mundo, propuestas que aparecen como probables por su cohesión y por la presuposición de ‘lugares’ o *topoi*...” (2010b: 151). En este apartado el autor explica la manera en que la propaganda socialista se fue construyendo por medio de un conjunto de *topoi*, no como una yuxtaposición de elementos, sino como un relato que permite (al analista del discurso) reconstruir la tónica socialista y los lugares comunes como conjuntos condensados de significaciones que al tiempo operan como cohesionadores (identitarios si se quiere también) en la ‘caracterización’ del movimiento socialista y del capitalismo a finales del s. XIX.

El componente Temáticas y visiones del mundo (es decir, de aquello de lo que se habla), está relacionado con el componente anterior. Nos indica el conjunto de ‘temas’ de los que se hablaba en cada momento y que caracterizan momentos de euforia o disforia, el paso de uno a otro. En estos procesos, el análisis de la circulación de ideologemas es fundamental para poder reconstruir estos ‘estados de ánimo social’. Los temas pueden ser recurrentes (actualmente podemos señalar del sistema democrático) aunque más allá de ese presupuesto común: la democracia es ‘valiosa’, cada sector social recupera rasgo que le dan entidad a su posición ideológica.

Dominante de Pathos también está relacionado con las temáticas y visiones del mundo. Como señalábamos anteriormente, en cada momento predomina cierto estado de ánimo, ideologemas que circulan como cúmulos de predicados caracterizan estados de euforia, desasosiego, resentimiento, etc. que también funcionan como cohesionadores identitarios. Al respecto es interesante consultar los análisis de María Teresa Dalmasso (2001) y Fabiana Martínez (2008) entre otros, en los que se puede ‘ver’ las dominancias de pathos en distintos momentos de la sociedad argentina.

El componente Egocentrismo/etnocentrismo caracteriza a aquellos que tienen el derecho de la palabra, que construye un enunciador legitimado y un destinatario en correspondencia. Para Angenot la hegemonía es “un ‘ego-centrismo’ y un etnocentrismo. Es decir que engendra ese *Yo* y ese *Nosotros* que se atribuyen el derecho de ciudadanía” (2010a: 42). Norma pragmática que configura en su centro a un enunciador legítimo, quien se arroga el derecho de definir a un tercero excluido.

En todo estado del discurso social es posible identificar ciertos objetos temáticos que circulan en ‘su’ interior pero que al mismo tiempo son construidos en él. Hablamos de Fetiches y Tabúes. Marcan fronteras de aquello de lo que se puede hablar o aquello que no. También es posible pensar a los fetiches como un desplazamiento; es decir se habla de una cosa para no hablar de otra. La circulación y la configuración tanto de los fetiches como de los tabúes debemos articularlo con los demás componentes de la hegemonía para poder comprender el funcionamiento ‘social’ de los mismos. Tanto unos como otros funcionan como ideologemas, como condensación de sentidos que van migrando intertextualmente a diferentes zonas del discurso social. Un claro fetiche en tiempos de la última dictadura militar en Argentina era ‘Patria’ que operó como cohesionador social en un contexto particular (estado de inminente conflicto bélico con Chile o al guerra de Malvinas por ejemplo). Hoy, como señala Fabiana Martínez (2011), uno de los fetiches (los DD.HH) ocupa un lugar central en la hegemonía discursiva contemporánea. ‘Memoria’, ‘verdad’ y ‘justicia’

circulan como ideologemas que operan como cohesionadores. Un estado del discurso social determina lo decible pero también lo no decible, lo apenas audible.

Por su parte, el sistema topológico implica la división del trabajo discursivo, cohesionado con la circulación de ideologemas y las axiomáticas de discurso. División del trabajo discursivo que define quien va a hablar, de que y las reglas que identifican, unas gramáticas que caracterizan los discursos en determinados momentos del discurso social y que “aseguran la migración de ideologemas variados y las adaptaciones de las formas del lenguaje y tópicos comunes” (Angenot, 2010<sup>a</sup>: 45).

La hegemonía, como conjunto, lo que ‘garantiza’ es un cierto grado de aceptabilidad histórica e interlegibilidad en un estado del discurso social. El movimiento no es homogéneo ni totalmente consolidado. Al lado de los discursos hegemónicos se encuentran los contrahegemónicos. En este ‘juego’ de discursos, la aceptabilidad histórica no constituye un elemento menor en el funcionamiento de una hegemonía. Podemos pensar esta aceptabilidad en términos de ‘grados’ que sirven para marcar la distancia entre los discursos más canónicos y aquellos que se encuentran más cerca de la periferia. La heteronomía no debe pensarse como algo formal y atemporal, sostiene Angenot, sino más bien desde una pragmática sociohistórica:

*“los contradiscursos, privados por la naturaleza de las cosas de un criterium aceptado, de bases dóxicas, de lenguaje propio, improvisan sus marcos cognitivos, sus medios perlocutorios, persuasivos, y su estética con los recursos a su alcance y recurriendo a préstamos siempre abusivos y por lo tanto, en alguna medida, ridículos; los contradiscursos operan siempre en la torpeza de la ilegitimidad, del abuso del lenguaje” (Angenot, 2010<sup>b</sup>: 53).*

Es interesante, y al mismo tiempo desafiante, lo que plantea Angenot acerca de la imposibilidad, respecto al funcionamiento de una hegemonía discursiva, de pensar emergencias en términos de rupturas, “no hay en la historia de los discursos y de las ideas, rupturas (epistemológicas o de otra clase) francas e irreversibles” (Ídem: 55). El autor habla más bien de deslizamientos de sentidos poco perceptibles (más arriba habíamos hecho referencia a lo que en un estado del discurso social es apenas ‘audible’), “un balbuceo torpe”. Tanto los elementos heterónomos como la heteroglosia no emergen de manera clara y diferenciada en un momento dado, separado de las formas y temas preestablecidos en una trama discursiva. De ahí la necesidad de comprender los límites de la aceptabilidad histórica y los efectos de hegemonía que “vuelven insatisfactorios, inadecuados, problemáticos, un poco ridículos también, a los lenguajes de la periferia...” (Ídem: 54).

Estas formulaciones realizadas por el autor son fundamentales para comprender el ‘funcionamiento’ de la discursividad puntana en los tiempos que nos hemos propuesto analizar teniendo como ‘norte’ nuestras premisas ya enunciadas anteriormente. Para poder significar, al resguardo de estos recaudos que hemos venido planteando, las maneras en que las *culturas originarias* fueron adquiriendo visibilidad e identificar las fronteras (y los desplazamientos de este tópico) entre los discursos canónicos y contradiscursos de fines del s. XX y comienzos del s. XXI tanto en la discursividad política como histórica.

La función más importante del discurso social, señala Angenot, es el del monopolio de la representación, el de asumir la producción y legitimación de lo instituido, de una cosmovisión, de cierta manera de ver que asegure la distribución del trabajo discursivo. Porque en esos procesos

de construcción de representaciones, y “frente a la realidad del olvido, que hace que del pasado no quede nada (...) todo el discurso social se presente como conjuración ficcional de ese olvido, como una conmemoración ostentatoria de un pasado reconstruido en una sutil película narrativa” (2010<sup>a</sup>: 64). Son más que interesantes estos planteos para reflexionar analíticamente acerca de cómo y por medio de qué estrategias discursivas y por medio de qué enunciadores ‘legitimados’ se fue construyendo la identidad puntana reciente. Preguntarnos también, a partir de esto por las claves en el funcionamiento (¿y reacomodamiento?) de la hegemonía discursiva en relación a la irrupción de las *culturas originarias* en el proyecto identitario puntano.

Nos resulta interesante y productivo para problematizar en torno de las identidades como construcciones sociales tomar los aportes de Angenot respecto a la relación entre discursos (tal como lo entiende el autor), sujetos e identidades. El autor afirmará que los sujetos no son quienes hacen discursos, sino que “son los discursos los que los hacen a ellos, hasta en su identidad”. A esto hace referencia específicamente, en el apartado “producción de individualidades y de las identidades”, del libro *El Discurso Social*, en referencia especial a sujetos tales como los escritores y publicistas, pero creemos entender que los planteos del autor alcanzan a otras construcciones identitarias y va más allá cuando éste afirma que el “mercado de los discursos contribuye a producir el sujeto social con todas sus propiedades: ‘dones’ intelectuales y artísticos, distinción ‘natural’, gustos masculinos/gustos femeninos, sentido de la lengua, sentidos de los matices...” (2010<sup>a</sup>: 82).

Sin embargo, Angenot advierte que esta concepción del discurso social como productor de identidades no conlleva pensar al sujeto como pasivo ni reducirlo a una “marioneta cuyos hilos moverían el discurso social”. Sino que reconoce una cierta capacidad instituyente al sostener que “la hegemonía resultante de las numerosas y en parte contradictorias restricciones deja un margen y la posibilidad, al menos, de ‘dominar la dominación’ mediante un trabajo crítico” (2010<sup>a</sup>: 83).

Lo que emerge aquí, como la conjunción de identidades, discursos (o prácticas discursivas) y sujetos (y sus prácticas), constituyen categorías transversales para nosotros. Sin embargo, estas categorías no pueden pensarse como contrapuestas, sino en una tensividad dialógica que dan cuenta de la producción social del sentido. Como señala Angenot, la relación entre la significación objetivada en los textos y la inscrita en el cuerpo del hombre social “es una de las relaciones más problemáticas para pensar e interpretar”; entre uno y otro, al tiempo que se visualiza una relación evidente, encontramos un abismo, advierte el autor.

Más allá de esta ‘problemática’ relación entre ambos tipos de prácticas significantes (cuestión que abordamos de manera más detenida cuando planteamos la noción de ‘giro semiótico’), es interesante detenernos en el señalamiento que hace Angenot acerca del rol que tiene el mercado social en la producción del sujeto social. Para el autor es la hegemonía misma la que produce globalmente un sujeto-norma, aunque nos proponemos tomar este precepto para extenderlo más allá (del análisis del sujeto-norma de la Francia de fin de s. XIX) para pensar también la producción de la identidad puntana reciente. Para ello resulta interesante retomar además los planteos del autor en el capítulo “El fin de un sexo:..” en relación a la construcción de una identidad de la mujer, para pensar nosotros, la cuestión del sujeto-norma (legitimado a la vez que fuente de legitimación) puntano que se fue construyendo en los intersticios de los s. XX y XXI. Bien es cierto, que en el modo del funcionamiento de una hegemonía se puede discernir la construcción de una serie de predicados en torno a la figura de un sujeto lógico. Como señala Angenot se puede, por medio de

ese análisis, reconocer ciertas visiones del mundo, particulares tematizaciones y una distribución del trabajo discursivo que, con cierto “grado de disensión y cacofonía” aportan en la construcción de ese conjunto de predicados que ‘organizan’ una identidad-norma (2010b).

El discurso social’ produce identidades y más allá de su ‘aparente’ funcionamiento centrífugo, la multiplicidad de voces que circulan, de fragmentaciones y rechazo a las ideologías dominantes, no deja librado al azar y la contingencia (Foucault, 1996) la representación monopólica, en este caso, de la identidad de un sujeto-norma. Construcción que al mismo tiempo que monopoliza, excluye, separa. Para eso sirve la hegemonía. Angenot señala que como analistas no debemos perder la perspectiva, frente a la multiplicidad y los antagonismos, del funcionamiento de dos lógicas concomitantes que son partes (funcionales) de una misma hegemonía: “Una que reúne los factores de repetición, cohesión metonímica de recurrencia, cointeligibilidad; la otra, los factores de especialización, disimilación, migración por avatares, distinción gradual y también confrontaciones reguladas y particularismo” (Angenot, 2010<sup>a</sup>: 72).

Sin embargo, Angenot advierte que dar cuenta de la complejidad del funcionamiento del discurso social demanda al analista del discurso (como también a los historiadores de las ideas) ir más allá de una simple constatación representacional y unívoca del funcionamiento del lenguaje. El autor señala que hay que dar cuenta de la materialidad del lenguaje (acá podemos ver la influencia de las ideas de Bajtín/Voloshinov), poder “descifrar palabras, frases, encadenamientos de ideas”, como así también, las maneras en que se sostienen proposiciones y de comunicar. Lo que está planteando acá es una ‘nueva propuesta para el estudio de la argumentación en la vida social’ (título de unos de los capítulos de *El Discurso social*).

Hay que entender a la retórica, dice Angenot, no de manera peyorativa en tanto “técnicas ‘oratorias’ imprecisas, falaces y pertenecientes al campo de la ‘locuacidad’”, sino como “el estudio del discurso en la sociedad desde el ángulo de la retórica” (Angenot, 2010<sup>a</sup>: 161-162). El autor reconoce un renacimiento de la retórica a mediados del siglo pasado, juntos a las ciencias del lenguaje y la comunicación, a partir de dos obras fundamentales publicadas en el año 1958: *Tratado de la argumentación. Nueva retórica* de Chaim Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca y *Los usos de la argumentación* de Stephen Toulmin.

Angenot plantea como uno de los ejes centrales del estudio de los discursos la cuestión de la retórica de la argumentación, no de manera idealizada, ahistórica, sino entendiendo a los discursos como ‘hechos históricos’, anclados en particulares coordenadas temporo-espaciales del espacio público. En este sentido, el autor propone tomar distancia de los estudios ‘contrafáticos’, ‘regulados’ y ‘vanamente normativos’, y propone “como tarea primordial de la retórica el estudio de las divergencias en las maneras de razonar y de los cortes argumentativos en toda su diversidad” (2010<sup>a</sup>: 175). No se trata, insiste el autor, de cuestiones especulativas sino de problemas empíricos en donde las reglas tienen que ser ‘comunes’ a los interlocutores, pero no deben operar como dadas por una razón universal y trascendental, dado que pueden ser válidas para unos y no para otros; e insiste (compartiendo con Perelman y Toulmin) que “invocar una razón trascendental o postular la Lógica como un ideal y como un absoluto (del que la ‘razón corriente’ no sería más que un mero avatar degradado) carece de interés y conduce a pistas falsas” (idem: 178). Para comprender de manera más cabal el funcionamiento de un estado del discurso social es pertinente estudiar lo que se ha argumentado (sin dejar de lado el otro modo discursivo: la narración) entre los diferentes

grupos que conforman una sociedad, sus contradicciones, la circulación de ideologemas (topoi) y la regulación de lo decible.

En *El Discurso social*, Angenot retoma proposiciones abordadas en su libro *Dialogue des sourds. Traité de rhétorique antilogique* del 2008. Allí, el autor hace referencia a la existencia, más como regla, que como excepción de un “diálogo de sordos” frente a lo cual se pregunta por qué los seres humanos persistimos en argumentar todo el tiempo y todas circunstancias si nos persuadimos tan poco. Este interrogante surge de la constatación evidente de que los seres humanos argumentan todo el tiempo, pero se persuaden poco o casi nunca entre sí, comprobando un fracaso, pero al mismo tiempo la perseverancia en el esfuerzo por argumentar (Angenot, 2010). El autor va a hacer referencia a ciertos obstáculos de las lógicas argumentativas en los ‘desacuerdos’ entre los interlocutores y los intentos de una comunicación argumentada afirmando que:

*“Si la incomprensión argumentativa tuviera que ver sólo con el malentendido, bastaría con destaparse los oídos, ser paciente y benevolente, prestar más atención. Pero quizás en algunos casos –esos casos que un filósofo postmoderno clasifica entre los “diferendos”<sup>13</sup>–, los humanos no comprenden sus recíprocos razonamientos porque, hablando la misma lengua, no emplean el mismo código retórico. Esta noción de “código” supone que para persuadir, hacerse comprender argumentativamente y para comprender al interlocutor, hay que disponer, entre las competencias movilizadas, de reglas comunes acerca de lo argumentable, de lo cognoscible, así como de lo debatible y de lo persuasible. De donde se sigue que surge un problema mayor si esas reglas no están reguladas por una Razón universal, trascendental y antihistórica, si esas reglas no son las mismas para todo el mundo y en todas partes” (Angenot, 2008: 15).*<sup>14</sup>

Angenot retoma, en *El Discurso social*,<sup>15</sup> estos planteos y respecto a la noción de ‘diferendos’ de Jean-François Lyotard, aporta nuevas precisiones:

*“Jean-François Lyotard distingue junto a los litigios en los cuales la gente no se entiende pero en los que acepta ciertas premisas comunes y funda un desacuerdo en ellas (así, dreyfusianos y antidreyfusianos aceptaban la premisa de que la traición militar era un crimen supremo), de la situación en la que se establece un diferendo donde ni siquiera es posible hablar de desacuerdo entre las partes ya que no subsiste ningún fundamento común (que permitiría moderarlo) y ninguna regla arbitral admita por ambos campos trasciende en querrela” (Angenot, 2010a: 174).*<sup>16</sup>

13- Jean-François Lyotard distingue entre litigios y diferendos. ¿No debería explicar la diferencia?

14- Esta traducción corresponde a Roberto Marafioti (2011), (disponible en el siguiente sitio web: [revistaretor.org/pdf/retor0102\\_marafioti.pdf](http://revistaretor.org/pdf/retor0102_marafioti.pdf)). El autor realiza allí una reseña de la obra de Angenot destacando lo minucioso y exhaustivo del trabajo acerca de la retórica y la teoría de la argumentación.

15- 1º Edición. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2010.

16- Estos planteos también son retomados por el autor en el trabajo “NUEVAS FIGURAS DE RETÓRICA: LA LÓGICA DEL RESENTIMIENTO ‘El arte de persuadir’ y la causa del fracaso” (Mc Gill University). [La traducción del francés ha estado a cargo de Adriana Mastalli (Instituto de Profesores “Artigas”, Montevideo, Uruguay)]. Este artículo puede estar disponible en el siguiente sitio web del autor: <http://marcangenot.com/>. Allí el autor adelanta que va a publicar “en unos meses, una suerte de tratado de retórica que titulé *Diálogo de sordos (Dialogue des sourds)*, tratado subtítulo *Rhétorique antilogique (Retórica antilógica)* en homenaje a una obra perdida de Protágoras”.

En este ensayo (“NUEVAS FIGURAS DE RETÓRICA: LA LÓGICA DEL RESENTIMIENTO ‘El arte de persuadir’ y la causa del fracaso”), Angenot remarca la hipótesis de los ‘cortes’ de lógicas argumentativas, diferenciándolo de los ‘malos entendidos’ (que para subsanarlos sólo bastaría con ‘destapar’ las orejas). Los hombres, señala el autor, tienden a declarar ‘irracionales’ las elecciones y creencias que no comprenden, al tiempo que advierte de la existencia de ciertos cortes cognitivos ‘insuperables’ que tienen que ver con diferencias culturales de los individuos que argumentan.

*“Los lenguajes públicos, las argumentaciones y los discursos que coexisten y se intercambian en un determinado estado de una sociedad, se distinguen unos de otros, va de suyo, por la divergencia de puntos de vistas, por la disparidad de lo dado retenido y alegado, por la incompatibilidad eventual de vocabulario y esquemas nocionales que informan a lo dado, por la discordancia tanto de premisas como de conclusiones, por la oposición de intereses que mueven a aquellos que los producen. Todos estos elementos son ya lo suficientemente susceptibles como para probar la paciencia y la buena voluntad postuladas por los interlocutores y de bloquear la discusión.” (Angenot, S/R: 2-3).*

Uno de los tópicos en los que el autor se centra en sus escritos acerca de la argumentación es en torno a las maneras que los individuos tienen de relacionarse con los otros tratando de ‘ganarse’ su voluntad por medio de estrategias argumentativas. Tanto en su libro *Dialogue des sourds. Traité de rhétorique antilogique* (2008), como en el ensayo “NUEVAS FIGURAS DE RETÓRICA: LA LÓGICA DEL RESENTIMIENTO ‘El arte de persuadir’ y la causa del fracaso” (s/r) Angenot desarrolla uno de los grandes tipos de lógicas argumentativas: la lógica del resentimiento. Esta lógica del resentimiento ha operado como clausura de la diversidad, rechazando las alteridades con el propósito de ‘purificarse’ frente al mundo exterior y encerrándose en sus propias demandas. Angenot en el “Fin de los Grandes Relatos, privatización de la utopía y retórica del resentimiento” define a esta lógica como:

*“...un modo de producción de valores, de imágenes identitarias y de ideas morales y cívicas que reposan sobre ciertos presupuestos sofisticados y se orientan a la subversión de valores predominantes - Umwertung der Werte- y a la absolutización de valores “otros”, opuestos a aquellos que predominan, considerados propios de un grupo desposeído y reivindicador. La actitud de resentimiento se basa en ciertos paralogismos: sostiene que la superioridad adquirida en el mundo tal como está, es en sí un índice de baja moral, que los valores que los dominantes o los privilegiados exaltan deben ser rechazados y devaluados en bloque, que son despreciables en sí mismos (y no que son injustos los beneficios materiales y simbólicos que ellos procuran desigualmente), y que toda situación subordinada, todo fracaso, toda memoria de litigio, da derecho al estatuto de víctima –que toda impotencia para sacar ventaja en este mundo se transmuta en mérito y se acredita en quejas con relación a los supuestos privilegiados, permitiendo una denegación total de la responsabilidad.” (Angenot, 2005: 22 [Traducción de Norma Fatala]).*

Resultan especialmente interesantes para nuestra investigación estas proposiciones que

elabora el autor acerca del ‘comportamiento’ argumentativo del discurso de una sociedad y las estrategias que los enunciadore elaboran al interior de la esfera pública. Decimos esto porque esta dimensión del análisis del discurso, tal como lo está proponiendo Angenot, nos permite indagar en particulares estados del discurso social, del funcionamiento de lo argumentable de los ‘grupos en conflicto’. En este caso particular, poder interpelar la discursividad puntana de entre siglos, las lógicas argumentativas, las contradicciones en lo que se haya dicho acerca de lo puntano como programa identitario ya que nada es inocente ni aleatorio. Comprender la emergencia, circulación de topoi en diferentes estados del discurso social (en este caso el último cuarto del s. XX y la primera década del s. XXI) que vertebraron los argumentos de los enunciadore que hemos definido como ‘legitimados’ tanto en el discurso político como histórico. Y de esta manera poder comprender las competencias, disputas, recurrencias, legitimaciones y desapariciones que se han puesto en ‘juego’ en las formas de lo decible y como plantea el autor, reconocer si es posible situarnos frente a una disputa doméstica, un simple desacuerdo entre los interlocutores o si frente a nuestro interrogante, podemos suponer que estamos ante maneras “adversas de sostener una tesis” y que los argumentos de los interlocutores no son desdeñados porque se los juzgue ‘débiles’ o ‘interesados’, sino que se los descarta por encontrarlos ‘inválidos’, ‘absurdos’ o ‘locos’ (Angenot, 2010).

Una concepción del lenguaje como la que asume Angenot, que se inscribe en la tradición, fundamentalmente bajtiniana/voloshinoviana, reconoce las tensiones como constitutivas del mismo, la heteroglosia, la multiaccidentalidad, etc; un campo de arena de luchas por el/los sentido/s. Al interior de este campo de ‘batalla’ se pueden distinguir puntos de vistas divergentes, vocabularios ciertamente incompatibles (más allá de reconocer la presencia de un colectivo semiótico común a los interlocutores), diferencias en los datos retenidos (cuestiones de memoria selectiva si se quiere y que también son culturales). Pero Angenot va más allá de estas divergencias y se hace el siguiente interrogante: ¿“No están divididos más radicalmente, de un modo insuperable, por caracteres cognitivos, especialmente por lógicas argumentativas, heterogéneas, discordantes, divergentes e incompatibles?” ([Angenot, 2008]) en: Marafioti, 2011: 233). Interrogante que suponen ‘cortes argumentativos’ y procesos de identificar lo que Angenot define como procedimientos de exclusión que se fundan en la unidad de la razón. El autor ha reconocido a lo largo de la historia tres exclusiones, la primera que ubica al pensamiento del otro como ‘primitivo’ y prelógico que funda sus argumentaciones en la lógica de la conspiración. Una segunda exclusión que ubica al pensamiento del otro como ‘infantil’ por medio del cual se descalifica al otro por falta de conocimiento y capacidad de gestión (en el caso de la esfera pública y política). Y una tercera exclusión que es la del pensamiento ‘loco’ que se asocia al pensamiento del ‘idiota’ o ‘delirante’, que más allá de cierta veracidad en sus dichos es descalificado por no encontrarse en la ‘razón’.

Más arriba habíamos descripto someramente la lógica del resentimiento como estrategia argumentativa que los interlocutores esgrimen en su relación con los otros. Esta lógica la incluye Angenot dentro de cuatro categorías que construye empíricamente pero que no agotan las líneas posibles de divergencia del razonamiento, las otras son: la retórica reaccionaria, la lógica inmanentista instrumental y la razón utópico gnóstica. El autor considera que estas cuatro lógicas constituyen, en la historia moderna, las formas predominantes, pregnantes y las más polarizadas y que emergen de un trabajo empírico que ha llevado a cabo con diferentes estados de la sociedad de los s. XIX y XX.

La lógica del resentimiento, podemos agregar acá, parte del axioma “este mundo donde siento mi debilidad y sufro dificultades no es el verdadero”. Esta lógica se asocia a un cierto pensamiento religioso, por lo que además de este mundo que no es el verdadero vamos a encontrar Otro mundo, un orden de cosas más verdaderos. De ahí que esta lógica se aproxima, según Angenot, a la razón gnóstica desde la cual se niega el mundo terrenal, el cual es causa del sufrimiento del interlocutor. En pos de buscar ese Otro mundo, este individuo (o grupo) inventa (o busca) otro sistema de valores que se oponga al que identifican como dominante y desde una axiología invertida afirmará que el éxito es el mal al tiempo que el fracaso se constituye en una virtud.

En esta lógica hay una dimensión diabólica, sostiene Angenot. Por un lado, al considerar que en el razonamiento del resentimiento hay algo diabólicamente simple y que tiene que ver con que los fracasos no prueban nada, por el contrario refuerzan la razón de que son los otros los que nos infligen sufrimiento. Y por el otro, al asociar este razonamiento a un pensamiento conspiratorio, se habla de una ‘causalidad diabólica’. Un pensamiento conspiratorio que busca expulsar a ese otro diferente, que piensa diferente, de la comunidad humana. Uno de los ejemplos que el autor cita en varias oportunidades como ‘ejemplo histórico’ es ‘la política del Mal’ implementada desde la administración estadounidense de George Bush como justificativo de las invasiones a diferentes puntos del planeta para conjurar dicho mal.

Este recorrido por algunos ejes de la teoría del Discurso Social de Marc Angenot nos ha permitido visualizar la enorme contribución del autor al estudio de la producción social del sentido, proponiendo una aproximación interdisciplinaria, un enfoque sociodiscursivo que él mismo concibe como una ‘pragmática sociohistórica’. Sus proposiciones son vertebradoras de los andamiaje teórico/metodológico de la investigación que proponemos porque además su concepción del lenguaje, del funcionamiento del sentido en lo social, nos permite establecer diálogos para enriquecer el abordaje de nuestro objeto de estudio.

DIÁLOGOS POSIBLES  
EL DESAFÍO DE TRAZAR PUENTES SIGNIFICANTES

## Una aproximación a la semiótica de Iuri Lotman Diálogos posibles con Bajtín, Peirce

A partir de una aproximación a la semiótica de la cultura de Lotman, nos proponemos aquí realizar una suerte de trazado en el que intentaremos establecer diálogos desafiantes (o quizás impertinentes) con autores ya abordados más arriba (Angenot, Peirce y Bajtín) y que al mismo tiempo pueda resultar enriquecedor en la presente investigación. Como una manera de introducirnos al tema de este apartado, podemos retomar brevemente los lineamientos del proyecto semiótico del siglo XX ya abordados anteriormente. Como habíamos planteado más arriba, éste se construyó a partir de lo que consideramos tres grandes fundaciones: las más canónicas recuperadas en los textos académicos y definidas como las dos tradiciones fundantes: la europea, a partir de la lingüística saussureana y la americana, a partir del proyecto lógico-semiótico peirceano. El proyecto bajtiniano, por la profundidad, alcance y proyección, bien podría considerarse como la tercera fundación. Los aportes que desde el Círculo de Bajtín se realizaron al estudio del lenguaje y la cultura son más que suficientes para tal consideración. Esta última afirmación la sostenemos en lecturas de investigaciones que se han llevado a cabo hasta la fecha por parte de investigadores locales como Arán, Barei y Boria; o los trabajos realizados por Ponzio, Mancuso, Bubnova y Zabala entre otros. Todos ellos han coincidido en la proyección y contribución al estudio del campo de la cultura de los aportes de Bajtín y su Círculo. Estos últimos planteos fueron retomados con más detenimiento en apartados anteriores por lo que en esta oportunidad recuperamos aspectos más centrales de los mismos que nos permitan trazar el recorrido propuesto.

Lo interesante de estos abordajes es lo que emerge en tanto planteos próximos entre los autores. Así, podemos reconocer/establecer diálogos entre las obras de Bajtín y Peirce (más allá que no haya registros de correspondencia entre ellos). Autores como Mancuso y Ponzio han ido en esta dirección. En lo personal también hemos explorado en este diálogo en el artículo "Peirce y Bajtín. Cuestiones del sentido. Procesos Dinámicos y Diálogos Abiertos" (Lobo y García, 2010) a partir de proponer proximidades entre las nociones de cadena dialógica de enunciados bajtiniana y semiosis infinita peirceana y las concepciones de signo que ambos autores proponen.

También podemos señalar que de manera explícita, aunque crítica, los autores del Círculo Bajtiniano, dialogaron con Saussure señalando los límites de su propuesta lingüística. No es pretensión ampliar y complejizar este mapa, pero sí nos habilita para introducir a Lotman en esta dimensión dialógica. En este sentido, y como un primer eslabón en el diálogo que abrimos entre los autores, Barei sostiene que la base semiótica de Lotman es ternaria y no binaria. Más adelante retomaremos estas afirmaciones a partir de los dichos del propio Lotman.

Podemos señalar que una de las preocupaciones que encontramos como común en Lotman, Peirce y Bajtín, por ejemplo, es en torno a la manera en que proponen (o piensan) la relación entre el hombre y el mundo. Es decir, lo que emerge de estos pensadores, es la imposibilidad de concebir el universo textual escindido de lo extratextual (en términos de Lotman: entre lo sistémico y extra-sistémico) y en consecuencia, al hombre sino como un sujeto semiotizado. Al mismo tiempo, si se quiere abordar en estos términos, podemos reconocer una cierta convergencia en estos planteos en torno a los límites de la tradición inmanentista. Sobre este punto, que emerge como clave en la perspectiva lotmaniana, Barei va a señalar:

La necesidad de explicar cómo en el curso de la historia, en los movimientos diacrónicos del sistema artístico, las obras son valoradas de una manera diferente y por lo tanto ocupan diferentes lugares y jerarquías, o cómo en una misma época, una misma obra de arte puede ser juzgada de manera diferente por individuos o clases diferentes. La idea de que la función de la obra de arte varía históricamente y de que su valor estético es variable y discontinuo, va a guiar a Lotman en su búsqueda de articulación entre lo textual y lo extratextual. (2002, 30).

En este sentido, emergen nuevos espacios de coincidencia con la teoría literaria bajtiniana a partir de la concepción de dialogismo, aunque Lotman hablará de poliglotismo (base cibernética). Sin embargo, es interesante retomar a Barei para plantear/reconocer las diferencias entre ambos autores a la hora de entender la dinámica de las culturas. Mientras que Bajtín hará más hincapié, desde una perspectiva ideológica del lenguaje, en el carácter dialógico de los textos y una instancia sociopersonal; Lotman explicará el funcionamiento semiótico de los textos desde una dimensión sistémica (2002).

Al respecto, Pampa Arán dirá algo similar al advertir que:

*Para Bajtín, entonces, el medio cultural registra, a través de la palabra en acto, la dinámica por la imposición ideológica del sentido, si entendemos por ideología el efecto de verdad que crea una posición enunciativa ('evaluación social del enunciado') que se arroja la totalidad; para Lotman en cambio, la lucha de las culturas es por el control de la información, generación de conocimiento, modelización del mundo que permite intervenir en la realidad material" (2005, 5).*

A pesar de estas diferencias, la autora señala que la relación entre ambos autores va más allá de "coincidencias históricas o préstamos intertextuales...sino que establecen una co-responsabilidad en cuanto a la búsqueda de proyectos científicos transdisciplinarios, holísticos... (2005: 2).

Por su parte, Peirce lejos de una perspectiva sistémica, y escindido de una dimensión ideológica de los signos, planteará el funcionamiento social de la semiosis desde una perspectiva más bien lógica. Esta concepción peirceana recibirá por parte de Verón, unos de sus principales deudores contemporáneos, una crítica en torno a una cierta ingenuidad en las maneras en que la verdad y lo real se legitiman socialmente. Al respecto señalará que "en el contexto de la teoría peirceana, esta comunidad es una suerte de comunidad ideal, que estaría guiada por el razonamiento lógico y el método científico. ¿Ingenuidad?" (Verón en Vitale, 2004: 53) "Ciertamente", responderá el autor de manera categórica agregando que esta idea de una comunidad homogénea no es posible de concebir hoy en día, pero sin embargo rescata los aportes de Peirce en tanto que permitió trazar caminos para pensar/problematizar la construcción del sentido y las relaciones que se establecían a tales efectos. En esta dirección, podemos aportar más diciendo que la idea ternaria del signo peirceano y la intepretabilidad del mismo estaría dada siempre (como condición necesaria de la semiosis) en otro signo (interpretante de ese signo que lo precede).

Indudablemente este carácter procesual del sentido es una característica que podemos reconocer como vertebradores del pensamiento tanto en Peirce como en Bajtín, lo que los 'ubicó' en la vereda opuesta del sistema binario de significación. El sentido ya no se clausura en el signo concebido como una unidad (al interior de un sistema), sino que se lo comienza a pensar en térmi-

nos de procesos. Será en esos procesos en los que encontraremos el sentido y que Peirce (1988) definirá como semiosis y Bajtín (1982) como cadenas dialógicas. El dialogismo en Bajtín “consiste en que todo enunciado remite, por una parte, a toda la cadena de enunciados precedentes dentro de una misma esfera de la praxis humana...la cadena dialógica no se interrumpe nunca aunque la respuesta pueda ser largamente diferida” (Arán, 2006: 85-86). Podríamos pensar en esta dirección que los interpretantes peirceanos constituirían los eslabones de esa cadena de enunciados en los cuales el sentido estará dado en un remite a nuevos enunciados de esa cadena que ‘contesten’ a enunciados anteriores agotando parcialmente el sentido del objeto.

Más arriba habíamos señalado que la base semiótica lotmaniana es ternaria y no binaria. En este sentido, Lotman explicita su inscripción peirceana y no saussureana. Al respecto, el autor advertía que los modelos de las lenguas naturales comenzaron a ser considerados “como modelos semióticos universales, y se tendió a interpretar la propia semiótica como la extensión de los métodos lingüísticos a objetos que no se incluían en la lingüística tradicional” (1996: 107). El autor va a señalar en esta dirección que el objeto complejo no puede reducirse a la suma de objetos simples y que los sistemas no existen de manera aislada, precisos y funcionalmente unívocos, sino que “sólo funcionan estando sumergidos en un continuum semiótico...” (108). Lotman además va a visualizar una dificultad en la relación entre la semiótica y las lenguas naturales, observando que los fenómenos de la cultura son concebidos como sistemas modelizantes secundarios lo que implicaría otorgar una función metalingüística a las lenguas naturales. Con esta advertencia, el autor toma distancia de los planteos de Benveniste, quien formula esta suerte de translingüística<sup>17</sup> respecto a la ‘influencia’ de las lenguas naturales en las demás manifestaciones culturales. Al respecto, Lotman va a ser más que claro en este distanciamiento:

*Resulta discutible la propuesta del estudioso de considerar sistemas propiamente semióticos a las lenguas naturales y de atribuir a todos los demás modelos culturales el calificativo de semánticos, en cuanto carentes de una propia semiosis ordenada y deudores de ésta a la esfera de las lenguas naturales (1979: 69).*

Es la cultura la que organiza estructuralmente al mundo, crea estructuralidad sostiene el autor, y al interior de este sistema más general es que debemos entender el funcionamiento del lenguaje.

Con otras palabras, pero con un sentido muy próximo, Lotman estaba fundamentando con estas afirmaciones lo que Fabbri visualizaba acerca de las limitaciones del ‘giro lingüístico’ y la necesidad de postular un nuevo pliegue en los estudios de la significación: un giro semiótico. Lotman hacía referencia a Benveniste y Fabbri a Barthes, pero queda clara la relación (y admiración de Barthes por Benveniste): el propio Barthes asume y se pregunta por qué le gusta Benveniste y reconoce en éste “la valentía de situar deliberadamente a la lingüística en el punto de partida de un movimiento muy amplio y adivinar ya el futuro desarrollo de una auténtica ciencia de la cultura, en la medida que la cultura es esencialmente lenguaje” (Barthes, 1994: 206). En ambos autores lo que prima es la centralidad del lenguaje verbal en el sistema de las comunicaciones humanas.

17- Benveniste va a hablar de una función metalingüística. Esta perspectiva encontrará su correlato en lo que desde la semiótica de primera generación se conocerá como la inversión barthesiana.

Es más que interesante establecer este parangón entre los planteos de Lotman y Fabbri. El semiólogo italiano observará las limitaciones de la llamada ‘tradición humanista’ al sostener que “para Barthes hay una irreversibilidad de la semiótica hacia una translingüística, es decir, una lingüística capaz de hablar no sólo de la lengua, sino también de todos los sistemas de signos...” (2000: 24). También encontramos, en Fabbri, una preocupación (o una especie de ‘resignación’ si se quiere) similar en torno a la estructuralidad de la lengua al señalar que a pesar y más allá de lo que el autor define como el ‘paradigma semiótico’ se ha vuelto al texto:

*Así, después de un momento de interés más o menos acusado por los signos arquitectónicos, visuales, cinematográficos, gráficos, gestuales, etc., se ha vuelto rápidamente al texto. Y el texto en el que se piensa, una vez más, es de tipo eminentemente escrito, a veces quizás hablado, en todo caso sólo lingüístico...el texto ha vuelto a ser el modelo de todos los funcionamientos semióticos... (Ídem: 29).*

Por su parte, Lotman va a reconocer que todo sistema cultural necesita un “dispositivo estereotipizador” y cuya función “es desarrollada justamente por el lenguaje natural”, y la presencia de éste en el centro de todo sistema cultural como “un manantial tan vigoroso de estructuralidad” (Op. Cit.: 70). Esto nos permite comprender mejor los alcances (y las tensiones) de la inscripción de Lotman en el formalismo ruso. Al respecto, Barei va a señalar que el autor puede considerarse parcialmente heredero de lo que define como un ‘segundo formalismo’ que “abre sus estudios a la complejidad de la cultura y los textos integrados en sistemas más amplios e incorporar teorizaciones más complejas al formular un acercamiento semiótico” (2002: 21).

Es así que esta base sistémica de Lotman se articula fuertemente con los aportes de la Teoría de la Información y la Teoría del Caos y el Azar, en el marco de un ‘pensamiento complejo’. De este modo podemos comprender la idea lotmaniana que el pensamiento y el conocimiento no se conforma por la suma de partes aislables ni en niveles, sino que hay que pensarlo a partir de la metáfora de la red, metáfora que también va a recuperar Verón para sustentar su base peirceana de la semiosis social. Pensar a los sistemas, no como cerrados, sino de manera más dinámica, reponiendo al texto en su contexto (otros textos). Esta base peirceana nos permite comprender mejor cómo Lotman repiensa/complejiza el modelo de comunicación de Jakobson, proponiendo un modelo dinámico de la recepción en la cual se van produciendo nuevos textos, complejizando las transformaciones de los mismos durante el proceso y los desplazamientos contextuales.

Vemos de este modo la manera imbricada en que la estructura teórica de Lotman va tomando cuerpo. Como señala Barei, los aportes de la Escuela Checa o praguense (Jakobson, Mukarovsky, entre otros) en el pensamiento de Lotman también fueron fundamentales. Más allá de lo que la autora señala respecto a considerar a la escuela praguense, como una transición entre el formalismo y el estructuralismo, como una “mezquina” definición, “los estudios de Jakobson sobre comunicación serán el punto de partida para algunas teorizaciones de los praguenses, pero también el punto diferenciador de la propuesta de Tartu, en alguno de sus aspectos” (Barei, 2002: 26). Los aportes de Mukarovsky desde La Escuela Checa, reconoce la autora, le permitieron a Lotman sostener el concepto de ‘semiosfera’ y “los modos del funcionamiento de los textos artísticos en el interior de una cultura” (30) al tiempo que anclar al texto en lo extratextual para poder comprender cómo un texto

puede (diacrónica o sincrónicamente), en contextos diferentes o por grupos distintos, valorarse diferencialmente. Más allá de esta inscripción praguense, vemos que el pensamiento de Lotman tiene una fuerte pregnancia con el pensamiento bajtiniano, por lo menos en este aspecto (recordemos que Lotman no asumen la dimensión ideológica del lenguaje del Círculo bajtiniano). En esta dirección y aportando algo más de la impronta bajtiniana en el pensamiento lotmaniano, en este caso, respecto a la interrelación del texto (artístico) con las demás esferas de la cultura, Barei va a señalar que “Lotman trabaja la noción de ‘modelo de mundo’, que también es de origen bajtiniano (aunque Bajtín utiliza el concepto de ‘arquitectónica’) y la aplica al lenguaje, al texto y la cultura” (32). La autora advertirá, en estos desplazamientos (y correspondencias) que Lotman complejiza la noción de modelo “religándola no solo al estructuralismo, sino a la cibernética” (32) y que posteriormente retoma “la problemática del dinamismo de las culturas desde la categoría de ‘frontera’ o la propia de explosión” (33). Esta última categoría más próxima a la noción de transformación y al interior de la teoría del caos y el azar, pero siempre dentro del paradigma de la complejidad. Retomaremos más adelante la noción de frontera para pensar la manera en que los textos se ‘paran’ (o posicionan) frente a situaciones de umbral (o traducción).

Como señala Barei respecto a la última etapa de Lotman, “la descripción de la semiosfera, las categorías de frontera (externas e internas), el problema de la memoria y el olvido, los procesos de explosión y de gradualidad, han de ocupar los últimos años de su quehacer intelectual” (18). Sin embargo, y siguiendo los planteos de la autora:

*La concepción sistémica y polisistémica del objeto de estudio, la construcción de la realidad mediante el lenguaje, la contingencia del punto de vista desde el cual se observa, la organización de la experiencia en valores cronotópicos, la idea del conocimiento como traducción, son tópicos fundamentales en la teoría lotmaniana” (2002: 39).*

Más arriba habíamos advertido acerca de uno de los ejes de este apartado y que tenía que ver con la manera en que Lotman, Bajtín y Peirce conciben/piensan al ser humano. Inicialmente reconocemos diferentes denominaciones tales como individuo, persona o sujeto. Pero más allá que la primera de estas categorías nos remita más a un paradigma biologicista, la segunda a una noción de identidad/adscripción particular y la última a una perspectiva que ancla a las anteriores a un colectivo mayor (lo social) en múltiples acepciones: determinantes/subjectivantes/historicista/narrativa, etc, lo interesante es ver acá la manera en que estas nociones aparecen en los autores mencionados articuladas a la noción de signo/lenguaje.

Lotman va a considerar al hombre como un ‘texto’, en este sentido, se aproxima a la idea peirceana de hombre como signo. Esto lo podemos ver en los planteos de Lotman acerca de la semiosfera a la que considera como ‘una persona semiótica’ que “comparte una propiedad de la persona como es la unión del carácter empíricamente indiscutible e intuitivamente evidente de este concepto con la extraordinaria dificultad para definirlo formalmente” (1996: 110). Barei, por su parte, señalará que

*Muy cerca de Peirce quien sostenía que el ‘hombre es un signo’, Lotman propone considerar al texto como una ‘persona semiótica’ o ‘conciencia semiótica’ que aunque presenta com-*

*plejidades en cuanto a su acepción, repone la idea de un mecanismo dotado de autonomía, con duración temporal, con memoria, y no de un acontecimiento finito que ocurre una sola vez. (2002: 50-51).*

Lotman va a considerar que al hombre como una categoría semiótica histórico-cultural y que dependiendo del sistema cultural y de acuerdo al modo de codificación, una persona podría ser considerado, o no, como una individualidad. El autor, en este sentido, hace referencia a una cierta relatividad de la semiótica jurídica y propone a modo de ejemplo la manera en que los miembros de una familia pueden concebirse como parte de una misma persona semiótica<sup>18</sup>.

Peirce, por su parte, afirma que el hombre es un signo particularmente constituido por el lenguaje: “los hombres y las palabras se educan recíprocamente, todo aumento de las información de un hombre implica un correspondiente aumento de la información de una palabra” (Peirce, 1987: 85-86). En el mismo sentido, Bajtín (1997) señala que el hombre es un ser social en la medida en que es hablado por el lenguaje, una conciencia social introducida al torrente de las palabras (Lobo y García, 2010). El sujeto que emerge de estas perspectivas, no es un sujeto unívoco, sino por el contrario, se encuentra en tensión permanente. La idea de emisor y receptor como meros polos no es suficiente para caracterizar a este sujeto, no son semánticamente neutros señala Lozano (1995). Estas nociones de emisor y receptor, han sido complejizadas tanto desde la teoría lotmaniana, como la bajtiniana. En términos bajtinianos afirmaríamos que todo hablante es al mismo tiempo oyente y contestatario en la cadena compleja de la comunicación humana. No sólo la idea del sujeto como persona semiótica cambia, sino que tampoco cabe ya la sola idea de transmisión de la información, sino que debemos hablar de la transformación de la misma. Ahora bien, en este proceso de transformación, de sentidos ‘desplazados’, lo que entra a jugar también es la cuestión de qué es lo que se activa en cada tramo de ese continuum semiótico y de qué manera opera el concepto de ‘frontera’. A ese continuum semiótico Lotman lo va a llamar “semiosfera”, fuera de la cual “es imposible la existencia misma de la semiosis” (1996:109). Un alcance más estructural de la noción de frontera tiene que ver con las delimitaciones/demarcaciones/límites de la semiosfera, en tanto “mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiosfera y a la inversa” (Ídem: 111). Sin embargo, a la par de esta acepción de límite externo, Lotman va a reconocer la existencia de fronteras internas afirmando que:

*La semiosfera es atravesada muchas veces por fronteras internas que especializan los sectores de la misma desde el punto de vista semiótico. La transmisión de información a través de esas fronteras, el juego entre diferentes estructuras y subestructuras, las ininterrumpidas ‘irrupciones’ semióticas orientadas de tal o cual estructura en un ‘territorio’ ‘ajeno’, determinan generaciones de sentido, el surgimiento de nueva información. (Ídem: 115).*

Creemos que la forma en que Lotman concibe a las partes (textos) como órganos (diversidad) de un organismo en el marco de lo que se presupone una ‘integralidad’, podría aproximarse a la relación que Bajtín propone entre todo enunciado y la noción de ‘evaluación social’. Decimos esto dado que para Bajtín cada enunciado es único e irreplicable, una idea próxima a la de texto

18- Más información sobre el ejemplo en Lotman, [1996] La Semiosfera I, 110-111.

cerrado en Lotman con una 'independencia' estructural. A esto podemos agregar que entre las fronteras de lo verbal y lo extraverbal de cada enunciado se impregnaría esa evaluación social que en tanto horizonte de expectativas compartido da cuenta de un estado de la cultura, es decir, más allá de la individualidad de cada enunciado, éste no puede escindirse de una cadena de la cual es parte. La evaluación social no es sino también semiotización del mundo.

Del mismo modo creemos que Lotman concibe a los diferentes textos cerrados (más allá de esta independencia estructural) en vínculo complejos con otras partes del sistema al interior de la semiosfera, y aunque no sean necesariamente isomorfos entre ellos, deberán serlo respecto a un tercero, en este caso a todo el mundo textual. Estas fronteras internas, en términos bajtinianos, podríamos suponer, que estarían configuradas por los límites (permeables) de las distintas esferas de la comunicación humana, es decir, más allá de las particularidades de cada esfera que imprimen un marco de posibilidad a los géneros/enunciados que en ellas circulan, todas (las esferas) integran y conforman lo que Bajtín define como la cultura. Este horizonte de expectativas común a los hablantes operaría como sistema regulador (más allá de las tensiones propias de la concepción de lenguaje bajtiniana) en cierta medida, cercano a la noción de semiosfera que postula Lotman.

Es así que toda cultura o sistema cultural no puede concebirse sin un elemento, que al mismo tiempo que la cohesiona, la vuelve dinámica: la memoria. Aunque debemos agregar dos elementos más a la par del de memoria para acercarnos a esta noción dinámica de la cultura: la cuestión de la frontera y la de la traducibilidad. La pregunta que nos hacemos aquí es la siguiente: desde dónde es posible esa traducción. La respuesta, para nosotros, estaría en la memoria del sistema cultural que traduce. Es decir, no se puede traducir desde ningún lugar, sino desde ciertos marcos culturales de referencia, en términos de Lotman, agregaríamos, desde particulares marcos cognitivos específicos.

Este planteo nos acerca a otra problemática y que tiene que ver con la noción de 'umbral' porque debemos entender que toda traducción tiene lugar en un umbral semiótico, o mejor dicho, en situaciones de umbralidad donde los sentidos por lo menos se descolocan o se vuelven ambiguos. Lotman va a señalar que "la semiosfera tiene una profundidad diacrónica, puesto que está dotada de un complejo sistema de memoria y sin esa memoria no puede funcionar" (1996: 119). Memoria y cultura aparecen entrelazadas en el pensamiento lotmaniano. Para los teóricos de la Escuela de Tartú la cultura es concebida como "memoria *no hereditaria de la colectividad*, expresada en un sistema determinado de prohibiciones y prescripciones" (1979: 71). Es decir, esta memoria 'garantiza' que el sistema pueda funcionar y que las diferentes comunicaciones sean posibles. Sin embargo, dicha memoria, creemos, no garantiza la absoluta traducibilidad de los textos. Es esta afirmación del autor la que nos permite pensar esta categoría de umbral para poder entender mejor esta tensión entre transparencia/ambigüedad y transmisión/transformación.

Precisamente en esta dirección, Lotman va a plantear que todo acto comunicativo no es cuestión solamente de una transmisión pasiva de información. Por el contrario, verá que en todo acto comunicacional siempre se pone en juego una traducción (una recodificación en términos informacionalistas) y que consecuentemente, el receptor (ampliamos a la idea de texto) pone en funcionamiento un mecanismo de reconstrucción que no necesariamente 'garantiza' (ni es el propósito) la comprensión completa del texto original. Una cuestión articulada con la traducibilidad (y por ende movilidad) de los textos culturales tiene que ver con la dimensión semántica de los mismos.

Es así que en situación de frontera, un texto puede aportar “a sus distintos ‘consumidores’ una información diferente” [...] el lector moderno de un texto sagrado del Medioevo”, sostiene Lozano, retomando un ejemplo propuesto por Lotman “descifra la semántica reuniendo códigos diferentes de los usados por el creador del texto. Además, cambia igualmente el tipo de texto: en el sistema del lector pertenece a los textos artísticos” (1995: 101). Siguiendo en esta dirección y asumiendo una perspectiva (semiótica) cognitiva, podríamos abordar esta problemática de traducción en relación con la noción de marcos interpretativos (en este caso del lector) y preguntarnos acerca de qué es lo que se activa y por qué, en situación de umbralidad. Es decir, no solo se desplaza semánticamente el texto, sino que el hombre, en tanto texto, también lo hace, al incorporar nueva información. Recordemos la aserción peirceana acerca de la relación entre hombres y palabras: “se educan recíprocamente unos a otros, cada incremento de información de un hombre implica y es implicado por un incremento correspondiente de información de la palabra” ([Peirce; 1878: 22] en Lobo y García, 2010). Frente a lo que se aparecería a la mente de los sujetos en nuevos escenarios (y a lo que es preciso dotar de sentido), lo que se pondría en juego no es sino lo cognoscible hasta ese momento. Pero como todo proceso de inferencia no es posible que parta de la nada y dado que la asociación de ideas consiste en que un juicio ocasiona otro juicio del cual es el signo “en todo momento estamos en posesión de una cierta información, es decir, de cogniciones que mediante la inducción y la hipótesis han sido derivadas lógicamente de cogniciones previas...” ([Peirce; 1868: 20] en Lobo y García, 2010).

Lotman va a señalar precisamente que la “irrupción en el sistema de lo que es extrasistémico constituye una de las fuentes fundamentales de transformación de un modelo estático en uno dinámico” (Lozano, 1995: 102). Lo que también nos advierte Lotman es acerca de la dimensión pragmática de todo texto, aproximándonos una vez más al pensamiento peirceano en el sentido que esta dimensión, (que Peirce llamará pragmaticismo), precisamente, supone el ‘desacoplamiento’ de ésta de la dimensión subjetiva, y la concibe como constitutiva de todo texto. En este sentido, la dimensión pragmática del texto se articulará, en Peirce, a la noción del interpretante (más precisamente al interpretante final o lógico). Explorando, nosotros, una correspondencia con esta idea, aparece en Lotman la necesidad de pensar estos procesos de transformación, al interior de un continuum semiótico que él llama semiosfera. Es decir, la pragmática, en tanto el signo como acción, es siempre en un contexto (cultural/semiótico).

*El problema del texto está ligado de modo orgánico a un aspecto pragmático; al ‘uso’ que el público [...] hace del enunciado recibido [...] en la relación pragmática que se establece entre el texto y el público la transformación de la conciencia de éste es pues la manifestación del mecanismo del texto en el proceso de su funcionamiento. (Lozano, 1995: 103).*

Si pensamos que toda transformación del texto es al interior de la semiosfera y ésta funciona como un sistema regulador, en cierto sentido, dicha traducción estaría sometida a una ‘vigilancia’ semántica y pragmática. En términos de Bajtín podríamos pensar que estaríamos frente a un gradual proceso de monoacentuación del signo (texto), que ‘ancla’ su sentido, constriñe su aleatoriedad y las acciones concretas o diferidas en el gran/largo tiempo. Es decir, esta idea de monoacentuación bajtiniana, también se aproximaría a la idea peirceana de una cierta ‘estabilidad’

de la cadena semiosica a la que definirá como ese acuerdo de comunidad, sin que esto anule la propia dinámica de la semiosis infinita, pero que ‘condicionaría’ en algún punto, los interpretantes de semiosis posteriores.

Siguiendo con estos intentos de correlatos retomamos, por la importancia que cobra en este planteo, la afirmación lotmaniana planteada más arriba acerca de que “...la irrupción en el sistema de lo que es extrasistémico constituye una de las fuentes fundamentales de transformación de un modelo estático en uno dinámico...”. La consigna acá es profundizar en lo que entendemos un aspecto relevante de la producción social del sentido: el lugar intersticial en el que se pone en juego la construcción de lo que definimos como lo real: la noción de frontera y que a nuestro entender se entrelaza fuertemente con el concepto de ‘umbral’ (que abordamos someramente más arriba).

Tal como lo señala Camblong “la umbralidad, en tanto concepto, refiere simultáneamente al espacio fronterizo entre dos territorialidades y a la dinámica de un proceso de pasaje, ambos componentes necesarios y entramados en la misma definición” (Camblong; 2003: 23). La dinámica del proceso como pasaje nos permitiría pensar las fronteras no como líneas divisorias sino como espacios de negociación del sentido ya que en situación de umbral nada es como era antes, pero tampoco radicalmente nuevo. Al respecto, podemos encontrar en Lotman cierta inquietud en este sentido cuando señala que “la dinámica cultural no puede ser presentada ni como un aislado proceso inmanente, ni en calidad de esfera pasivamente sujeta a influencias externas” (Lotman, 1999: 125). Sino que, como señala el autor, estamos frente a una situación de “tensión recíproca” y como consecuencia de la misma, la dinámica cultural no se resuelve desde una perspectiva inmanentista o desde la mera influencia externa. La irrupción de una cultura externa a la ‘nuestra’ no es gratuita, por lo que podemos afirmar que en ese proceso de umbralidad nada es como antes. Camblong advierte que “el cronotopo del umbral supone una ruptura que afecta la semiosis en sus múltiples dimensiones” (2003: 25) aunque la memoria de semiosis antiguas evitaría una deriva absoluta del sentido durante una situación de umbral.

El umbral, ese espacio tanto de rupturas como de pasajes permite un juego de voces en pugnas permanentes por la construcción de significaciones que lejos de inmovilizar la danza inestable de los sentidos, la impregna de multiaccidentalidades. Más allá de esta dinámica del umbral, la dimensión temporal del mismo se caracteriza por ser efímero, breve, aunque como señala Camblong (2003) ciertas situaciones de umbralidad pueden extenderse por períodos largos. Lotman aborda, desde su perspectiva, la dimensión temporal y va a hablar de un proceso gradual o bien explosivo en la dinámica de toda cultura. En su libro *Cultura y explosión* (1999) el autor advierte que “en un cierto sentido se puede representar la cultura como estructura, que, inmersa en un mundo externo a ella, atrae a este mundo hacia sí y lo expulsa reelaborado (organizado) según la estructura de la propia lengua” (127). Sin embargo, el autor advierte que esa cultura externa (que puede ser vista como caótica) también se encuentra organizada y que en el encuentro de ambas lenguas puede sobrevenir una explosión. Lo que intentamos acá es rescatar la noción de umbral para poder pensar la transformación de esos sistemas culturales complejos. Como afirma Camblong, el umbral “... puede gestarse en cualquier lugar y en cualquier instante de la discursividad, de un espectáculo, de una existencia. El umbral emerge instaurando la discontinuidad del límite” (Camblong; 2003: 24). O bien ese proceso se da de manera gradual, por medio de mecanismos constantes (posible

de pensar porque dichos sistemas culturales no son estáticos ni cerrados); o bien por medio de una explosión, noción que Lotman retoma de la teoría del Caos de Prigogine, teoría desde la cual fundamenta su percepción de las sociedades contemporáneas como caóticas.

En situación de umbralidad no hay sentidos plenamente nuevos ni sentidos plenamente viejos, siempre hay tensiones: en cualquier lugar el sistema se puede desequilibrar generando caos. En este sentido, Lotman va a prestar atención a las periferias del sistema como el lugar en el que el sistema tendería a desequilibrarse, pero también señala que frente a estos escenarios, el centro hegemónico (textos/discursos) del sistema cultural tiende a regular la entropía, lo centrífugo. Más allá de los movimientos tanto en las periferias como en el/los centro/s que imprimen en sus dinámicos procesos una “elevación de la semiótica” o el “reforzamiento de la signicidad”, nada escapa a una cierta malla contenedora que es la cultura. Cultura que Lotman y Uspenskij definen no como un conjunto universal “sino tan sólo como un subconjunto con una determinada organización...como un área cerrada sobre el fondo de la no cultural” (1979: 68).

## La interpelación de un diálogo posible entre la Semiótica de Iuri Lotman y la Teoría del Discurso Social de Marc Angenot

Nos llama la atención aquí, y nos interpela a la búsqueda de una cierta correspondencia, estos planteos de Lotman acerca de las nociones de ‘centro’ y ‘periferia’ con algunos presupuestos de la teoría de El Discurso Social de Marc Angenot (perspectiva abordada más arriba). A modo de resguardo, en la bibliografía consultada de Lotman no hemos advertido referencia alguna a Angenot, ni a la inversa. Sin embargo, los alcances y las inquietudes que los movilizan, en alguna medida nos han llevado a plantearnos este interrogante. El propio Angenot se reconoce un “usuario ecléctico, pero crítico” de diversas tradiciones como el materialismo histórico, la sociología del conocimiento y el análisis del discurso entre otras perspectivas, pero no aparece Lotman en esta lista que integran además Foucault, Bourdieu, Gramsci. El autor asume, en esta dirección, deudas con esas tradiciones pero que no necesariamente implican “fidelidad absoluta” (2010a), especialmente la sociocrítica angenotiana tiene una fuerte pregnancia bajtiniana/voloshinoviana. Acerca de la impronta de Bajtín en el pensamiento de Lotman habíamos hecho referencia más arriba, en tanto que como señala Barei, influyó en su concepción del lenguaje, del arte y la cultura (2002).

Retomando nuestro interrogante acerca de Lotman y Angenot, advertimos que el primero recupera, para explicar la dinámica de todo sistema cultural, además de las nociones de frontera y traducción, la tensión centro/periferia. La dinámica de esta relación se asemeja a la manera en que la plantea Angenot, es decir, cuando Lotman sostiene que en todo proceso de expansión de un sistema cultural se reconfiguran las fronteras, incorporando nuevos elementos al sistema que pasan a ocupar las periferias del mismo. Pero al mismo tiempo, el autor señala que “un impetuoso auge semiótico-cultural” de la periferia, no sólo trasladaría al centro sus estructuras semióticas, sino que podría conquistar el mismo centro, convirtiéndose de periferia a centro en un sistema cultural.

En este mismo sentido, Angenot va a señalar que toda hegemonía discursiva (y cultural) se

define por un centro y una periferia, pero que al igual que Lotman, lejos está de plantearla estática y cerrada, sino que por el contrario, por medio de gradualidades o explosiones la hegemonía podría entrar en crisis y reconfigurarse o por el contrario, absorbería y resignificaría los ideogramas que migran/pujan desde las periferias de dicha hegemonía (lo que entenderíamos como el equilibrio que busca todo sistema homeostático).

Creemos necesario a esta altura recuperar (brevemente) la noción de hegemonía en Angenot para aportar elementos nuevos a este eje de análisis. El analista del discurso (como él mismo se define) de origen belga concibe a la hegemonía como un sistema o “conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de las retóricas, las tópicos y las doxas transdiscursivas” (2010a: 10). Esta división del trabajo discursivo regula la circulación del sentido en términos de centro (hegemónico) y periferia (contrahegemónico) pero al mismo tiempo permite la circulación de ideogramas por sectores de la periferia sin llegar nunca al centro o bien lo que es centro en un tiempo, bien podría convertirse en periferia en otro. Para Lotman “la división en núcleo y periferia es una ley de la organización interna de la semiosfera. En el núcleo se disponen los sistemas semióticos dominantes” (1996: 114).

La idea de centro en Angenot no debe pensarse como un núcleo cerrado, sino que dentro de ese mismo centro es posible reconocer pujas por la hegemonía y por lograr ‘imponer’ una cierta dominancia discursiva. De una manera similar a la que estamos retomando acá la idea de centro en Angenot, Barei va a pensar, en alusión a la perspectiva de Lotman, más en múltiples núcleos, como sistemas abiertos que en un centro y una periferia. Más allá de estas precisiones acerca de la porosidad respecto del funcionamiento del centro mismo, encontramos que la idea de hegemonía angenotiana (concepto que no puede escindirse de la de Discurso Social) tiene una significativa proximidad a la idea de semiosfera en Lotman cuando este último afirma que:

*La semiosfera tiene una profundidad diacrónica, puesto que está dotada de un complejo sistema de memoria y sin esa memoria no puede funcionar. Mecanismos de memoria hay no sólo en algunas subestructuras semióticas, sino también en la semiosfera como un todo. A pesar de que a nosotros, sumergidos en la semiosfera, ésta puede parecernos un objeto caóticamente carente de regulación, un conjunto de elementos autónomos, es preciso suponer la presencia en ella de una regulación interna y de una vinculación funcional de las partes... (1996: 119).*

Angenot advierte sobre esto que en Lotman se vería como ese caos carente de regulación (desde ya que sin establecer aquí ninguna referencia entre los autores) y que es parte del funcionamiento de toda hegemonía. Al respecto nos brinda algunas pistas y señala que “la hegemonía no realiza una homeostasis carcelaria”, sino que habilita un juego de tensiones entre estabilidades y captaciones (2010b).

## Peirce y Bajtín: cuestiones del sentido Procesos Dinámicos y Diálogos Abiertos

Hemos planteado a lo largo de este capítulo que la producción del sentido entendido como social asume un nuevo estatuto académico y político aproximadamente en los intersticios de los años 60' y 70' teniendo a Europa y particularmente Francia como escenario principal (Verón, 2004). Este escenario 'generacional' que se ubica de los años 70 en adelante plantea un desplazamiento radical en la manera de entender la problemática del sentido, de la inmanencia del texto a las condiciones sociales de producción de todo discurso (ídem). Aunque no es pretensión aquí retomar el mapa de las diferentes corrientes del lenguaje y las teorías de la significación (cuestiones que fueron problematizadas ampliamente más arriba), sí consideramos necesario recuperar lo que creemos han constituido a partir de la segunda mitad del siglo XX dos de las raíces más fructíferas de los estudios sociosemióticos: dos tradiciones distantes entre sí pero igualmente productivas: la semiótica peirceana y la filosofía del lenguaje bajtiniana.

La primera (Charles Sanders Peirce) temporalmente abarca la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, mientras que la tradición rusa del Círculo Bajtiniano se extiende desde principios del siglo XX hasta la muerte del máximo (y último) representante de esa corriente, Mijail Bajtín en el año 1975<sup>19</sup>.

Lo que pretendemos aquí es avanzar en una indagación más detenida entre Charles S. Peirce y Mijail Bajtín. Ambos autores han marcado —en distintos momentos y leídos en diferentes escenarios— las investigaciones sobre la problemática de la significación. Lo que sigue intentará trazar líneas de contacto entre ambos asumiendo los recaudos necesarios dado la amplitud y complejidad de sus producciones teóricas. Sobre el diálogo entre ambos autores hemos dicho algo en apartados anteriores, aunque aquí queremos explorar otros puntos de 'contacto' de manera más exhaustiva.

Indagaremos además en algunas investigaciones que han propuesto anteriormente un diálogo entre estos autores e intentaremos aportar nuevas reflexiones en esa dirección. En este sentido investigadores como Augusto Ponzio (1998) y Hugo Mancuso (2005) han explorado líneas de articulación, aportes que recuperaremos en nuestro recorrido por la obra de Peirce y Bajtín.

Inicialmente se hace necesario precisar que ambos autores se formularon preguntas diferentes y desde lugares distintos. Peirce (1986) pensaba a la Semiótica como la doctrina cuasi-necesaria o formal de los signos, o como otro nombre de la lógica. Una perspectiva epistemológica por medio de la cual es posible dar cuenta de la realidad. Un marco para pensar(la) como una teoría del conocimiento.

Por su parte, Bajtín/Voloshinov enfocan sus planteos orientados hacia una filosofía del lenguaje y el estudio de las ideologías. Antes de adentrarnos en estos planteos consideramos necesario retomar la cuestión de la autoría de los denominados textos deutero-canónicos y la relación/existencia de Bajtín y Voloshinov. Sobre este punto ya nos hemos explayado más arriba, pero atento a que en este apartado nos vamos a detener en ciertas nociones de la Filosofía del Lenguaje del

19- Esta ubicación en el tiempo hace referencia a la dimensión histórica de los representantes de cada una de las corrientes. No estamos diciendo que dichos aportes se agotaron con la muerte de Peirce y Bajtín y que sus corrientes no fueron continuadas.

Círculo Bajtiniano que se corresponde con ambos autores en distintos momentos de su producción científica, vamos de ahora en más a citarlos de la siguiente manera: Bajtín/Voloshinov. Las disquisiciones acerca de las referencias de autorías más específicas se podrán encontrar más arriba.

A los fines de poder aportar algo más de precisión a este último planteo podemos señalar que ambos autores han compartido un espacio significativo de producción intelectual en lo que se conoce como el primer momento del Círculo (1919/30). Aunque es posible reconocer dos direcciones, una más estética, ontologizante, acerca de la reflexión sobre el ser (en la cultura) en la que adquiere importancia el acto estético. El acto como un acontecimiento del ser (ej: la firma de una novela por parte del autor como un acontecimiento). El sujeto pleno está en el acto y el arte emerge como lugar de libertad pero también de responsabilidad. La otra orientación es más sociologizante del mismo hecho. El texto firmado por Voloshinov, *Marxismo y Filosofía del lenguaje*, tiene que ver más con esta dirección. “Los problemas de la filosofía del lenguaje han adquirido en los últimos tiempos excepcional pertinencia e importancia para el marxismo” (Voloshinov, 1929: 19). El segundo y tercer momento encontrará a Bajtín como único representante de este Círculo inicial.

Retomando el propósito de este apartado, podemos señalar (cuestión que hemos abordado anteriormente) indudablemente que el carácter procesual del sentido es una característica que podemos reconocer como centrales en el pensamiento peirceano y bajtiniano, lo que en cierta manera los ‘ubica’ en la vereda opuesta del sistema binario de significación y como condiciones de posibilidad de la expansión de las significaciones a partir de la segunda generación europea de la semiótica. A Peirce, de manera diferida, y por medio de las lecturas que hacen Verón y Eco (fundamentalmente) en los años 70 se lo ubica en este lugar de ‘oposición’ a la semiótica más estructuralista. Verón ‘ubica’ a Peirce en este ‘lugar’ al afirmar la necesidad de hacer estallar el modelo binario de la significación y postular la semiótica de Peirce como base para su Teoría de los Discursos Sociales. Por su parte, Bajtín y su Círculo (Voloshinov y Medvedev) sí leyeron a Saussure y discutieron abiertamente con su concepción del lenguaje. Tal como afirma Elsa Ducraroff “todo buen padre se merece un hijo rebelde. Bajtín y los suyos han sido de sus hijos más brillantes” (1996: 34). Pero al igual que Peirce, los miembros del Círculo bajtiniano también fueron ‘leídos’ tardíamente en los escenarios semióticos europeos. Esta vez de la mano de Julia Kristeva y Tvetan. Todorov principalmente.

En ambos autores, el signo ya no se lo concibe como unidad sino como proceso. Es en ese proceso en donde encontramos el sentido y que Peirce (1986) define como semiosis; Bajtín (1982), por su parte hablará de cadenas dialógicas del sentido (aspectos desarrollados más arriba). Para ambos el signo tiene una estructura dinámica, no hay sentidos inmanentes ni relaciones de valores puros, el sentido no se ‘deja decir’ sino en otro signo y así hacia el infinito. Hay signos en la medida que ‘eso’ que se hace presente esté en lugar de otra cosa (lo ausente), su objeto en algún aspecto. Bajtín/Voloshinov (2009) hablarán de que algo es signo de otra cosa en tanto y en cuanto refleje o refracte una realidad externa a él. Peirce (1988) hablará de objeto dinámico, aquello a lo que no puede acceder en su totalidad, sólo a una representación.

Asociado a esta característica del signo aparece el problema del estatuto de lo real. Para Peirce (ídem) conocer y realidad se encuentran en un mismo universo: el de los signos. Lo real para el autor es el acuerdo, el consenso de una determinada comunidad sobre lo que es considerado públicamente verdadero y que por lo tanto determina hábitos de conducta y que es el resultado

de cadenas de interpretantes. El mundo pensado es un mundo de signo, cada signo es a la vez interpretante e interpretado. Para Peirce “no hay nada, pues, que impida que conozcamos las cosas exteriores tal como realmente son, y lo más probable, así, es que las conozcamos en un sinnúmero de casos, aún cuando nunca podamos estar absolutamente seguros de conseguirlo en cualquier caso específico” (1988: 119).

En Bajtín/Voloshinov (2009) la existencia de una realidad extradiscursiva constituye una base epistemológica. El medio cosístico para Bajtín/Voloshinov (ídem) habla, como planteáramos más arriba, hay que interrogarlas, transformarlas en palabras. El hecho de que estos autores hablen de una realidad extradiscursiva no significa que sea posible aprehender una realidad que no esté constituida por signos. En este sentido, Bajtín/Voloshinov conciben al signo como material, una parte de la realidad natural o social que además refleja y refracta otra realidad externa a él. Un producto histórico cultural determinado por el horizonte social de una época y un grupo social dado.

Entonces, no hay realidad por fuera de los signos, entendiendo a signo de manera amplia y no solamente reducido a lo verbal. El objeto dinámico en Peirce, aquello que está ‘fuera’ de la semiosis en realidad es signo en la medida en que ha sido producto de semiosis anteriores aunque podemos pensar que estaría fuera de una semiosis en acto. Tal como lo plantea Deledalle (1996: 90) “...no existe más que un ‘objeto’ que se pueda calificar de inmediato o de dinámico según el punto de vista en el cual uno se ubica...”.

La concepción de la realidad como sígnica atraviesa también la problemática de la constitución del sujeto. En apartados anteriores este eje fue abordado, aunque aquí nos permitimos precisar algunos otros aspectos. Ambos autores, habíamos dicho, entienden las identidades como producto de una construcción, abandonando la perspectiva esencialista desde la cual se concibe al sujeto como transparente y racional, principio de acción Peirce afirma que el hombre es un signo particularmente constituido por el lenguaje “los hombres y las palabras se educan recíprocamente, todo aumento de la información de un hombre implica un correspondiente aumento de la información de una palabra” (Peirce, 1987: 85-86). En el mismo sentido, Bajtín (1982) y Voloshinov (2009) señalan que el hombre es un ser social en la medida en que es hablado por el lenguaje, una conciencia social introducida al torrente de las palabras. Hay una dimensión social compartida por los autores, en Peirce nos aproximamos a la noción de comunidad; en tanto que lo real depende de un acuerdo de comunidad, la síntesis del hombre en el lenguaje hace que éste sea real en la medida de ese acuerdo. Mientras que Bajtín plantea la cuestión del sujeto desde una perspectiva dialógica, el ‘yo’ no es sino en relación al ‘tu’, ese tu entendido como lo colectivo social, un sujeto que se hace ‘legible’ en la medida en que es social. “La identidad del sujeto requiere un continuo desplazamiento de forma que cada vez que el signo es interpretado se convierte en otro: es de hecho otro signo que actúa como interpretante” (Ponzio, 1998: 159).

Retomando la concepción del signo como dinámico, aspecto compartido por ambos autores, damos entrada en este abordaje a la noción del sentido como procesual. En Peirce vamos a estar hablando de semiosis infinita, mientras que en Bajtín encontraremos su correlato en la noción de dialogismo. En Peirce “cualquier cosa que determina a otra cosa (su interpretante) a referirse a su objeto al cual ella también se refiere (su objeto) de la misma manera, deviniendo el interpretante a su vez en signo, y así sucesivamente *ad infinitum*” (1986: 59). Esta idea de ‘apertura’ del signo

en la que un interpretante necesita de un nuevo interpretante aparece en Bajtín claramente en la idea de ‘enunciados como eslabones de la cadena discursiva’. El concepto de dialogismo, complejo y amplio en este autor (Arán, 2006), nunca supone una totalidad acabada.

Podemos reconocer dos direcciones en el estudio del dialogismo: el estudio del funcionamiento del lenguaje social a través de obras como *El marxismo y Filosofía del lenguaje* (1929, 2009) (en la edición argentina de 1976 aparece con el nombre de *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*) de Voloshinov y *El problema de los géneros discursivos* (1952/53) de Bajtín (1982). Y otra perspectiva proponiendo un análisis de la estética literaria desde *El problema de la poética en Dostoievski* (1929-1963) de Bajtín. El dialogismo en Bajtín “consiste en que todo enunciado remite, por una parte, a toda la cadena de enunciados precedentes dentro de una misma esfera de la praxis humana...la cadena dialógica no se interrumpe nunca aunque la respuesta pueda ser largamente diferida” (Arán, 2006: 85-86). Los interpretantes peirceanos, por su parte, constituirían los eslabones de esa cadena de enunciados en los cuales el sentido estará dado en un remite a nuevos enunciados de esa cadena que ‘contesten’ a enunciados anteriores agotando parcialmente el sentido del objeto (planteos estos desarrollados más arriba).

A partir de la noción de signo que formula Peirce intentaremos explorar en algunos puntos de concordancia con ciertos aspectos de la concepción del lenguaje postulada desde el Círculo Bajtíniano. A los fines de nuestra inquietud indagatoria recuperamos una noción más desarrollada del signo peirceano:

*Un signo o representamen es algo que representa algo para alguien, es decir, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, quizás aún, más desarrollado. A este signo creado, yo lo llamo el interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su objeto. Representa este objeto no en todos sus aspectos, sino en referencia a una idea que he llamado a veces el fundamento del representamen (C.P. 2.228).*

Retomamos aquí la noción de interpretante peirceano y la distinción que realiza el autor del mismo en inmediato, dinámico y final (Vitale, 2004). Tal como se plantea en la definición del signo, sus elementos son indescomponibles, la semiosis es un proceso en la que cooperan los tres elementos; en este sentido los tres interpretantes también son parte de ese proceso semiótico. Podríamos reconocer en Bajtín (1982) una distinción ‘similar’ cuando referencia a: la palabra neutra, la palabra propia y la palabra ajena. Afirma que todo enunciado es polifónico por lo que estas tres concepciones conviven en los enunciados efectivamente proferidos (y aún no dichos ya que son elementos constitutivos del mismo más allá de su concreción en un acto de comunicación –semiosis–). La palabra neutra es aquella que Bajtín señala como la del diccionario, una primeridad, una mera potencialidad signica, podríamos agregar aquella que asegura un mínimo de interpretabilidad al interior de un colectivo semiótico. Una palabra que en Bajtín no aparece desarticulada de las cargas valorativas, pero que en términos del interpretante peirceano asegura un mínimo de posibilidad interpretacional. Para Peirce, el interpretante dinámico es el que efectivamente ocurre “como un eslabón distinto en una cadena de semiosis” (Ransdell, Manuscrito: 3), en Bajtín (1982) el enunciado propio es el que efectivamente se transforma en un eslabón de la cadena de la comunicación discursiva, la segundidad, el encuentro del signo con su objeto. Sin embargo ese enunciado

propio no se arroga la plenitud del sentido ya que no puede abstraerse de un determinado colectivo semiótico que en cierto grado lo constriñe. Hablamos de la palabra ajena, aquella que en Bajtín (idem) se identifica con lo social, la que habla en nuestro enunciado haciéndolo a éste ser parte de un universo de sentidos compartidos<sup>20</sup> en las distintas esferas sociales. Según Ransdell el interpretante final sería “la idea del signo tal como podría llegar a ser regular y completamente interpretado en un rumbo ideal y a largo plazo de la semiosis” (S/r: 4). Esta idea de regularidad a largo plazo en la interpretabilidad del signo parecería conducir hacia una tendencia a imprimir al signo un sentido monológico (Bajtín, 1998). Mancuso (2005), retomando el pensamiento bajtiniano, plantea las tensiones entre dialogismo/monologismo. Y en este sentido, el autor hace referencia a la tensión entre un dialogismo inherente a todo enunciado/memoria y la tendencia monológica en un tiempo y espacio determinado, aunque en estas tendencias monológicas no se perdería la idea de replicancia. No sería posible pensar la fijación de sentidos y como afirma Mancuso “las lecturas variadas están condicionadas por el contexto, pero no agotadas por el contexto” (Mancuso, 2005: 158). Se hace necesario tomar distancia de la idea de una única interpretación correcta que tendería sí a fijar sentidos monologizantes y “borrar” la memoria polifónica de los signos.

Peirce también habla de constreñimientos contextuales y situacionales en la interpretabilidad del signo e introduce la cuestión de la intención del emisor. En este sentido J. Ransdell precisa que la intención no debe entenderse como independiente del proceso de semiosis sino que es al interior del mismo que podemos hablar de intenciones como aspectos del proceso. Para Bajtín (1982) el signo siempre es acentuado constitutivamente y es al interior de la cadena discursiva que podemos dar cuenta de esas acentuaciones (multiacentualidad).

Retomamos nuevamente la noción del interpretante como el tercero del signo peirceano, en tanto un signo más desarrollado como parte de una semiosis infinita para plantear la idea de ‘saltos’ en esa semiosis. Es decir, teóricamente el modelo ternario de Peirce es *ad infinitum*, sin embargo las semiosis son en acto por lo que la cadena de interpretantes no necesariamente deben concebirse como un continuum ininterrumpido. Tal como lo plantea Ponzio “el interpretante no siempre se coloca en una relación de contigüidad con el signo interpretado” (1998: 161). Es decir nuevos interpretantes en nuevos contextos, idea -en cierto modo- próxima a la noción de exotopía bajtiniana (Arán, 2006), una ‘liberación’ de lo simbólico de cuyos significados tenemos una cierta previsión ya que parten de una convención. Sería el iconismo el que presentaría una condición “inherentemente subversiva (Andacht, 2003: 12), de in/re/novar sentidos en contextos nuevos. El sentido nunca se agota en el propio signo, sino que se completa en la cadena de semiosis en un nuevo signo. La exotopía nos permitiría pensar la posibilidad de la incomplitud del sentido; la indeterminación constitutiva del signo tanto en Peirce como en Bajtín.

Otra cuestión interesante que se plantea en este diálogo tiene que ver con la noción peirceana de fundamento o ground, esa cualidad o aspecto del objeto que es actualizado en un representamen. Todo interpretante es cultural, es decir, todo signo es interpretante e interpretado al mismo tiempo por lo que las cualidades del objeto que se actualizan son producto de semiosis anterior. En este sentido, ¿se podría pensar al fundamento peirceano en el sentido en que Bajtín piensa la memoria? El fundamento o ground en cierta medida corresponde a una memoria de semiosis anteriores ya que si puedo actualizar esa cualidad es porque se la ha pensado antes,

20- Aclaramos que estamos dejando de lado la dimensión ideológica del lenguaje bajtiniano en este momento, es decir el colectivo semiótico aparece como un horizonte de expectativas pero no debe omitirse su heterogeneidad.

en este sentido operaría como la memoria bajtiniana, aquello que ‘viene’ de otro signo y que se ‘actualiza’ en uno nuevo, pero distinto. En este proceso no hay que perder de vista la dimensión de lo monológico, planteada anteriormente ya que las cualidades del objeto que se actualizan en cada semiosis se transformarían en “núcleos de significación perdurables” (Mancuso, 2005: 175), es decir, que en cierto sentido operarían como controladores de semiosis futuras constriñendo la generación de nuevos interpretantes.

Aunque esta misma hipótesis se podría plantear en un sentido contrario, es decir, la semiosis como ‘liberadora del sentido’. Cuando Bajtín habla de la resurrección de los sentidos está planteando la posibilidad de subversión en el lenguaje, de imprimir sentidos nuevos a ‘signos viejos’, transformándolos en nuevos signos. Si como lo planteábamos anteriormente para Peirce (1986) nada es por fuera de los signos, entonces podríamos pensar que esas memorias/fundamentos surgirían como rasgaduras en el tejido semiótico social permitiendo dicha resurrección en interpretantes nuevos retomando memorias viejas: el pasado en el futuro. Podríamos pensar peirceanamente en una ‘cierta (im)precisión’ del signo y consecuentemente de un ‘cierto crecimiento’, una cierta deriva de interpretantes: la operación de los interpretantes culturales como mediadores de la experiencia

Esta última característica/potencialidad del lenguaje no aparece en Peirce (ni en las obras citadas de su autoría como en autores que lo retoman) con la plenitud que adquiere en los pensadores del Círculo Bajtiniano. La problemática de lo ideológico es central en la concepción del lenguaje bajtiniano apareciendo en toda su dimensión en la tensión entre monologismo y dialogismo. Lo ideológico como contenido es la recuperación que Angenot hace de esta noción, diferente a la lectura que hace Verón (1987) cuando plantea un análisis de lo ideológico en términos de relaciones en su Teoría de los Discursos Sociales. Podríamos entender lo ideológico en Peirce como condición de posibilidad de existencia de toda significación aunque el autor no haga referencia a esta dimensión.

Sin embargo, Verón plantea sus reservas respecto de la concepción que Peirce tiene de comunidad: “en el contexto de la teoría peirceana, esta comunidad es una suerte de comunidad ideal, que estaría sólo guiada por el razonamiento lógico y el método científico. ¿Ingenuidad? Ciertamente...” “...es imposible en la actualidad seguir a Peirce en esta idea imprecisa de una comunidad homogénea que tiende indefinidamente a la verdad” (Verón, 1980 en Vitale, 2004:53) (estos planteos fueron desarrollados más arriba).

La distinción planteada por Bajtín (Todorov, 1991) entre ‘significado’ y ‘tema’ -en referencia a la estructura constitutiva del enunciado - nos lleva a pensar en nuevos correlatos con el pensamiento de Peirce. La segundidad peirceana como categoría de la existencia, del aquí y ahora y como hecho individual se ‘colaría’ entre las fronteras del significado y tema. Aparecería bajo la característica del enunciado bajtiniano de ser único e irrepetible en cada acto comunicativo. El significado, la materia verbal, aquello que no basta para ser designado como enunciado y por lo tanto es mera posibilidad de ser, sólo será enunciado cuando se actualice por medio del componente extra-verbal, la segundidad transita en las fronteras.

*La palabra en la vida, con toda evidencia, no se centra en sí misma. Surge de la situación extra-verbal de la vida, y conserva con ella el vínculo más estrecho. Es decir, la vida misma*

*completa directamente a la palabra, la que no puede ser separada de la vida sin que pierda su sentido” (Voloshinov, 1997: 113).*

Es en el componente extra-verbal del enunciado que la legalidad/terceridad estaría presente. El conocimiento y la comprensión de la situación, comunes a los participantes de la comunicación y la evaluación social de esa situación determinan que la comunicación sea posible (Todorov, 1991). Aquello que en grados diferentes operaría como ‘mediador’ entre la palabra y la vida.

Creemos que -en términos peirceanos- podríamos continuar en un reenvío interminable a nuevos interpretantes en este intento propuesto de diálogo entre ambos autores. Algunas categorías, que a priori nos parecieron productivas para iniciar este diálogo (inconcluso, inacabado bajtinianamente hablando) las hemos abordado en el presente apartado, más en términos abductivos, exploratorios. Ciertamente, el pensamiento de Peirce como de Bajtín se han constituido en fundamentos de los estudios semióticos actuales. Esto más allá que ambos autores fueran leídos y reconocidos fuera de sus tiempos históricos –el primero por la supremacía del paradigma estructuralista en la Europa de mediados del siglo XX y el segundo por la barrera idiomática lo que hizo tardía su lectura en los centros de investigaciones europeos. Más allá de estas circunstancias, estos autores han aportado significativamente epistemológica y ontológicamente al entendimiento del ser humano y los universos de los signos, cada uno desde sus perspectivas fundantes.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Aguilera, N. (2006) "Ideología/producto ideológico". En: *Nuevo Diccionario de la teoría de Mijail Bajtín*. Ferreyra Editor. 1ª Edición. Córdoba. (pág. 162-165).
- Angenot, M. (2010) *El Discurso Social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Apel, Karl Otto (1997) *El camino del pensamiento de Charles S. Peirce*. La Balsa de la medusa. Editorial Visor Dis. Madrid.
- Arán, P (2006) *Nuevo diccionario de la teoría de Mijail Bajtín*. Ferreyra Editor. Córdoba
- Arán, P. (2005) "El (im)posible diálogo Bajtín-Lotman. Para una interpretabilidad de las culturas". En: Revista *Entretextos*. Revista electrónica semestral de Estudios Semióticos de la Cultura. Nº 6. Granada. Noviembre de 2005.
- Arán, P y S. Barei (2002) *Texto/memoria/cultura. El pensamiento de Iuri Lotman*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Austin, J. (1982). *Cómo hacer Cosas con Palabras*. Buenos Aires. Paidós.
- Bajtín, M. (1982) "El problema de los géneros discursivos". En *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI. México.
- Bajtín, M. (1997) *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores. Y otros escritos*. Anthropos Editorial Rubí. Barcelona
- Barthes, R. (1987) "Por qué me gusta Benveniste" en: *El susurro del Lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós. España.
- Benveniste, E. (1978). "Saussure, medio siglo después" en: *Benveniste y otros Ferdinand de Saussure. Fuentes manuscritas y estudios críticos*. Siglo XXI editores. México.
- Bourdieu, P. (2008) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Traducción de Esperanza Martínez Pérez. Ediciones Akal. Madrid.
- Bubnova, T. (2006) "Voz, sentido y diálogo en Bajtín". En: *Acta Poética* 27 (1) PRIMAVERA 2006. Universidad Nacional Autónoma de México (pág. 97-114)
- Cardoso, C. (2006) "Lengua/lenguaje". En: *Nuevo Diccionario de la teoría de Mijail Bajtín*. Ferreyra Editor. 1ª Edición. Córdoba. (pág. 168-176).
- Castro E. (2011) *Diccionario de Foucault. Temas, conceptos y autores*. (1ª ed.). Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires.
- Charaudeau, P. y Maingueneau D. (Comp.) (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Amorroutu Editores. Buenos Aires.
- Chomsky, N. (1983) *Reglas y representaciones*. FCE México.
- Dalmasso, M. T. (2005) "Reflexiones semióticas". Revista *Estudios* 17, 13-20. Universidad Nacional de Córdoba.
- Dalmasso, M. T. (2008) "¿Del giro lingüístico al giro semiótico?" en: Da Porta, E. y Saur, D. (Coordinadores) *Giros teóricos en las Ciencias Sociales y Humanidades*. Ediciones Comunicarte. Córdoba.
- De Saussure, F. (1974) *Curso de Lingüística General*. Losada. Buenos Aires.
- Deledalle, G. (1996) *Leer a Peirce hoy*. Gedisa. Barcelona.
- Dreyfus, H. y Rabinow. P. (2001) *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. (1ª ed.). Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Drucaroff, E. (1996) *Mijail Bajtín. La guerra de las culturas*. Colecciones Perfiles. Editorial Almagesto. Buenos Aires.
- Eco, Umberto (1999) *Kant y el ornitorrinco*. Editorial: Lumen.
- Fabbri, P. (2000) *El giro semiótico*. Editorial Gedisa: Barcelona.
- Foucault, M (2007) *La Arqueología del Saber*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Foucault, M. (1982) *El orden del discurso*. Ed. Populares. México.
- Foucault, M. (1992) "Cuerpo y poder", "Verdad y poder". En: *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (2007) "Cuarta Conferencia: La Sociedad disciplinaria y la exclusión" y "Quinta conferencia: La inclusión forzada: el secuestro institucional del cuerpo y del tiempo personal" en: *La Verdad y las for-*

*mas jurídicas*. Gedisa Editorial.

- Hjelmslev, L. (1969/1976). "La estructura y el uso de la lengua" en: *El lenguaje*. Madrid. Gredos.
- Karmiloff-Smith, A. (1994) Más allá de la Modularidad. Alianza Editorial. Madrid.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1997) "Los subjetivemas afectivo y evaluativo", "Subjetividad deíctica frente a afectiva o evaluativa", "La grilla enfrentada al corpus". En: *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Edicial, Bs.As.
- Kristeva, J (1981) "La palabra, el diálogo y la novela" [1967]. En: *Semiótica 1*. Trad. J.M. Arancibia. Fundamentos. Madrid. (pág. 187-226).
- Laclau, E y Mouffe, Ch. (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Argentina S. A.. Argentina.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.
- Lobo, Claudio y García, Claudia (2010) "Peirce y Bajtín. Cuestiones de sentido. Procesos dinámicos y diálogos abiertos" En: Actas de las XIII Jornadas Foniátricas "Investigar y transferir. Salud y medio ambiente". San Luis.
- Lobo, C. (2011a) "Las culturas originarias como tópico disruptivo en la construcción de la identidad puntana en el siglo XXI". Revista Metavoces. Año VII. Nº 11. San Luis: Nueva Editorial Universitaria. Pp 77-88.
- Lobo, C. (2011b) "Cronotopías e identidades. El retorno de lo olvidado. Las Culturas originarias en la construcción del pueblo puntano". En: Revista Pacarina del Sur. Revista Cultural de Pensamiento Crítico. Vol. 9, octubre-diciembre. México.
- Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/indices/356-numero-9-octubre-diciembre-2011>
- Lobo, C. (2013) "La construcción identitaria de lo puntano y los umbrales de lo decible en el s. XXI. La (in)visibilidad de las Culturas originarias en el discurso político hegemónico". En: *Tiempo, espacio y realidad sanluiseña. Problemáticas histórico sociales de San Luis*. Compiladora: Sandra Bosso. Nueva Editorial Universitaria. San Luis.
- Lobo, C. (2013) "Los límites de lo argumentable en el discurso político sanluiseño. Las culturas originarias: hiato o sutura en la construcción identitaria local". Ponencia presentada en el VI Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y III Jornadas Internacionales sobre Discurso e Interdisciplina. Quilmes, Argentina.
- Lobo, C.; García, C.; Ingignoli, P. (2013) "El Giro semiótico y la expansión de las significaciones: una lectura posible en las carreras de Comunicación. En: *Industrias culturales, medios y públicos: de la recepción a la apropiación*. (Compiladores) Lucas Valdés y Susana Morales. 1a ed. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
- Maingueneau, D. (2002) "Problèmes d ethos", en *Pratiques* Nº 113/114, Metz, mes de junio. (Traducción al castellano s/r).
- Maingueneau, D. (2003) "¿Situación de Enunciación" o " Situación de comunicación?", revista digital Discurso.org, Año 2, Nº 5.
- Martinet, A. (1974) "La Lingüística, el lenguaje y la lengua" en: *Elementos de Lingüística General*. Madrid. Gredos.
- Martínez, F. (2005) "La disputa por el orden posible en la democracia: los discursos de la campaña presidencial del 2003" en *Revista Topos & Tropos* Nº 4.
- Martínez, F. (2005) "Sujetos y sujetados: la construcción del otro y la gestión penal de la pobreza en los discursos gráficos". En: Actas Red de Investigadores en Comunicación. Villa María. <http://www.redcomunicacion.org/memorias/>
- Martínez, F. (2011) "Los postulados teóricos". En: *Lecturas del presente: discurso, política, sociedad*. 1ª Edición. Eduvim. Villa María. (pág. 13-28).
- Narvaja de Arnoux, E. (2008) *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Narvaja de Arnoux, E. (2009) *Análisis de Discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Santiago Arcos Editor. Buenos Aires.
- Peirce, C. S. (1869) "Algunas consecuencias de cuatro incapacidades". Traducción castellana y notas de José Vericat (1988). En <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>

- Peirce, C. S. (1877) "La fijación de la creencia". Traducción castellana y notas de José Vericat (1988). En <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>
- Peirce, C. S. (1878) "Cómo esclarecer nuestras ideas". Traducción castellana y notas de José Vericat (1988). En <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>
- Peirce, C. S. (1903) "Principios de filosofía". Traducción castellana de Fernando c. Vevia (1997). En <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>
- Peirce, C. S. (1986) *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Peirce, C. S. (1988) *El hombre, un signo*. Crítica. Barcelona
- Pinker, S. (2001) *El Instinto del lenguaje*. Alianza Editorial. Madrid.
- Plantin, C. (1996) *La argumentación*. Ariel. Barcelona. 2001
- Ponzio, A. (1998) *La Revolución bajtiniana. El pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. Ediciones Cátedra S. A. España (Edición y traducción: Mercedes Arriaga)
- Sazbón, J. (1993) *Saussure y los fundamentos de la lingüística*. Centro Editor de América Latina S.A.
- Silvestri, A. y Blanck, G. (1993) *Bajtín y Vigotsky. La organización semiótica de la conciencia*. Anthropos Editorial del Hombre. Barcelona.
- Todorov, T. (1991) *Mikhael Bakhtine: El principio dialógico*. Traducción C. Carreras. UNC.
- Todorov, T. (2005) *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.
- Trnka, B. et al. (1971) *El Círculo de Praga*. Anagrama. Barcelona.
- Verón, E (2004) *Fragments de un tejido*. Gedisa. Barcelona.
- Verón, E. (1987) *La Semiosis Social*. Gedisa. Buenos Aires.
- Verón, E. (1996) "La palabra adversativa" en Verón, E. (et. al.) *El discurso político*. Ed. Hachette. Buenos Aires. (págs. 13-26).
- Verón, E. (2002) "Signo". En Carlos Altamirano (Director) *Términos críticos de Sociología de la Cultura* (pp 213-218). Paidós. Buenos Aires.
- Verón, E. 1978) "Discurso, poder y poder del discurso". En: *Anais do primeiro coloquio de Semiótica*. Ed. Loyola e Pontificia Universidade Católica de Río de Janeiro. (Págs. 85-97).
- Vitale, Alejandra. (2004) *El estudio de los signos. Pierce y Saussure*. Eudeba. Buenos Aires.
- Voloshinov, V. (2009) *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Nueva Visión. Buenos Aires. Prólogo y traducción: Tatiana Bubnova

